

Diez historias, diez sensibilidades, atravesadas por el terrorismo de Estado; hombres y mujeres arrojadas a la clandestinidad, a ese mundo de poder marcado por la represión material y simbólica. Son los hombres y mujeres que construyen, a partir del recuerdo, la historia escasamente abordada de la cotidiana clandestinidad.

Recuperar el testimonio de los protagonistas no es sólo contar sus historias, sino la posibilidad de que ellos mismos la cuenten con sus propias tragedias y pérdidas y alegrías. Y es, fundamentalmente, recuperar su valor ético como expresión de una memoria histórica, es decir, no como recuerdo biográfico de un pasado más o menos lejano, sino como pulsión histórica, como manifiesto político para pensar el país.

Como menciona Martín Gras en el prólogo, “la escritura de la historia es así, en última instancia, un complejo arte que no sólo debe rendir cuenta de lo que pasó, sino también debe dar luz sobre lo que fue y no llegó a ser”.

Lucas Dal Bianco
Marcos Nuñez

MEMORIAS DE LA CLANDESTINIDAD

Lucas Dal Bianco
Marcos Nuñez

MEMORIAS DE LA CLANDESTINIDAD

La historia escrita en los huesos



VUELTA A CASA
La Plata / Argentina



LUCAS DAL BIANCO

MARCOS NUÑEZ

Memorias de la clandestinidad

La historia escrita en los huesos

*A Pancho, Araña, Elena, la Gringa, Marcelo
Beto, Rubén, Gonzalo, Felipe, Elsa y a todos aquellos
que, como escribió Ernst Kâsemann, siguen contando sus historias
para no dejarles a verdugos ni militares
la última palabra.*

*Agradecemos a Rossana y Adriana por sus
correcciones y sugerencias y las eximimos de
los errores que persistan en esta edición.*

ÍNDICE

Prólogo	4
Prefacio	8
La clandestina angustia de sobrevivir	
La historia de Ricardo “Pancho” Molina	10
Jarabe concentrado de derrota	
La historia de Jorge Aníbal “Araña” Bustos	32
Los pedazos de una vida	
La historia de María Elena Corral	50
Sobre viajes, destierro y tesoros	
La historia de la Gringa	66
El hombre que miraba su casa desde el colectivo	
La historia de Marcelo “Lucio” Molina	81
Érase una vez un país de armas y soledad	
La historia de Víctor “Beto” Díaz	95
Las formas del martirio	
La historia de Rubén Dri	109
El cartógrafo en su laberinto	
La historia de Gonzalo Chaves	123
Pueden llamarme Felipe	
La historia de Felipe Bellingeri	143
Para cantar en el agua	
La historia de Elsa Paladino	158

PRÓLOGO

“Adueñarse de un recuerdo”

”Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan.” (Rodolfo Walsh, Operación Masacre)

*Sólo una cosa no hay. Es el olvido
Dios que salva el metal, salva la escoria
y cifra en su profética memoria
las lunas que serán y las que han sido.
(Jorge Luis Borges, Everness)*

Christopher Hill postula que una de las pruebas de que la historia es un sujeto vivo se encuentra en la capacidad que tiene cada generación de poder repreguntarla. *“La historia tiene que ser reescrita en cada generación porque, aunque el pasado no cambia, el presente sí lo hace”*.

Una atenta lectura de esta frase del célebre historiador inglés permite realizar, al menos, dos interpretaciones. La primera, obvia, es que el pasado histórico es necesariamente reinterpretado desde el presente. La segunda, más compleja, casi diríamos más encubierta, es que no se la interroga desde cualquier presente, sino desde un presente posible. Es decir, se la interroga desde aquellos temas que recién una determinada relación de fuerzas sociales permite pensar como cuestiones del pasado, que deben ser aclaradas / instaladas en el presente.

Tratando de sintetizar el concepto, cada generación requiere respuestas de su pasado, pero no cualquier respuesta, sino sólo aquellas que pueden ser concebibles y operables en el acto de la interrogación.

Partir de esa base lleva a transitar dos de los caminos más conflictivos en las actuales ciencias sociales: las relaciones entre historia y poder, y las relaciones entre historia, memoria y poder.

No es el objetivo de estas líneas dilucidar ese debate académico, sino simplemente hacer referencia a sus consecuencias políticas y trazar un breve esquema que pueda servir de mapeo de situación.

Con respecto al primer punto (historia y poder), me limitaré a citar a / coincidir con George Orwell, quien sostenía: “*El que controla el presente, controla al pasado; el que controla el pasado va a controlar al futuro*”.

Con respecto al segundo punto (historia, memoria y poder), las visiones canónicas están atacando duramente a los usos de la memoria, ya sea subestimándolos o bien subordinándolos al deber de estar sujetos a un verdadero “elemento científico”, es decir la construcción de una historia objetiva y documentada. La memoria tendría, desde este punto de vista, dos pecados mortales de nacimiento: es subjetiva y se basa en la transmisión de un sistema de recuerdos (los recuerdos son particularmente desvalorizados no sólo desde el documentalismo más rancio, sino también desde algunas posturas ultramodernas de las neurociencias).

Creo que ese argumento se destruye a sí mismo. Como sostiene Walter Benjamin en su “Tesis VI Sobre el concepto de historia”: “*Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Consiste, más bien, en adueñarse de un recuerdo tal y como brilla en el instante de un peligro*”.

Es que, en el fondo, todo intento de acercarnos a la realidad se encuentra, como dice Feierstein, mediado de procesos de representación. Los documentos de la “historia científica” están realmente sujetos, al menos, a una doble apropiación, por parte de quien los produjo y por parte de quien los seleccionó.

La historia se aproxima mucho más a la imagen de construcción de un relato, según postula Hayden White, aclarando que ese relato tiene que permitir la mayor cantidad de voces posibles y de ninguna manera puede negar lo concreto y existencial de la realidad.

Redondeando esta idea creo, como mi querido maestro Eduardo Luis Duhalde, que hay una suerte de continuo, una interrelación textual entre memoria e historia. La historia es una representación de hechos de conjunto y busca patrones de explicación en el mediano / largo plazo. Pero esa historia se nutre, imprescindible y necesariamente, de la memoria que busca rescatar la subjetividad individual, para posibilitar la construcción de una subjetividad colectiva. Sin esa base, que remite a la visión de la trama de los sectores en el corto / mediano plazo, no hay interpretación histórico / genérica posible.

La escritura de la historia es así, en última instancia, un complejo arte que no sólo debe rendir cuenta de lo que pasó, sino también debe dar luz sobre lo que fue y no llegó a ser.

Memorias de una clandestinidad se inscribe, a mi entender, en estos parámetros de descubrimiento de la realidad (casi diría desvelamiento de la realidad). Su investigación da voz a diez actores de nuestro pasado – presente que comparten un espacio que, como la *carta robada* de

Poe, se encuentra oculta porque está tan a la vista de todos que nadie la reconoce. Me refiero a la clandestinidad.

La Dictadura Cívico-Militar (denominación descriptiva), el Proceso de Reorganización Nacional (autodefinición justificante de impunidad), o el Genocidio Reorganizador (resignificación / explicación actual de los hechos) tienen en común el haber sido una lucha por el control y reconstrucción del espacio público. Curiosamente ello llevó como necesaria contraparte a, al menos, tres clandestinidades posibles: la del Estado Terrorista (sobre la que más se ha estudiado y avanzado), la de la militancia (que debió reconfigurar su relación con ese espacio público desde el doble eje de la supervivencia / resistencia, y que es a mi entender la temática de este libro) y la del resto de la sociedad (que realizó un complejo, y aún no debidamente profundizado, proceso de adaptación y supervivencia a las nuevas reglas de juego).

Las diez historias que constituyen la columna medular de este trabajo van más allá de los ejercicios de memoria individual, y avanzan en la construcción de esa trama de subjetividad, sin la cual la historia (que reitero es una ciencia de poder) nunca podrá rendir cuenta de aquella meta que trazara el maestro Max Horkheimer para el conjunto de las ciencias sociales: *“si (...) trabajan para la autosatisfacción académica, olvidando el compromiso ético de ayudar a los hombres en la solución de los problemas más importantes, la reunión de conocimientos se convertirá en un fetiche por sí mismo”*.

Un último comentario: la elección como subtítulo de la obra de la reflexión de Ryszard Kapuscinski sobre *la historia escrita en los huesos* no es sólo un hallazgo conceptual, es una definición ética sobre este trabajo y ello explica también por qué es para mí un honor el poder prologarlo.

Dr. Martín Gras
FPyCS – UNLP
UNTREF

PREFACIO

Este libro de entrevistas ha sido pensado y realizado a partir de un involucramiento ético, intelectual y estético por parte de dos jóvenes que se asoman a los procesos históricos acaecidos en la Argentina de los años 70 buscando iluminar una zona escasamente profundizada por la extensa bibliografía local dedicada a ese período, su impacto y sus consecuencias sobre lo que es hoy nuestro país y lo que en él somos cada uno de nosotros. El abordaje de la clandestinidad -enunciado como objetivo y punto de partida- original en sí mismo, problematiza y amplía esa categoría, partiendo, pero a la vez yendo más allá de su anclaje en las experiencias de militantes políticos arrojados a esa situación en su auto definición como tales. Cuestión y perspectiva que ha sido indagada y registrada en otros contextos. La riqueza de este trabajo reside, a mi juicio, en dos aspectos: la extensión reflexiva de la categoría a una condición en la cual la sociedad entera -por la aplicación de mecanismos de control, terror y represión- fue sometida a un proceso de clandestinización que implicó, en diversos sentidos, una alienación de sí misma. A la vez, sin embargo, entendiendo la clandestinidad como un reducto de mismidad que busca no ser apropiado, una resistencia a la captura de esa interioridad, el segundo aspecto a resaltar de este trabajo es su voluntad de poner en foco -al interior y a través de las historias registradas- la cotidianeidad en la clandestinidad -entendida la primera en su sentido de ámbito de reproducción y producción biológica, social, cultural, relacional, afectiva de la vida-, sus rupturas; sus rearmes; sus fachadas; las estrategias para mantener o las formas de recrear hacia el adentro la continuidad de lo familiar, el fluir de la existencia, la trama de los afectos.

Circulan en estas voces -que, entiendo, representan un recorte posible- caracterizaciones, explicaciones, críticas, justificaciones, relatos épicos de una historia colectiva. Ha sido mérito de los entrevistadores -con mayor éxito en algunos casos, como ellos mismos sostienen- guiar parte del relato hacia la autorreflexión y puesta en común de zonas menos exploradas y visibilizadas de la experiencia particular de cada uno de los entrevistados en la época y en la situación, aquellas que aluden a la complejidad, contradicciones, recursos y riqueza de lo elementalmente humano.

Adriana Archenti
Directora de la investigación

*Todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia
o si contamos una historia acerca de ellas.*
Isak Dinesen.

La clandestina angustia de sobrevivir

La historia de Ricardo "*Pancho*" Molina

Prólogo

La historia empieza con un papel de carta, ya amarillento por los años, que dice:

“Juan Carlos

Paraná n° 627, e/ Somoza y Victorica”.

El trazo es firme y los datos, reales. La dirección, en aquel entonces, llevaba a una vivienda de techo alto y fachada colonial. Muchos años atrás, en ese lugar vivió Juan Carlos; posiblemente, la casa sea hoy propiedad del municipio, porque nadie reclamó esa vivienda; nadie conocía enteramente la vida de Juan Carlos, nadie recordaba su apellido, nadie podía afirmar con seguridad que Juan Carlos fuera su verdadero nombre. Pero lo era. Ese gallego de cuerpo alargado y flaco, de aspecto afable, que cargaba con intrigas y silencios, que había llegado en barco, allá, por la década del 40, se llamaba, en efecto, Juan Carlos.

Durante sus últimos años de vida, cuando ya estaba predispuesto a morir lejos de su patria, sin familia, con amigos ocasionales, se fue despojando uno por uno de todos sus bienes; se fue de este mundo tal como había llegado, en silencio y con las manos vacías. El día de su muerte sólo quedaban en la casa de calle Paraná dos gastadas valijas de cuero llenas de libros viejos, de primeras ediciones, de manuales de historia, de ensayos sobre el peronismo y la dependencia nacional.

Esas valijas eran todo lo que quedaba de Juan Carlos y, en realidad, ni siquiera eran suyas. Esas valijas representaban para él una promesa, que cumplió hasta el final de sus días. Quizá, por eso nunca se desprendió de ellas y esperó, primero impacientemente, después esperanzando y, al cabo de los años, con cierta desilusión. Esperó, con la dignidad del hombre que cumple con su palabra, que el chico de 25 años que le había dejado las valijas volviera a recuperarlas.

La historia que nos importa no es la historia de Juan Carlos, sino la historia de ese joven que, hace mucho tiempo, perdió el papel con la dirección del gallego y perdió sus libros y que, en el camino, también perdió —o mejor dicho, le quitaron— a Liliana, esa mujer con la que compartió los años de su juventud, con la que una mañana llegó a la ciudad de San Nicolás y se hospedó en la pensión de un gallego de cuerpo alargado y flaco, que se murió cumpliendo su promesa de guardarles dos gastadas valijas de cuero, llenas de libros viejos, de primeras ediciones, de manuales de historia, de ensayos sobre el peronismo y la dependencia nacional.

En el último de los días, Juan Carlos y ese joven serán el mismo hombre y la historia que acá nos interesa es la historia de todos los hombres. Es la historia de un país y de un hombre que se niega a morir.

*“Vos podés pasar a la clandestinidad, pero el pueblo no puede.
El pueblo se queda en el barrio, tiene que seguir trabajando.
Tiene que seguir viviendo”.*

Mudar la piel fue una cuestión de supervivencia para los Molina: a fines de los años 40 los desbordes de la Cuenca del Salado produjeron una serie de inundaciones en la zona de Las Flores y los empujaron a migrar al Gran Buenos Aires. Más tarde, sobre sus dos hermanos cayó el peso del plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) y estuvieron presos hasta que el 12 de septiembre de 1963 salieron con la amnistía firmada por el presidente provisional José M. Guido. El cuadro lo completaba el legado paterno: su padre, a pesar de sus orígenes radicales, “terminó dedicándole toda una vida a las unidades básicas”. Sin embargo, cuando Ricardo comenzó a militar en la secundaria en Bellas Artes lo hizo levantando banderas de izquierda:

—Con Perón en el exilio y la marca de mis hermanos presos, tenía algunas contradicciones y recién empecé a madurar la idea del peronismo a partir de los 18 años; abandoné cierta reticencia, cierto encono porque, de alguna manera, culpaba a Perón y al peronismo por los dramas que vivía mi familia.

Ricardo es un hombre desgarrado, que se mueve con delicadeza por la cocina de su casa, en Los Hornos. El primer día de otoño nos recibe y espera paciente las preguntas; los ojos grises, pequeños como semillas de anís, también nos miran con paciencia cada vez que lo interrumpimos para que vuelva sobre algún tema. La paciencia es su amuleto.

Ricardo se sabe participe de una generación que debió tomar posición, porque “ya en 1972 era llamativo que un joven no participara políticamente”. Y él, como el resto de sus congéneres, se vio sacudido por un acontecimiento que marcaría camino.

—La masacre de Trelew confirmó ese pasaje a la militancia más rebelde; fue un golpe muy duro para nuestra generación, nos mirábamos y decíamos: “Fijate lo que hicieron estos hijos de puta”.

Entonces ya era delegado de fábrica por el gremio de la UOM (Unión de Obreros Metalúrgicos). En esa atmósfera se respiraba esperanza, una palabra cuyo significado Ricardo reafirmó a partir de la experiencia, la propia y la ajena: en las filas de la Juventud Peronista se cruzó con Perón por primera vez en una movilización de la CGT después de los hechos de Ezeiza, “con la derecha ya instalada en el balcón”. Esa tarde había muchísima gente pero, aun así, Ricardo en ningún momento perdió de vista la columna de la Tendencia:

—Cuando estábamos pasando por abajo del balcón, al compañero responsable de nuestra columna —que está desaparecido—, Jorge Fernández, se le caen las lágrimas; me dijo: “Hace 5 ó 6 años que peleo y recién conozco al Jefe”.

—***Hubo que traerlo por las armas.***

—Nuestra generación había asumido la violencia, porque éramos hijos de la violencia y las prohibiciones: “No se puede tener la foto, no se puede cantar la marcha”. Los espacios juveniles se habían inspirado mucho en la revolución cubana, en la resistencia de Argel, en el mayo francés;

había todo un contexto internacional que justificaba la acción armada, además, con 18 años sin participación democrática.

—Eran hijos de la violencia, pero tu militancia estaba en las fábricas. Y se le sumaba el trabajo barrial.

—Era la medianoche y recién estaba volviendo a casa, todos los días. No había tiempo, no te podías sustraer de las tareas.

—Y había que vivir también, es decir, el hombre atravesado por sus deseos, por sus deberes.

—Por supuesto. La militancia termina fracturando mi vida en pareja; era complicado vivir con un militante, era muy duro. Además, en la medida que la situación se fue poniendo más difícil, la violencia creciente la tenías que bancar con el lomo, tenías que asumir responsabilidades y armamentos. Pero también, en la militancia, conocí a mi compañera, Liliana Galarza, quien está desaparecida y estaba embarazada cuando la secuestraron. Nos juntábamos en peñas, o los compañeros de la universidad hacían fiestas e íbamos todos para allá, o se hacía un cumpleaños en un barrio y estábamos todos ahí; la juventud encuentra siempre la forma de encontrarse. La lucha era con una sonrisa porque el triunfo estaba cerca.

Ricardo recuerda una historia que una vez leyó de un libro que, quizá, todavía esté dentro de una valija gris, en una biblioteca o en alguna librería de saldos de San Nicolás. Era la historia de la resistencia rusa sobre el avance de los blindados alemanes; el protagonista era un capitán que debía organizar un pueblo de campesinos que, además de analfabeto, no tenía el menor entrenamiento militar, pero debía organizar la defensa, porque gran parte de los tanques iban a pasar por esa zona. “El capitán, para convencerlos, les relató la posibilidad del éxito —dice Ricardo—, del éxito que era casi una seguridad y, además, les dijo que la mejor manera de perderle el miedo al enemigo era probarles la sangre”. Después de capturar un alemán, les ensució la boca con sangre a los campesinos: ‘¡Vean, vean! Es igual que ustedes’. “Lo más importante —remata— era remarcarles que el triunfo era casi una realidad, porque es imposible armar un ejército diciéndoles a tus soldados que van a morir”.

La leña arde en la vieja salamandra. Atardece y el lugar está en penumbras; desde la puerta sin marcos de la cocina se filtra un halo de luz y un incipiente olor a harina y aceite y cebolla.

—¿Qué quieren tomar? —pregunta la compañera, animada, contenta de abrir su casa.

Se miran, nadie tiene la necesidad de pedir nada, pero saben que no podrían negarse a unos mates amargos. Además, tienen frío y empiezan a sentir las manos algo entumecidas. La dueña de

casa también sabe que esos mates vendrían bien, no espera respuesta y se encamina hacia a la cocina cuando siente la voz del compañero que ha llegado por primera vez al barrio:

—Me podés hacer un café —dice, mientras busca acomodarse a la silla de madera.

El responsable del grupo de trabajo barrial permanece parado, firme, en el hueco de luz que entra por la puerta de la casa. Le clava la vista como si fuesen 200 puñales que atraviesan el cuerpo del compañero.

—Café no tengo, perdoname. Pero te puedo ofrecer mate o un té, si querés —responde la mujer, sin levantar la vista.

En la casa, el incipiente olor se hace cada vez más espeso y picante. Afuera ya ha caído la noche y el chico camina hacia la parada, con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos. No quiere mirar a su alrededor y enfrentarse con lo inevitable, sabe que le recriminarán la maldita inocencia de pedir café y piensa: “Está bien, me lo merezco”. No es tanto eso, lo que verdaderamente le aterra es pensar que no está a la altura, que no conoce nada de ese pueblo por el que no dudaría en jugarse la vida, en arriesgar todo: facultad, familia, amigos, su historia. Ya había decidido mandar todo a la mierda por ese pueblo y, ahora, se da cuenta que está muy lejos de eso que él llamaba, pensaba o creía, era el pueblo.

Mientras esos pensamientos incendian su conciencia, siente una mano que le golpea afectuosamente el hombro un par de veces y otra más.

—No te preocupes —lo consuela Pancho—. De esto también se aprende. —Entonces, por primera vez, vuelve a alzar la vista y dice esa terrible y maravillosa palabra:

—Perdón.

La militancia en la Universidad, la militancia en las fábricas y la militancia en los barrios. La Militancia. Promediando los 20 años, Ricardo *Pancho* Molina bebía del *popolo* las experiencias de los vecinos de una villa situada frente a la cárcel de Olmos, en la zona de 197 y 47. A pesar de la comunión de esfuerzos, del trabajo diario y del hombro a hombro junto a los integrantes de esa comunidad, había contradicciones. En cierta ocasión, recuerda Ricardo, un vecino le planteó: “Para ustedes es simple venir a ayudarnos, porque ustedes a las 6 ó 7 de la tarde se van. Nosotros nos quedamos”. La lógica de este análisis tiene sus ecos más adelante, cuando el peso de la represión asfixia y mata, cuando las organizaciones pasan a la clandestinidad.

—Vos podés pasar a la clandestinidad, pero el pueblo no puede. El pueblo tiene que seguir trabajando, viviendo en el barrio.

Los reproches siempre estuvieron presentes, ahí, al calor de los acontecimientos. Porque la elección de la militancia implicaba relegar otros espacios.

—Siempre vivís en la contradicción. A mí me causaba muchísimo dolor no poder estar con mi hijita, y hoy tenemos una excelente relación, aunque pasamos momentos muy difíciles, pero creo que el compromiso y la posible victoria de las ideas de un país mejor, de una sociedad con igualdad de derechos, te llevaba a decir: “Esto lo pospongo por un tiempo, porque aquello tiene prioridad y es posible”. Después no fue posible.

—*Y esa última lucha no llegó.*

—No llegó en esa coyuntura, pero yo estoy convencido de que va a llegar. Y no importa si estoy o no estoy; mientras yo esté, tengo la obligación y el compromiso no sólo de dar testimonio, sino también de seguir militando. Porque para eso arriesgué 40 años de mi vida.

Una noche de diciembre del 76, en vísperas de la Navidad, luego de algún tiempo fuera de La Plata, Ricardo Molina reunió a un grupo de compañeros para repartir pan dulce y sidra a los obreros de las fábricas. Pero claro, ese “algún tiempo” no era una incógnita para los trabajadores industriales que siempre lo habían visto como un hombre fuerte del sindicalismo; todos comprendían que los seis meses de ausencia habían significado el pase a la clandestinidad de Ricardo, su reubicación, y que también su ausencia podía significar, en el peor de los escenarios, no volverlo a ver. Nunca. Por eso, cuando golpeó la puerta de la casa donde vivía un compañero, éste se alegró muchísimo al verlo, pero le dijo: “Gracias, *Negro*, en serio te lo agradezco, pero no vengas más porque te están buscando y yo tengo miedo”.

—Es la derrota de una política. “Putá madre, si el *Caballo* Suárez me dice esto a mí, que había ido a comer asado a su casa, que conozco a su señora, a los chicos. Si Suárez me dice ‘gracias Negro, pero andate’, él, que estaba en la agrupación de fábrica, el resto de los obreros olvidate. Y eso fue lo que ocurrió: te empezás a dar cuenta que estás perdiendo.

La vida y la muerte bordada en la boca

La voz de Ricardo Molina tiene matices, hace pausas y mira hacia el patio por la ventana con cristales esmerilados de su cocina; del otro lado se distinguen sólo formas, siluetas gruesas. Pareciera que busca algo, pero no afuera, dentro de sí, en la memoria. Busca la palabra precisa, el hilo de esa enorme maraña que fue la Argentina de los 70. Recapitula y vuelve a comenzar.

—Nadie lucha para morir. Sin embargo, eran conscientes de que había compañeros que estaban cayendo.

—Se evaluaba la posibilidad de que un 60/70 por ciento de la fuerza podía caer, pero también se pensaba que con el 30/40 restante se podía reconstruir todo lo que se caía. Desde el 73 estábamos perdiendo compañeros. La vida y la muerte bordada en la boca, como dice la canción; desde el 17 de octubre, el peronismo es triunfo, derrota, sufrimiento, batalla, siempre hay muertos. No hay un antes y un después, en el peronismo siempre hubo muertes; en la historia, desde 1810, desde el fusilamiento de Dorrego, siempre hubo sangre, generalmente siempre fueron muertes de los sectores populares.

A partir del 24 de marzo se pusieron en práctica una serie de ajustes referidos a la seguridad de los militantes: “Se determinó, entre otras cosas, que más de un minuto no se esperaba en ninguna cita porque, por un boludo que llegara tarde, podían perder la vida varios compañeros”, enfatiza Ricardo Molina. Aunque no todo se resolvía aplicando máximas como éstas: la participación política en las fábricas o en la Universidad había expuesto a los militantes, sus rostros eran rostros públicos.

—Vos podés transitar los pasillos con el nombre de Martín García o Mariquita Sánchez de Thompson, pero tu cara es conocida, tu actitud es conocida, a tu familia la conocen, saben dónde viven tus viejos, tus hermanos, porque para eso trabajan los servicios de inteligencia, para eso les pagábamos.

En esa coyuntura, las reuniones debían realizarse siguiendo un estricto programa: la cita se hacía en la casa de un militante; Ricardo no conocía más que el nombre de guerra del compañero y, por lo tanto, debía “entrar cerrado”, es decir, con los ojos tapados. La compañera que se ofreció a llevarlo, que como todos no conocía su nombre real, le dio una bolsa de papel con sencillos menesteres: una venda y un par de anteojos oscuros. “Tipo cieguito, ella me llevaba del brazo. No sabía por dónde estaba caminando”, recuerda Ricardo. Privado del sentido de la vista, el hombre aguzó el oído, pero nada oyó, el silencio más absoluto dominaba la atmósfera del barrio. De pronto, voces y algún chistido; y después un grito: “¡Eh, Ricardo, no saludás!”. Obligado por la situación, Ricardo se quitó los vendajes y comprobó que estaba a una cuadra y media de la casa de sus padres. “Esas cosas se daban, era como si quisieras ser clandestino donde todos te conocían”.

—¿Cómo respondió tu círculo más cercano que no estaba en la militancia?

—Cuando pasé a la clandestinidad, corté toda relación familiar: no podés pasar a llamarte “Carlitos García” y seguir visitando las mismas personas, los mismos lugares; para eso te quedás con tu documento y esperás a que te atrapen. Las crisis emocionales eran difíciles, porque vos no te podés separar de todo; la angustia de no poder ver a tus viejos, comer fideos un domingo con papá, mamá y los hermanos. Las cosas cotidianas, uno no se da cuenta, pero la felicidad de juntarse a

comer esos fideos, de que tu mamá te llame para decirte ‘vení, voy a hacer los canelones que te gustan’. No podés repetir esas cosas: si te están buscando, te van a estar esperando. Fue terrible. La mayoría de los casos de compañeros que cayeron, que no fueron cantados, fueron por continuar con la rutina. Si volvés a lo mismo, perdiste; tenés que cortar con amigos, con vecinos y, si tenés novia y no te acompaña, tenés que cortar con tu novia. La clandestinidad es horrible; claro, uno no lo puede plantear en estos términos frente a un auditorio, pero es angustiante. Veías a un compañero cabizbajo y le preguntabas qué le pasaba y te decía ‘estoy pensando en mi vieja’. Porque además éramos chicos, teníamos 25 años.

En la angustia del militante clandestino convivían la necesidad de alejarse con la necesidad de cuidar de los suyos: alejarse para protegerlos. “Mi papá discutía mucho con mi hermano: cada vez que le preguntaba dónde estaba viviendo, mi hermano le respondía que no podía decirle nada; ‘pero cómo puede ser que yo, que soy su padre, me pregunten dónde vive mi hijo y tenga que decirles que no sé’; ‘no, no vas a saber, papá’. Mi papá no podía entenderlo, pero era una forma de cuidarlo”.

San Nicolás: la clandestinidad con Liliana

Hacia la segunda mitad del 76 Ricardo y su compañera Liliana Galarza fueron destinados a la zona de Villa Constitución-Rosario-San Nicolás. Antes de recalar en la localidad más al norte de la provincia de Buenos Aires, la pareja pasó por Villa Constitución: “Me acuerdo que le alquilamos una casa a un particular, un abogado, y el tipo nos preguntaba ‘¿por qué vienen acá?, una pareja joven, vos embarazada’. Parecía una investigación. Le pagamos y nunca pudimos ocuparla. El tipo debió haber pensado: ‘viste, yo tenía razón’”. Por ferrocarril habían enviado muebles, heladera, “hasta una moto 0km que estaba a mi nombre”. Nunca pudieron recuperarlos.

Él utilizaba la documentación de un hombre que, “gentilmente, prestaba su identidad: un ‘sosías’, como se decía en esa época”. Un nombre, un número y, además, las máquinas para hacer la documentación que la Organización había recuperado. “Era un DNI perfecto, teníamos un compañero que los firmaba; qué mano tenía para hacer firmas”.

Para ese entonces, claro, Ricardo ya había tenido que “levantar” la fábrica, ya había dejado de frecuentar los lugares que solía frecuentar. Su compañera viajó primero e hizo los contactos, él viajó 20 días después. San Nicolás estaba siendo barrida estratégicamente, por arriba y por abajo, no porque la militancia armada fuese muy activa en esa zona, sino por el hecho de estar radicada allí la principal acería del país, Somisa, con un volumen de 17 mil trabajadores, además del ferrocarril y el puerto propio. Los obreros no sólo forjaban el acero, explica Ricardo y sonrío, sino también su lenguaje.

—Tenían dos hornos de fundición; uno de esos hornos había tenido impreso el nombre de Evita, y una de las primeras cosas que hicieron los militares fue arrancarle el nombre, pero los trabajadores le siguieron diciendo Evita. Por más que le saques el nombre, hay cosas que no se pueden borrar de la memoria colectiva.

Una vez que estuvieron juntos en San Nicolás, la pareja se estableció en una pensión, administrada por un español. Ricardo había hecho contactos con un ingeniero de Somisa porque necesitaba trabajar, necesitaba injertarse en la vida diaria de ese nuevo ambiente. “La mujer del César no solamente tiene que serlo sino parecerlo: cómo te sumás a la sociedad para ser uno más porque, si no, sos la gallina verde del gallinero y llamás la atención, tenés que trabajar. Había compañeros que no estaban trabajando, sin embargo salían a las 7 de la mañana y volvían a las 6 de la tarde. Eso era un costo tremendo, por el sólo hecho de estar expuesto en la calle, pero tenían que salir a trabajar porque el pueblo miraba”.

Conquistar a los nuevos vecinos requería de una pericia casi lúdica. Un entrañable amigo, el “Gordo” Tomás, se había instalado en La Plata más o menos por la misma zona en la que vivía Ricardo. Todos los domingos, metódicamente, sacaba el auto del garaje a la vereda, entraba y volvía a salir a la calle con dos baldes para lavarlo. Pero antes iba a la cocina y le decía a la mujer: “Negra, prepará el mate y vení afuera, mientras yo lavo el auto, me cebás y hablamos con los vecinos”. Eso era parte de ser vecinos.

—Ni se te ocurría tender la ropa en esa época, porque no era una práctica social para el hombre. La ropa la tendía la mujer; lavaba la mujer, planchaba la mujer, y el macho iba a laburar. No quieras cambiar esos roles porque llamás la atención; las vecinas empiezan a comentar: “Ah, lo vi tendiendo la ropa”. Esas pequeñas cosas te recibían de raro y siempre había alguien que iba a la policía, alguien que tenía un familiar policía, alguien, alguien, alguien. Y te cagaban. Tenías que seguir determinadas pautas.

La nueva realidad, llamada San Nicolás, estaba muy golpeada cuando llegaron, tanto que sólo quedaba una camioneta F100 de la organización, una casita alquilada y un grupito de 4 ó 5 compañeros que estaba esperando que llegara el relevo para irse, porque ya no podían quedarse más. “Eso era todo, después tenías que arreglarte, tenías que buscar la manera y asentarte”.

—Un día nos llamó el dueño de la pensión: “Tengo dudas contigo”, me dijo, “tu apellido, me suenas muy italiano y no te veo”. Nos advirtió: “Ojo, porque es posible que el ejército pase a controlar la zona de la pensión en estos días”.

Al día siguiente, después del aviso, la voz de hojalata del megáfono los despertó; la zona estaba cerrada. La pensión era una de esas clásicas casas semi-coloniales, con todas las habitaciones

comunicadas al patio; los uniformados con las Fal en las manos se habían apostado sobre la entrada. El teniente a cargo del operativo dio la orden para empezar la requisita de habitaciones.

—Nos tocó a nosotros, me pidieron el documento. El error que tenía el documento era que estaba nuevo, parecía que me lo habían entregado el día anterior; la cobertura era real, el documento era real, el número era real, la persona existía, tenía una historia, una familia. Además, tenía el contacto con el ingeniero de Somisa para hacer unos trabajos. Eso estaba, pero el documento era nuevo y les llamó la atención; lo compararon con un listado de nombres y el mío, obviamente, no estaba. Me dijeron: “Bueno, nosotros nos vamos a llevar este documento y usted va a ir por la tarde a buscarlo al batallón”. Intenté convencerlos de que no me lo casaran, pero no hubo forma. Revisaron todo...

—*Y no encontraron nada.*

—No, todo lo que teníamos estaba oculto; en realidad, eran dos valijas grandes llenas de libros que yo cuidaba como oro, pero los perdí todos. Sobre el mueble del cuarto había un libro que yo estaba leyendo, *Los diez días que conmovieron al mundo*, la historia de la Revolución Rusa contada por el periodista norteamericano John Reed. No tenían la más puta idea de qué se trataba. Se fueron.

Después del sofocón, una vez que estuvieron solos en el cuarto de pensión, Ricardo y Liliana se miraron: “rajemos”. Cuando estaban por abandonar el lugar, el gallego los llamó y los condujo a una piecita que usaba como administración: “Ven, ven con tu mujer. Me imagino que están por marcharse, pero tomemos unos mates. Tú no te llamas como dices que te llamas’, y yo intenté darle una explicación. ‘Mira, muchacho, yo fui republicano y estuve en la Guerra Civil del lado que están ustedes, así que a los pares los conozco’. Todos los libros y cosas de valor que teníamos se las dejamos al gallego en su casa, nunca pudimos volver a buscarlas”.

Antes de seguir camino a Pergamino, donde Liliana tenía una pareja conocida, y donde pararían una semana sin más cobertura que sus documentos legales, incluso antes de estar frente al teniente que requisó sus papales, Liliana y Ricardo se habían quedado solos, prácticamente solos, en San Nicolás.

Cuando el empleado del negocio le pregunta sobre un tecnicismo, o sobre una marca en particular, acerca del reel de la caña de pescar, Ricardo mira a Liliana, ambos se miran.

Aunque no tenía una opinión madurada acerca de la pesca, Liliana la consideraba una actividad exclusiva de los hombres, por lo que había creído conveniente que Ricardo pusiera la cara para comprar la caña; él, que pensaba más o menos lo mismo, decidió acompañarla en esas

circunstancias. Ni bien fue engullida por la arcada que le dio la bienvenida a San Nicolás y se perdió en las principales arterias de la ciudad, mucho antes de poner un pie en la terminal de micros, ella había oteado desde el colectivo las posibilidades de dar con alguna ferretería: torcía la cabeza para leer un letrero o una marquesina, a veces tratando de disimular algún movimiento frenético, otras haciendo un esfuerzo por retener un nombre, una esquina, o un toldo carcomido por los rayos del sol.

Él la acompaña a comprar la caña de pescar, él pone la cara; pero no aprueba la cobertura, es muy débil: un grupo de cinco o seis jóvenes, reunidos en una margen apartada del Arroyo del Medio, un día de semana, en una ciudad industrial, alrededor de una “cañita”...

El empleado repite la pregunta un momento antes de que un hombre de bigotes prolijos entre al negocio. Ricardo, solícito esta vez, suelta una risa nerviosa y responde con un cierta liviandad que le da lo mismo. A los fines prácticos, esa respuesta es práctica; a los fines operativos, esa respuesta puede traerles problemas.

En el camino de regreso a la pensión casi ni hablan. Si por él fuera, escondería la caña de pescar dentro de la billetera, o dentro de la cartera de Liliana; pero claro, ellos deben moverse, andar siempre para adelante, no es cuestión de detenerse a probar si la caña cabe dentro de sus bolsillos. Lo de las dimensiones es lo de menos.

—El día que no la dejaste ir al arroyo, cuando cayeron todos los compañeros, no fue la primera ni la última vez que estuvieron cerca de una operación que salió mal. ¿Cómo fue ese día, cuando se enteraron que cayeron los compañeros y que, en ese caso, Liliana se salvó por tan poco?

—Nosotros lo supimos al otro día por una compañera que llegó tarde a la cita; ella se enteró porque llevaba más tiempo en la zona: se cortaron los contactos, nos avisó, rajemos de acá. Es conmocionante. La angustia de no poder continuar el trabajo político, la alegría transitoria de seguir vivo o, por lo menos, no haber sido capturado y la contradicción de “¿hasta cuándo?, este camino es erróneo”.

La vuelta a La Plata: la búsqueda de Liliana y la cárcel

Al calor de la estufa a kerosene, en la casa de Pergamino, Ricardo y Liliana conversaron sobre la posibilidad de volver a La Plata y reestablecer contactos, “intuyendo siempre que se trataba de una

batalla perdida”. Ella propuso viajar primero, porque nadie la conocía en la ciudad. Aunque tuvo sus dudas, la dejó partir.

—Teníamos una cita de contraseña, ella tenía que responder a un teléfono; a ese teléfono, y a través de una contraseña, respondió que llegó a la ciudad, anunció que iba a salir a la calle al día siguiente y nunca más nada. Me quedé dos días más en la casa de Pergamino y levanté porque, evidentemente, había caído. Fui en tren hasta Retiro y después tomé el Roca; bajé en Ringuelet y entré caminando a la ciudad.

—*¿Cómo fue esa vuelta a La Plata?*

—Volví solo, con mi único documento; no podía volver a la casa de mis viejos, así que fue un deambular por casas de compañeros, conocidos, amigos. No poder vivir en tu casa, no poder estar con tus amigos, eso también es clandestinidad, no poder asentarte en tus lugares. Volví porque era lo que más conocía, pero seguía siendo clandestino; entraba y salía de la ciudad por Tolosa, Gonnet o Ringuelet, me manejaba en bicicleta. Y estás solo, porque el resto de los conocidos no están, los agarraron o se rajaron.

—*¿Cómo fue lidiar con esa soledad?*

—Uff, es un vacío. Además no quedaban contactos en San Nicolás, no quedaban contactos en Rosario y, acá, lo único que había eran compañeros nuevos de los que tampoco tenía el contacto; de lo que habíamos construido no quedaba nada: estaban los trabajadores, estaban las fábricas, pero lo que no existía éramos nosotros en ese contexto. Era el final de una lucha donde, en esa coyuntura, nos habían derrocado.

—*¿Qué posibilidades quedaban?*

—En la ciudad se hacía muy difícil mantenerse, se habían cortado los lazos económicos, no podías insertarte laboralmente. ¿Cómo hacía yo para ir con mi documento a buscar algún laburo? Asimismo, conseguí trabajos, empecé a hacer laburos de pintura, cosas que te marginan aún más de la sociedad, porque no estabas en los frentes de masa. Además de la política, te aíslan como persona.

Las fechas, por momentos, se parecen a los días de niebla: uno sabe que la ciudad está allí, debajo de la espesura, sabe de sus calles y edificios, sabe que las cosas suceden allí, a diario. Porque el hábito las fundó. Y, para Ricardo, el hábito –pero también el deber– de dar testimonio funda pueblos, forja memorias. Entre noviembre del 76 y marzo del 77, un período que se funde en su recuerdo, llega a La Plata don Martín Galarza, el padre de Liliana, para buscar y encontrarse con los compañeros que vivían con ella. A pesar de ser su única compañía, Ricardo se quedó afuera de una entrevista que se hizo en la curia con uno de los sacerdotes vinculados a Monseñor Plaza. Martín Galarza llegó con una recomendación del arzobispado de Mendoza, porque la familia de su esposa

tenía contactos, herencia de una estrecha relación con el catolicismo ortodoxo de la provincia cuyana.

—Hacíamos lo que podíamos; nosotros sabíamos un poco más hasta qué punto estaba metido Plaza como capellán de la policía de la provincia de Buenos Aires, pero el resto de la sociedad todavía tenía que confiar en alguien y confiaba en la iglesia. Le dijeron que ni la policía ni el ejército tenían a Liliana, y resultó que la tenían a una cuadra y media del arzobispado, en la calle 55 entre 13 y 14.

—***Dio a luz en el Centro Clandestino.***

—Dio a luz, aparentemente, en la cárcel de Olmos.

—***Mucho antes, ¿cómo fue enterarte que Liliana estaba embarazada?***

—La verdad es que tuve dudas. Estábamos en un momento muy complicado de la política; se planteaba si era lógico y racional tener hijos. Fue algo fortuito, ya estaba destinado así, si es que el destino existe. Pero la familia que vos estás armando, la estás armando dentro de la revolución. Es una discusión bizantina: cuando vos estás haciendo la revolución, ¿tenés que tener hijos? Si vos creés en el futuro, si vos creés en la construcción, yo creo que el proyecto es posible y le doy hijos a la revolución, le doy vida. Nunca se saldó esa discusión, ni creo que vaya a saldarse.

—***¿Y esa hija?***

—A los dos meses, por algún hecho fortuito que desconocemos, se la entregan a los abuelos maternos, a través del arzobispado de Mendoza. Si no, Mercedes hubiese sido apropiada por algún militar y hoy le estaríamos buscando.

—***¿Llegaste a verla?***

—Cuando la vi debía tener un mes y medio. Yo estaba en el Centro Clandestino, La Cacha; *El francés* me dijo “te vamos a demostrar que nosotros no somos asesinos” y, para mostrarme que no la habían matado, me llevaron donde estaba detenida Liliana. Tuve en brazos a Mercedes durante dos minutos y me devolvieron... Baúl, capucha y Centro Clandestino. Eso es parte de la política de ablandamiento, te quieren hacer quebrar, quieren lograr que vos dejes de creer en lo que creés. La misma lógica se usa siempre, romper, quebrar, romper.

Esto parece el paraíso. La frase hecha, acartonada, se la soltó Ricardo a los compañeros presos cuando llegó a la Comisaría 9º, y no era para menos: venía de estar las 24 horas del día encapuchado, tirado en el piso y con un grillete amarrado a la pared; cuando pedía para ir al baño no

lo llevaban, y todo lo que oía, además de las voces de sus captores, eran los gritos de la gente que estaba siendo torturada a su lado.

—Las contradicciones que se nos presentaron a todos, en mayor o menor medida, las vas solucionando a medida que las vas contando, que lo vas charlando, que lo vas haciendo público. Lo peor que puede hacer una persona es encerrarse, no contarle a nadie, tratar de resolverlo solo; generalmente, te quiebra porque después no crees ni en tu papá, ni en tu mamá, en nadie. La única forma es contarlo.

En la cárcel, período que coincidió con la llegada de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA a la Argentina, *Pancho* reconoce que “fue mucho más fácil, porque éramos todos presos políticos”: la comida empezó a mejorar —sobre todo porque comían—, los dejaban bañarse con agua caliente, cuando ya habían olvidado la hospitalidad del vapor subiendo sobre sus cabezas, después de aseos en inviernos con agua helada. Sin embargo, el imponderable de las requisas barría con sus celdas.

—Te tiraban lo poco que tenías a la mierda. Yo hacía muñecos con miguitas de pan para entretenerme y venían y te lo tiraban todo, te rompían las cartas. El hostigamiento permanente. Todas las cosas humillantes, que podían hacer para quebrarte, las hacían. En una de las requisas, con todos los presos en bolas en la puerta de la celda, uno de los guardias trató muy mal a un preso y el cabo primero, Basualdo —que hoy está preso por torturas seguidas de muerte en la novena—, le dijo: “no los trates tan mal porque estos hijos de puta, mañana, pueden ser diputados”; los tipos no tenían muchas luces, pero en esas se les prendían.

—¿Cómo sobrevivís a la cárcel? ¿Cómo estaba presente en vos el hecho de saber que tenías una hija que había nacido en cautiverio y no sabías dónde estaba?

—Hubo un antes y un después de ver a Liliana y mi hija vivas, aunque sea dos minutos, porque yo me imaginaba que estaba muerta antes de dar a luz. Hay preceptos que te permiten sobrevivir, porque todo el mundo sobrevive como puede, no como quiere; uno de ellos es nunca comprar el discurso del enemigo, el otro es creer a pie juntillas en aquellos cuadros que te demostraron coherencia, como el Viejo Chaves. Si personas de esa edad, si esos compañeros llegaron a tener la coherencia que tuvieron, incluso, con menos elementos de formación que uno, y pudieron ser firmes, si Cooke pudo ser firme, si Evita pudo ser firme, ¿por qué vos tenés que ser tan débil? Hay momentos de angustias, hay momentos que llorás, hay momentos que puteás y hay momentos que te reciclás y seguís resistiendo; yo estaba convencido que me iban a matar, como calculo estaban convencidos cada uno de los presos amarrados con grilletos en el suelo o las compañeras que fueron violadas o el compañero que tenía partida la cabeza de un culatazo y se quejaba permanentemente del dolor. No te fortalece en el momento, son batallas que vas ganando.

“Alcanzamos a sacárselos a los milicos antes de que se los llevaran”.

Poco tiempo después, frente a la casa de los padres de una compañera secuestrada, Pancho recuerda la tarde no tan remota en que vio alejarse la formación del ferrocarril con destino a Villa Constitución. Entre los embalajes no sólo transportaba los muebles nuevos y la heladera –es decir, todo el mobiliario para el departamento que habían alquilado al abogado inquisidor–, sino también una moto 0 km. Una moto 0 km que poco se parece a la que monta ahora –o se parece mucho, porque quizá se trata de la misma–, en la que lleva consigo a dos niñitos llorones, dos pequeños asustados, aterrorizados y sin padres.

“Alcanzamos a sacárselos a los milicos antes de que se los llevaran”.

Los documentos falsos también los había perdido allá, cerca de Villa Constitución, en San Nicolás, cuando barrieron la pensión. Aunque él sabe que eso no es preciso, que es un eufemismo como tantos otros: los documentos se los habían sacado, no los había perdido. Como le pasó a estos pibes: les sacaron a los viejos.

Como un eco, las palabras que varias veces pronunció para contar esta historia, o para autoconvencerse de la batalla ganada, en su interior tienen la fuerza de un gong: “Alcanzamos a sacárselos a los milicos antes de que se los llevaran”.

Hoy, casi cuarenta años después, ni los niños ni Pancho se acuerdan de sus rostros. Porque los rostros de entonces no son los mismo que los de ahora. Los rostros, sólo los rostros.

Que la cadena de comunicaciones que los mantenía conectados con el compañero de Tucumán se hubiera cortado significaba la caída de uno de sus eslabones. Podía ser él o algún otro. O todos. La esperanza siempre dolorosa. Pero había sido él, había caído el compañero. A ella, a su compañera, la Organización ya le había advertido que debía “levantar” la casa porque podía estar vigilada. Sin embargo, ella no tuvo tiempo y caminó una mañana hasta una carnicería a la vuelta de su casa, sobre la calle 69 entre 9 y 10, dejando a los niños en el hogar. La patota se bajó del auto cuando estaba por salir del negocio.

—Se metieron y le dijeron al carnicero que la querían secuestrar; el tipo salió con una cuchilla, lo cagaron a culatazos y secuestraron a la compañera. Alcanzamos a sacar los hijos antes de que los milicos llegaran a la casa y los llevamos con los abuelos. Eran dos chiquitos aterrorizados, que lloraban todo el tiempo.

—*¿Cómo fue llevarle los nietos a los abuelos? ¿Qué se les podía decir?*

—Ni siquiera pudimos hablar con los abuelos. A través de terceras personas se hizo el acercamiento, se combinó una forma de tocar el timbre; en el lapso de los siguientes días, alrededor del mediodía, los dejaríamos en la puerta. Teníamos que tener tiempo de maniobra, porque sabíamos que la casa estaba vigilada. Con una compañera llevamos a los dos chicos en mi moto, tocamos el timbre con la contraseña correspondiente y pasamos los pibes por arriba de la pared del frente.

—*Esa fue otra batalla ganada.*

—Sí. Otra batalla ganada. Si no los hubieran capturado y, quizá, hoy todavía los estaríamos buscando.

El fin del terror

Gonzalo Chaves, un cuadro reconocido en la militancia de Montoneros, consiguió para Ricardo Molina —que estaba preso hacía casi 3 años y medio— y para otros compañeros, visas del gobierno de Bélgica. Días más tarde, el entonces embajador belga en la Argentina visitó la Unidad 9 para entrevistarlos. En una oficina sin ventanas, repleta de ficheros, que Ricardo imaginó llena de micrófonos, el diplomático le preguntó si había sido torturado y, claro, él respondió que no. Le concedieron la visa y su familia se encargó de los trámites burocráticos, pero un buen día Harguindeguy le informó que la visa había sido denegada por la dictadura argentina con el argumento de que Bélgica y Francia eran la cuna del desprestigio del gobierno, la “campana anti-Argentina” le llamaban.

Después de ese intento frustrado, a través de un compañero preso, militante de una agrupación socialista de Berisso, consiguió una entrevista en la Embajada Norteamericana. Al poco tiempo salió bajo libertad vigilada, fijando domicilio en la casa de sus padres, con el deber de presentarse a firmar día por medio la planilla de presencia en el edificio de Inteligencia de la Policía de la provincia.

En los últimos días de libertad vigilada, una vez que fue a firmar, alguien le preguntó: “¿Qué vas a hacer?” Y Ricardo le dijo que no sabía, que iba a ver. El tipo lo miró a los ojos y le dijo “andáte, flaco, andáte”.

—Cuando terminé con la libertad vigilada me entrevistaron dos marines; les dije que había sido torturado, pero que no tenía conocimiento sobre cuáles habían sido los lugares de detención; me preguntaron cómo se llamaba el responsable del centro y cuando dije que se hacía llamar *El francés* se miraron entre ellos como diciendo “a ése lo conocemos”.

La entrevista fue en la casa de sus padres; los tipos habían llegado en un “auto enorme” con las banderitas de Estados Unidos y habían estacionado en 31 entre 79 y 80, una calle angosta. El micro 61 pasaba con una rueda sobre la vereda de lo ancho que era el vehículo.

—No estaba para quedarse: sin plata y sin trabajo. Unas semanas después, empezamos el trámite de visado; fuimos 49 refugiados políticos protegidos por el Servicio Mundial de Iglesias, un organismo internacional en el que confluían la Iglesia Católica, la Iglesia Protestante y la Iglesia Judía. Cuando llegué a Estados Unidos sólo me quedó el apoyo de una Iglesia Bautista que me dio lugar en la casa de un argentino; me buscaron trabajo y empecé a estudiar el inglés en una escuela pública. Conmigo en el exilio, a mi familia ya no la molestaron.

—Pasaste por dos momentos: el exilio y la vuelta definitiva a la sociedad, a tu mundo. ¿Cómo fue volver, el reencuentro con tu familia?

—Fue hermoso reencontrarse en libertad con la familiar; muy duro y contradictorio fue encontrarse con los amigos del barrio o la secundaria que te decían ‘uy, loco, estás de vuelta; ¿te pegaron mucho? Pero vos habías hecho cagadas’. Esa batalla fue terrible, porque no te creían; viví un estado de soledad muy grande, recorría el centro y no encontraba a nadie de los conocidos, de los compañeros; eso me daba la magnitud del desastre y me hacía reflexionar: “La puta madre, si en esta ciudad caminábamos y éramos todos conocidos, dónde están, adónde se fueron, adónde nos fueron”.

—La libertad era la posibilidad de volver a votar.

—Sí, sí. Incluso, fui fiscal. Ese día, en la mesa donde fiscalicé, un pibe le preguntó a la mamá: “¿Eso es una urna?”. Y yo, colándome en la conversación, me apuré a decirle: “Sí. ¡Y vos no sabés el trabajo que nos dio ponerla ahí!”. Era en el seminario mayor, en 66 y 23, el maltrato de los oficiales armados hacia la gente fue muy duro, pero la gente quería votar. Y era lógico, totalmente racional, que votaran a Alfonsín.

—Y en ese momento, todavía costaba. La sombra del terror no había desaparecido.

—Una noche, ya en democracia, estaba en Plaza Rocha: venía un auto, esos autos grandes, con 3 personas arriba, los vidrios de adelante bajos, mirando, despacito. Se detuvieron justo en la esquina de las paradas de colectivo, donde estaba yo esperando, y me dijeron: “¿Cómo andás, Pancho? ¿Cómo anda la campaña? Están reorganizándose, ¿no?”. Arrancaron y se fueron. ¡El cagazo que me pegué! Sería el año 85, más o menos, todavía se notaba la presencia en las calles. Estaban. Ahora tenemos a algunos capturados, en ese momento estaban todos. Estaban en retirada, pero seguían operando.

La historia de Mercedes y don Galarza

El sol del mediodía entibia la atmósfera de la cocina; a través del vidrio esmerilado de la ventana siguen viéndose formas gruesas. Cada tanto se filtra algún ladrido apagado. Del otro lado, en el patio, nos revela Ricardo, está la perra de la familia Molina: Hannah; por lo general anda dentro de la casa, pero por piedad hacia nosotros prefirió dejarla afuera.

—*Ah, es brava.*

—No, para nada. Pero les haría la fiesta, los volvería locos.

En la historia de Ricardo sobreviven muchas historias, como la del *Gordo* Tomás, o la del compañero intrépido que pidió un café, o la del *Caballo* Suárez. Sin embargo hay una historia más, la de Mercedes.

La familia de Liliana Galarza, mientras ella estuvo secuestrada y Ricardo preso, “no sé si por sugerencia de los Servicios o qué” decidió cortar todo tipo de relación con la familia Molina. Marcelo, el hermano mayor de Ricardo, quien mantuvo la correspondencia en tanto él estaba detenido, recibió el ultimátum a fines del 77: “Mirá, hay un pedido para que no mantengamos relaciones epistolares, así que ésta es la última carta que les escribo. La nena está bien. Adiós”.

Exiliado en Houston, Ricardo conoció a un muchacho mendocino; en uno de sus viajes a EEUU le dijo: “Yo te voy a dar una carta, llevála a esta dirección: Pasaje Ottone 248. Se multiplicaban los números, no tenía forma de olvidarme”. Pasadas unas semanas el joven lo llamó por teléfono, a pagar de EEUU para la Argentina, y le contó que llevó la carta, que cuando tocó el timbre salió una nena chiquita y después un hombre; le explicó de parte de quién iba pero le dijeron que esa familia no vivía más ahí. “Qué cagada, digo. Qué raro, una nena chiquita. Siempre me quedó eso”.

A principios de los 90, Claudia Carlotto, hija de Estela de Carlotto, recibió en la Dirección del Ministerio de Justicia a un hombre que llevaba documentación sobre un pedido de resarcimiento económico por la muerte de un familiar. Leyó los papeles: Liliana Amalia Galarza. “¿Y usted quién es?”, le preguntó. “Yo soy el hermano”. Siguió leyendo: una nena, nacida... Padre: fallecido, Ricardo Molina. Enseguida, dijo “¿de dónde es este Ricardo Molina?”. “Creo que era de La Plata”. “No —exclamó—, está vivo, es amigo mío. ¿Por qué ponen ‘fallecido’?”.

—Cuando Claudia me llamó por teléfono: “*Negro*, ¿a que no sabés quién apareció?” Entonces me hizo el relato. “Te doy una dirección: Pasaje Ottone 248”. ¡Ése era el domicilio! Es el domicilio que declararon, ¡hijos de puta! Bah.

A través de gestiones de organismos de Derechos Humanos, Ricardo viajó a Mendoza para reencontrarse con Mercedes. Paró en un hotel de la capital, esperando que al día siguiente la familia Galarza se comunicara por teléfono para acordar el encuentro en la casa de uno de los tíos. Pocas

horas después de haberse instalado en la habitación, la señora que administraba el hotel golpeó a su puerta para avisarle que tenía una llamada telefónica.

—Pensé que era la familia. “Hola, Ricardo, soy Mercedes, te quiero ver pero sin que esté la familia presente”. Uh, dije, y dónde. “Mirá, en la avenida San Martín hay un barcito, ta, ta, ta. En una hora nos podemos ver ahí”. Y cómo vas a estar vestida, así y así y así. Ahí nos encontramos los dos solitos. Y le empecé a contar parte de la historia y ella me empezó a contar parte de la historia. Su pensamiento general, hasta no hace mucho tiempo, era que su mamá no se había preocupado lo suficiente por ella, que yo era responsable de muchas de las cosas que le ocurrieron. Hemos tenido cruces, la relación no es buena. Ella ha estado acá, en casa, incluso. El año pasado vino con el nene, Ulises, mi nietito. Se ha quedado a dormir, se ha quedado a cenar, conoce a los chicos [a los hijos de Ricardo y Gladys, su actual esposa], pero no se pudo reconstruir bien la historia.

Durante los 3 días que pasó en Mendoza, don Martín Galarza alegó que no estaba en condiciones de verlo, que no estaba preparado; *Pancho* se encontró con todos menos con él.

Alrededor de un año después, Ricardo recibió un llamado; al otro lado de la línea reconoció la voz de don Martín Galarza: “*Pancho*, cómo estás —*Pancho* quedó, todos los tíos de Mercedes me dicen *Pancho*; y ella no me dice papá, me dice *Pancho*—, mirá, voy a viajar a La Plata por cuestiones de documentación. ¿Puedo ir a verte a tu casa? Sí, don Martín, cómo no va a poder venir, claro que sí”.

—Bueno, efectivamente, vino con una pareja nueva que tenía, que hacía mucho que tenía, que estaba viviendo allá. Cenamos, charlamos, y en un momento don Martín me dijo: “*Pancho*, tengo que pedirte perdón, porque nosotros cometimos muchos errores en la familia, con relación a vos y a Liliana. Yo me doy cuenta ahora, pero ahora soy un anciano y no los puedo corregir, lo único que puedo hacer es reconocerlos. Cuando vos estuviste allá, en Mendoza, el año pasado, sentía vergüenza de verte. Y después vi el gesto que tuviste, que no tenías rencor”. Mentira, yo tenía un odio bárbaro pero bueno... Las cosas eran así, no se podía hacer otra cosa, ya estaba hecho el daño. Salimos abrazados hasta la puerta, le di un beso y se fueron. Era un gran tipo. Después, al poquito tiempo, murió. Cuando yo les conté a los tíos y a Mercedes lo que había dicho su padre y abuelo, no me creyeron.

—Pensando en todos esos años de militancia, de represión; de las complejidades y contradicciones de todos esos años, si pudieras volver a una escena, ¿qué escena sería?

—Escenas puede haber muchas. La del 25 de mayo del 73 es impagable: la plaza llena, Cámpora asumiendo, los compañeros ahí, y la inocencia de pensar “se van, se van, y nunca volverán”. Lo cantamos en algún momento en la Plaza. Después, una comida que se hizo el 25 de mayo del año 1975 en Ensenada, no me acuerdo el nombre del club. Un asado. El asado lo organizó la agrupación metalúrgica Felipe Vallese que dirigíamos nosotros y que tenía asentamiento en la mayor cantidad de fábricas metalúrgicas de la zona; se juntaron unos 400 trabajadores, laburantes en serio, con sus familias. Y cuando estábamos por comenzar la comida, se bajó de un auto Mario Eduardo Firmenich a saludar a la gente; comió con la gente, tomó vino, pidió una guitarra y se pasó como hasta las cuatro y media de la tarde tocando la guitarra y cantando, canciones folklóricas y eso. Una imagen muy linda. Todavía no habíamos sido derrotados.

—Mencionaste dos escenas, las dos son escenas triunfales.

—Obviamente.

Epílogo

—Perón decía: “En la guerra entre un pueblo y un ejército, no conozco ningún caso en que haya desaparecido el pueblo”. Y una vez, ya en democracia, en el anfiteatro de la UOCRA, vino a dar una charla un cuadro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. “Comandante —le preguntó uno de los estudiantes del auditorio—, ¿cuántas batallas pierde el pueblo antes de la toma del poder?” Mirá qué pregunta hija de puta, pensé yo. El compañero del FMLN, en cambio, no se inquietó, tomó aire y lo miró como quien está acostumbrado a lidiar con las contradicciones y demandas de toda lucha revolucionaria. Midió las palabras y soltó: “Todas... menos la última”.

Jarabe concentrado de derrota

La historia de Jorge Aníbal “*Araña*” Bustos

Prólogo

El cartel de chapa tiene una leyenda:

“Los pobladores arribados a partir de 1779, construyeron su hogar en cuevas que cavaron en las laderas de las barracas. Transcurrido más de un siglo, algunas de las cuevas eran ocupadas por vecinos pobres”.

A un costado está la abertura en forma de U invertida de una de las cuevas maragatas que se conserva a fuerza de restauraciones. Adentro, encima de unas piedras, hay una olla negra de hollín; las paredes cóncavas están algo cubiertas de moho. Aquel que quiera visitar el hogar de los primeros pobladores de Carmen de Patagones no tiene más que atravesar el patio del edificio del Museo Histórico Regional “Emma Nozzi”. El relato del guía, por caso la voz del mismísimo director del Museo, advierte que para los pioneros de las cuevas maragatas la peor amenaza era la crecida del río.

A pocos metros de allí, cualquier distancia es “poco” donde hoy viven cerca de 30 mil personas, se levanta el Castillo Landalde, una imponente construcción con más de 40 habitaciones. La pujanza económica de la familia Sassemberg erigió la casona entre 1880 y 1913. Como cualquier otro casillo, es un símbolo de ostentación.

Jorge Aníbal Bustos llegó a Carmen de Patagones unos meses antes del golpe de Estado y, si hubiera podido elegir la morada perfecta, se hubiera inclinado por la cueva maragata, una opción más austera. Sin embargo, no pudo elegir: junto a su compañera se instaló en una chacra, donde aprendió a cosechar papas y zapallos.

Muchos años después, ya en “la superficie”, sabría del cacique Yanquetruz, líder de las jefaturas pampas y tehuelches de la región. Yanquetruz sentó las bases de un tratado de paz con los maragatos, tal como se conoce a los pobladores de Carmen de Patagones; la articulación comunitaria se sostuvo con sus sucesores, Chingoleo y Linares, hasta la campaña colonizadora de 1779.

Las armas siempre fueron una amenaza. Las crecidas del río, sólo a veces.

*“Teníamos un servicio de recolección privilegiado:
a los primeros que les llevaban la basura eran a mis viejos,
unos vecinos que eran canas.
Porque la basura era lo más accesible para encontrar cosas”.*

Jorge Aníbal Bustos comenzó a militar cuando tenía 14 años, en el 67, en la Federación Juvenil Comunista; se enfrentó al legado paterno peronista y ya en ese tiempo supo de represiones y del peso de la proscripción.

—Mi viejo era oficial del ejército, y recuerdo llevarle de comer a la guarnición porque estaba preso: por conducta, porque no se había plegado, por el hecho de llevar el sable que le firmó Perón. A todos les borraron esa firma pero, como él dice, su primer garrón se lo comió por no haber borrado el sable.

En Córdoba, en el año 69, Jorge vio pasar frente a su casa, por una calle angosta que bajaba hasta el predio de la Ciudad Universitaria, a los obreros de la Renault, a los policías que los reprimían y a los carros de asalto. Eso, claro, desde una de las ventanas de la fachada. Pero sabía que, por los fondos de las casas, los que pasaban eran sólo los obreros, con el consentimiento de los vecinos del barrio. Vio también allanamientos y corridas, una olla que bullía llamada Cordobazo, un clima donde era difícil no tomar partido.

—Terminaba radicalizado hasta un zapallo.

Hacia esa época, Bustos reconoce que experimentó un período de “transición”, que terminaría volcándolo a la militancia peronista. Antes de su reconversión política, cuando tenía 15 años, recuerda que una noche su padre le dijo: “Usted eligió otro camino, yo respeto lo que usted va a ser, pero busque otra casa; si usted va a ser comunista va a poner en peligro a sus hermanas y a su mamá, así que usted tiene que buscar otra casa para vivir. Con amigos, lo que sea, yo lo voy a ayudar, pero en esta casa no, porque las pone en peligro a ellas”. Lejos de amedrentarlo, las palabras de su padre le insuflaron ganas de seguir militando, de continuar nutriéndose de experiencias y lecturas. Lecturas sobre todo.

—Al lado de mi casa, vivía uno de los miembros del Comité Central del Partido Comunista, que se hizo muy amigo de mi viejo; se compartía mucho esto de guardar libros, guardar cosas, valijas que uno no sabía qué mierda tenían. Yo leía mucha literatura; como mi viejo era milico venían y me traían valijas y me decían “esto lo podés abrir y esto no”, ¿qué era lo que no podía abrir? No sé, porque no lo abría...

En una cálida oficina del Museo Histórico Regional “Emma Nozzi” de Carmen de Patagones, detrás de un pesado escritorio de roble con tiradores de bronce, está sentado Jorge Bustos. A sus espaldas hay una vitrina con fotos en sepia y varios libros con cubiertas de cuero; a la derecha un ventanal tapado por un cortinado y, en frente, dos ficheros de chapa descascarados. Allí pasa sus

días como director, como guía ocasional y como historiador; repasa inventarios y prepara charlas y discursos.

Hace algunos años, fue orador en un aniversario de la Juventud Universitaria Peronista de Córdoba.

—Hablabas desde que tenía 14 años, en el secundario... pero esta vez, dije, voy a pensar todo lo que voy a decir, así que estuve como dos meses armando el discurso. Primera vez en la vida.

—*¿Y qué pasó?*

—Fue una terapia. Me hizo pensar en cosas que yo no quería enfrentar y no tenía más remedio. Y lo que más me jodía enfrentar, en el que fue mi primer lugar de militancia de la JUP, la Facultad de abogacía, era la imagen de esos compañeros secuestrados, sabiendo lo que había pasado. Fue algo espantoso. Una pareja de compañeros era, quizás, lo que más me pesaba; dos personas etéreas, verdaderamente... no les faltaban alas siquiera, unos ángeles, una cosa deliciosa los dos.

Bustos hace una pausa, detiene el relato; su voz y su palabra dejan de ser protagonistas. La mirada ausente, los ojos acuosos, miran para adentro, proyectan en su memoria dos rostros eternamente jóvenes.

—Me dolían mucho los compañeros que habían sido desaparecidos, que los habían matado, de los que yo había sido responsable en la Facultad. Y más: que yo los había encuadrado. Sobrevivir a eso es tremendo. Es muy jodido. Y me quedó una cosa muy densa, quizá fue el auto silencio de tantos años, que esta palabra, “responsable”, tiene un doble juego. Es decir, en esa Facultad yo era responsable —cuando se fundó la Juventud Universitaria yo estaba en la mesa provincial y nacional de la JUP—. La palabra responsable, en ese momento, significaba una cosa. Después significó otra.

Un nuevo silencio, una pausa para buscarlos en el recuerdo.

—Me puse a pensar en ese momento, cómo fue que los enganché y, en realidad, me di cuenta que ellos me habían cazado a mí, ellos me encontraron a mí: “¿Vos sos *Araña*?” —ese era mi nombre de guerra—; a Jorge le decíamos *John William*, por Cooke, era un bocho, sabía mucho, además con un corazón, con una mística. A él lo secuestraron en junio del 76 y a Luz, en diciembre, la agarraron volanteando en una fábrica... fue jodido. Era una cosita tan etérea, me la imagino repartiendo volantes; y ella con unos ovarios como camiones porque, en esos momentos, estar repartiendo panfletos de Montoneros... es posible que no hayan sido de Montoneros, sino de la Juventud Trabajadora Peronista, pero para los milicos daba lo mismo.

Bustos cuenta que en el acto quiso explicarles a los familiares quiénes habían sido sus hijos, hermanos o padres.

—Había una cantidad importante de hermanos, que eran menores, y que no tenían idea de qué mierda había pasado. Me acuerdo del caso de una chica, de una familia de mucha guita de Río

Cuarto; su hermano pasó a ser un proscrito en la casa, no se habló nunca más de él. Al acto ella fue con su hija y recién ahí entendió quién había sido su hermano. Reconstruir lo que había pasado también fue pensar en esto de que no éramos víctimas, no éramos unos pobres pibes. Porque me acuerdo que los tipos que nos conducían tenían dos o tres años más que yo. Y a lo mejor, yo tenía más experiencia política que ellos. Entonces, esta cuestión de “jóvenes llevados”, no. No.

Las consignas de la discordia

El 20 de junio del 73 Perón llegó a Ezeiza y Jorge Bustos formó parte de la enorme movilización que lo recibió. En algún tramo de la distancia que separa Córdoba de la Capital Federal, recuerda un tren atiborrado de gente, un hervidero de cuerpos y alegría desmesurada. Sin embargo, en la Avenida Ricchieri sintió que algo empezaba a desmoronarse cuando la conducción de Montoneros bajó unas consignas que no habían sido discutidas y que se repetirían el 1º de mayo del año siguiente.

*“Qué pasa, qué pasa, qué pasa, General,
que está lleno de gorilas el gobierno popular”.*

*“No hinchen más las bolas,
Evita hay una sola”.*

Su análisis de la situación fue inmediato. Y fue categórico.

—En términos militares, era una estrategia de aproximación indirecta que consistía en golpear en la periferia: como no se podía golpear en el centro, que era Perón, había que golpear en su periferia. En especial, pegarle a la mujer. Tocarle la mujer, en público, ¿qué querés que haga un tipo en esas condiciones? Reaccionar, mínimamente, y decirnos que somos unos imberbes y basta y echarnos a la mierda de la plaza. Esto es una cosa buscada por la conducción. Esto no es ingenuo.

El otro cimbronazo que contribuyó a profundizar su crisis fue la aceleración del proceso de clandestinización de la Organización.

—Lo mío era el frente político, yo estaba militando en la JP en un barrio, en Bajo Alberdi; en ese momento, no estaba en la Juventud Universitaria, estaba en la JP, y había un trabajo precioso que se había hecho alrededor de un club barrial: habíamos armado un centro de alfabetización y estábamos revitalizando un club que estaba muy caído, pero que había sido muy importante en la

vida social del barrio. Habíamos puesto un médico y una serie de cosas, es decir, lo que pensaba que debía hacerse en un movimiento territorial.

Los atentados a las unidades básicas, la explosión de la violencia y el correrse de la gente entraban cada vez más en contradicción con sus convicciones.

—Yo era libre de quedarme o de irme, no es cierto que yo no podía hacerlo. Pero no era fácil decir “bueno, sencillamente me retiro”. Y creo que eso le pasó a muchos. Esto era tan constitutivo, tan profundo, estaba tan metido en tu propia piel, tus huesos, tu sangre... no era sencillo. No era como irte de un club. Si no tenés una buena distancia operativa, es muy difícil poder reflexionar sobre estas cosas, no sé qué mecanismos juegan en esto.

Hay una foto. Que no es ninguna de las fotos amarradas que tiene detrás de sí, en la vitrina. Una foto que muestra la Plaza de Mayo el mismísimo día que Perón usó la palabra “imberbes”, una vez que la JP hubo abandonado el lugar. Una foto que salió en el diario *Noticias* y que Jorge Bustos buscó y rebuscó en los diarios locales, en las bibliotecas y en las hemerotecas de Córdoba. Cuando la encontró, sacó cincuenta, cien, doscientas copias, y comenzó a repartirlas y a pegarlas en las paredes de la Facultad de Derecho.

Una semana después, se cruzó en uno de los pasillos con el Secretario Académico, un hombre de Guardia de Hierro: “Vení, *Araña*, yo te voy a mostrar la verdadera fotografía”. En una de las oficinas de la planta alta del edificio, el tipo le mostró una foto tomada desde el aire donde la columna de la JP que se había ido era una porción ínfima, sólo una porción. Su foto, la imagen que tanto se había empeñado en hallar, era un truco fotográfico hecho con un gran angular, una foto trucada en definitiva.

—Entonces yo le pedí a mi responsable, en ese momento de mayor crisis, ir al noroeste, donde estaba armándose una compañía de monte, como la Ramón Rosa Giménez del ERP en Tucumán. Era como una huida, tampoco me explico qué mecanismo jugó ahí.

—***¿Qué querías provocar al mostrar esa foto?***

—Quería mostrarles lo que acababa de pasar, de lo que había sido testigo, que nos habían echado a la mierda. Yo no había terminado de carburar, estaba en el ida y vuelta, pensaba: “nosotros fuimos a provocarlo, con las consignas que se habían dicho en Ezeiza”. Estábamos empujando una fuga ¿pero hacia dónde? Cuando el tipo me mostró eso, fue un golpe, un mazazo que me pegaba en el lugar de la honestidad, que es el lugar más duro que me podía pegar la maza.

Antes de dejar Córdoba, Bustos estuvo preso alrededor de un mes por una pintada; salió de la cárcel porque lo salvaron los padres de un compañero que le pusieron plata a la “cana” y por el coraje de Fernando Ferreyra —el *Mafa*, asesinado en 1975—, quien cambió la firma: “Juventud Peronista” en lugar de la original escritura que decía “Montoneros”. Luego, se instaló en Río Cuarto

para continuar con su militancia y se integró a la vida social del lugar. Consiguió trabajo en una fábrica, en una curtiembre.

—Una experiencia realmente interesante, proletarizado, digamos.

En diciembre del 75, a su responsable allí, con quien se conocían desde mucho antes de la JP, “casi lo chuparon”. El hombre iba caminado por el centro de Córdoba y desde un Torino blanco lo señalaron: fue un compañero; comenzó una carrera a toda velocidad hasta que consiguió tirarse de cabeza dentro de un Citroën, siguió una persecución de película, según los testigos, que no distinguió la senda peatonal de la calzada ni manos de contramanos. Así logró zafar de la pesada, del asedio de dos autos, un Falcon y un Torino.

—Cambiaba la cita, cambiaba todo y seguía cayendo gente. Ahí se supo que imponían un nivel de tortura nunca conocido; hasta diciembre del 75 no se sabía que había una forma nueva. Hasta ese momento te metían en cana y te daban con todo pero a los diez días te tenían que legalizar. Te podían pasar a disposición del Poder Ejecutivo cuando había Estado de Sitio, pero no te podían marcar demasiado porque tenías que ir a declarar al juez a los diez días, ese era el límite, tenías que aguantar ocho días. Te podían picanear, te podían hacer submarino seco, húmedo... esas cosas, que después vimos que era un paseo comparado con lo que iba a venir.

Jorge Bustos se para, se saca el pullover, lo tiende en el respaldo de la silla y se sienta de nuevo. Enseguida vuelve a pararse y camina hasta el ventanal para descorrer las pesadas cortinas; la luz natural parece lastimarle los ojos. Abre una de las hojas de la ventana y cierra la otra con cautela. Después, sin voltear, como acostumbrándose a la luz y respirando el aire limpio que entra, completa el cuadro de esa certidumbre que tuvo a fines del 75, ese cuadro de torturas y “delaciones”.

—Uno nunca sabe qué es capaz de hacer o de decir, cuando le ponen un soplete de acetileno en la espalda.

El ventarrón lo sorprende en la calle, volviendo de la casa de un compañero, a pie. Es enero del 76.

—Vientos de agua...

La copa espesa de un fresno dorado se sacude encima de su cabeza y el viento lo envuelve en un remolino de hojas; sobre las baldosas grises de la esquina de Independencia ve caer las primeras gotas, gordas y esporádicas al principio. Apresurado, tantea y adivina las formas en el interior del bolsillo del pantalón, comprueba que lleva la billetera y algunas monedas. Saca la torpe mano del

bolsillo y junta los dedos tiesos para hacerse visera mientras el viento lo golpea en la cara. Ya decidió que no va a volver caminando.

A un costado de la calzada, espera impaciente mientras ve pasar un torrente de autos y escucha el lambido de las ruedas sobre el asfalto mojado. Dos calles más arriba, el semáforo coarta su posibilidad para cruzar. La lluvia es cada vez más intensa, más fina y más fría.

Cuando por fin pasa el último auto, Jorge cruza la calle dando largas zancadas y sube a la vereda; a buen paso, protegido cada tanto por algún alero o un árbol copudo, se desliza cien, doscientos metros hasta la cuadra donde está la parada del colectivo. El vendaval le nubla la visión y se ve obligado a amainar el paso; sin embargo, cuando distingue el contorno, la forma alargada del micro, se apura para abordarlo.

La puerta plegadiza por fin se cierra detrás de él; se siente agitado y no se esfuerza en ocultarlo frente a las pocas personas que hay arriba.

—Estás hecho sopa, hermano —lo saluda el chofer.

El colectivo se pone en marcha y Jorge sube el último escalón de los tres que hay en la puerta. Después se palpa los bolsillos vacantes.

—Está bien, dejá. Sentáte, nomás.

En enero de 1976, pocos días después de haber perdido el documento de identidad en Río Cuarto, Jorge Bustos viajó a Monte Hermoso para encontrarse con su compañera, con sus padres y hermanos. Pensaba pasar unos días de vacaciones. Sin embargo, tres días después de su llegada alguien golpeó su puerta: era un compañero de Río Cuarto, “simpatizante de la JP, nada más”. Una “delación” había puesto su nombre, el de Jorge Aníbal Bustos, sobre la mesa de los militares desaparecidos.

—Sabía que yo estaba en Monte Hermoso, me estaba buscando hacía tres días para decirme que no volviera, porque si volvía iba a perder. No tenía a dónde irme así que me vine acá, a Carmen de Patagones, a la casa de mis viejos. Estuve tres años viviendo en una chacra, 3 años de chacarero.

Bustos evoca ese tiempo con amargura. Antes de continuar, se aclara la garganta.

—Ahí pasamos realmente unas semanas... pensamos que nos podían venir a buscar en cualquier momento. Y, verdaderamente, uno pagó. Como le pasó a varias parejas que vivieron en esa Argentina, llevó a un desgaste profundo, porque esto te patinó los nervios, fue toda una situación de tensión a la que muy pocas parejas pudieron sobrevivir. Fueron condiciones de vulnerabilidad muy extremas. A diferencia de compañeros que estaban en Europa, por ejemplo, y que hicieron

magníficas carreras, magníficos posgrados, aprovecharon las circunstancias, transformaron la derrota en victoria, y se pusieron a hacer cosas muy interesantes de sus vidas en el exilio. Otros se quedaron tocando la guitarra en la boca de un subte... cada uno lo vivió de una manera distinta. Nosotros envidiamos esa situación, estar en el exterior, porque realmente hubiéramos soñado tener un proyecto de vida. Acá no teníamos un proyecto de vida, porque no sabíamos si íbamos a tener vida. Esa era la diferencia. Allá estabas vivo, e ibas a seguir vivo.

—Lo único que coartaba la posibilidad del exilio era que no tenían documentos...

—Ni más ni menos. Sin ningún documento no podías salir. Vos no sabías lo que podía pasar, es decir, vos tenías tu documento, ¿y? ¿Estabas o no estabas en una lista? Pero, si no tenías ningún documento, no podías siquiera pasar ningún retén mínimo... en esta zona yo he pasado porque alguien me hizo una cédula policial, que fue una cosa graciosa porque yo no me acordaba mi número de documento. Yo tengo una tara con los números y lo puse cambiado, me equivoqué, invertí los dos últimos dígitos.

—Pero tu nombre, con todas las letras.

—Sí, sí. Aparte vivía acá, en Carmen de Patagones, con mis viejos, ¿qué iba a hacer? Era una cédula de la policía de Río Negro. En ese momento, las policías provinciales todavía hacían cédulas. Por medio de una vecina, macanuda, no era una onda política ni nada por el estilo; ella trabajaba en documentos de la policía y me hizo una cédula de identidad que me servía para manejarme. Esto fue en el año 79, porque ya había dejado la chacra.

El desarraigo no fue una alternativa. El viaje al sur, inicialmente de Córdoba a Monte Hermoso, iba a terminar más allá de lo planeado, en el territorio más austral de la provincia de Buenos Aires.

—Yo estaba fuera de la Argentina, yo me sentía fuera de la Argentina. Porque, para mí, la Argentina, mi mundo, era ese donde yo vivía. Esta otra cosa era... no por una cuestión despectiva, porque fue un placer vivir en la chacra, fue una experiencia hermosa, trabajé como un desgraciado, como nunca antes en mi vida. Pensaba que las manzanas crecían adentro de los cajones, nunca había visto una planta de manzanas, ni una planta de tomates, bah, mi vieja tenía dos plantas de tomate... realmente fue una experiencia preciosa. Pero la imposibilidad de hacer un proyecto de futuro —y llamo futuro a pasado mañana—, cuando no podés hacer eso, no podés vivir en ningún país: no vivís, estás sobreviviendo. Hay una externalidad tuya: yo iba y venía con el acoplado cargado, con el tractor cargado con frutas... pero no es una vida en realidad. Cuando no tenés un plan de futuro y no proyectás lo que vas a hacer, no tenés una vida.

Territorio amigo

—En ese contexto, ¿venir a Carmen de Patagones fue asumir la derrota?

—Sí. Yo tuve la percepción de que ya estábamos derrotados desde mucho antes. Estoy convencido de que se trató de una derrota autoinfligida. Para mí, la derrota fue la de la organización de masas; después, el aparato militar tenía las horas contadas, porque una vez que perdiste el abrigo de la gente, el arraigo, el consenso, todo lo demás queda en un grupo de kamikazes que salen a jugársela, una cuestión loca, romántica, por el culto a la muerte. La derrota fue a mediados del 75. Ahí ya estábamos derrotados. Y cuando no se pudo entender lo que había pasado en la Plaza de Mayo. Era una huida hacia adelante, cada vez era alejarse más de la gente, más y más. Lo que fue la profundización de la acción militar. Si tuviera que decir cuál fue el principio de la derrota, creo que fue el asesinato de Rucci. Eso fue un verdadero disparate.

—En esa derrota, ¿cuáles eran los triunfos? Para vos, en tu chacra...

—En ese momento, era una cuestión muy tanática. Donde no existía ni siquiera una evaluación. Era un tema puesto, que tenías adentro: sobrevivir mañana. A la noche sentías unos ruidos, los perros ladraban, era... era quedarte una noche en vela.

—Si bien medían todos los pasos, calculaban los movimientos, durante la estancia en la chacra, ¿el entusiasmo, en algún momento, te llevó al borde del peligro?

—No. No porque no teníamos entusiasmo, era muy amargo. Era muy amargo todo. Teníamos alegrías muy pequeñas, combustible de un día, digamos. Pero era muy amargo.

Poco tiempo después de haber sido injertado en esa realidad, Bustos conoció a Beto, con quien haría muy buenas migas. Beto era un hombre sencillo y humilde, dueño de la camioneta con la que lo pasaba a buscar tres veces por semana para ir a recorrer la zona: él vendía sábanas y cubrecamas y Jorge, papas y tomates. Andaban por caminos de serrucho hasta vaciar las bolsas de la caja y volvían cuando era de noche y el frío apretaba.

—De a poco me fui haciendo de un grupo de gente con la que uno podía decir “territorio amigo”, gente que había pasado por otras experiencias similares, que venía de afuera.

Por esa misma época, un tiempo de abulia y pesadez, fue que Jorge y su compañera, Raquel, conocieron a una pareja de militantes del PC.

—En ese momento, había una onda que tiraba, el tema de la “presentación espontánea”. Era una idea que cabía en nuestra cabeza, decíamos “bueno, si nos presentamos espontáneamente, no nos van a adjudicar las cosas pesadas de la guerrilla”. Pero esta pareja —él había estado secuestrado en La Escuelita, campo clandestino de detención ubicado en Bahía Blanca— nos contó: “mirá, pueden zafar los que se entregan y tienen información para negociar, y pasan a trabajar con ellos”. Dos cosas: yo no tenía ninguna información que a los tipos podía interesarle ni estaba dispuesto a trabajar con ellos.

En el invierno del 76 hizo mucho frío. En los documentos de la Comarca está registrado como uno de los inviernos más helados en la región, tanto que hoy se lo sigue referenciando como un récord: la temperatura promedio fue de 10°C bajo cero.

La mañana en que Jorge tiene que cruzar a Viedma se levanta temprano, un vecino de una chacra cercana pasará a recogerlo para acercarlo al muelle de lanchas. Aunque estará afuera media jornada, por lo menos, echa algunos leños a la salamandra para calentar la casita. Hacía pocos meses que vivía con Raquel en la chacra, tiempo suficiente para comprobar que si no calentaban el aire desde temprano el resto del día sería duro, con el frío colándose por las hendijas de una construcción venida a menos.

Escucha el ruido de las ruedas en el camino de entrada y se apura a tragar la tostada con miel. Agarra la única campera que tiene a mano y sale al exterior; cuando respira el aire gélido siente que los pulmones se le llenan de pequeñas astillas de hielo. Se pone la campera al tiempo que camina hasta la camioneta de su vecino, al otro lado de la tranquera.

Durante el viaje conversan poco. Los pensamientos de Jorge giran en torno a la lancha: ¿le tocaría la lancha entoldada? ¿O cruzaría el Río Negro en la que no tenía cabina? El abrigo que lleva es muy fino, pero no tiene mucho más. “Algo de lana, lo que sea”, le había dicho a Raquel cuando se enteró que los vecinos, el territorio amigo, estaban juntando cosas para darles.

Le toca en suerte la lancha pelada: un bote con motorcito y nada más. Al lado de él se sienta un mormón que no tarda en hablarle. Jorge le responde con monosílabos evasivos; el aliento de su voz quebrada se condensa en el aire y sube en una nube hasta deshacerse. Piensa en Raquel y en la salamandra, ¿sería suficiente la leña para la jornada?

—¿Has bebido hoy de las enseñanzas de Jesucristo?

Al regresar, debía cortar más troncos. Raquel estaría en ese momento escuchando radio Colonia, una de las pocas que se sintonizaban en la región; el locutor estaría leyendo una gacetilla para confirmar lo de todos los días: la Argentina es un baño de sangre.

—El camino a la vida eterna...

Jorge mira al tipo a la cara y meneando la cabeza vuelve la vista al agua. La lancha sigue remontando el río, faltan poco metros para llegar al muelle de Viedma.

Una chacra rara

¿Qué hacían una psicóloga y un estudiante de derecho viviendo en una chacra en Carmen de Patagones? Este interrogante, está seguro Jorge, debió haber pasado por la cabeza de muchos vecinos; sin embargo, la chacra en la que vivieron alrededor de tres años tenía una historia.

—Había un tufo raro. Era una chacra muy especial porque ahí había vivido una comunidad de hippies, la habían armado unos locos de la guerra, hijos de millonarios; había tipos de los Estados Unidos, de Canadá... esa chacra tenía una atmósfera, una historia especial. Ya tenía un aura, yo era amigo de esa gente. Había también un ex combatiente de la guerra de Vietnam, y hippies. Era una chacra rara.

El entorno era un lazo que apretaba. Además de aprender a trabajar la tierra, Raquel y Jorge aprendieron a mirar a los ojos a sus vecinos, a plantar falsas sonrisas y a callar. Sobre todo a callar.

—Me acuerdo de las cosas que decía la gente, más en un medio conservador como ese; nosotros no teníamos con quién decir, estábamos solos. Teníamos que escuchar horrores, compartir y reírnos de cosas que daban ganas de llorar. Me acuerdo que en una comida los vecinos de la chacra festejaban la muerte de Santucho. Yo llegué y no sabía qué pasaba, me habían invitado, y era que estaban festejando que habían matado a Santucho. Y eso saca destino, estar festejando la muerte de Santucho.

La oficina de Jorge Bustos queda al final de una larga galería. Hasta allí llega un muchacho que usa unos anteojos de marco fino y delicado; viste un pullover oscuro y zapatos impecables. Saluda y deja una pila de periódicos amarillentos sobre el escritorio, habla sobre la ampliación de la hemeroteca, sobre registros e inventarios. Después se va. La conversación queda reverberando un momento más en el aire hasta que se apaga. La oficina del director, el rincón más alejado de la sala histórica del Museo, es un ambiente silencioso. Jorge retoma el relato para hablar del silencio. Del silencio y del ruido de los motores; de las noches en vela, de los autos en la oscuridad y de los faroles.

—*Si tenés que quedarte con una imagen de esos años, ¿cuál sería?*

—Quizá haya dos. Una, por la cuestión del miedo, serían los vehículos, muchos vehículos, muchas luces que iban y venían; no sé qué era, quizá algún campo, algún festejo. Y el otro, cuando pasó lo de Santucho; era una figura mítica. Era para una película, porque tenía que hacer de un personaje que no era yo, tenía que actuar de otra cosa. Pero claro: estás invitado a un lugar, tenés que hacer el papel, la antítesis de quien sos, y más un tipo volcánico como yo, que siempre fui un

tipo de perfil alto, metiendo los dedos en el enchufe... entonces me hervía la sangre, me descomponía. Me quedo con esas dos imágenes. Es como jarabe concentrado de derrota.

—*¿Cómo describirías hoy la chacra?*

—Nunca pude volver a esa chacra, nunca quise volver tampoco. Y, mirá vos, se puede decir que fue mi casa, mi refugio. Nunca más fui, no la vi nunca más. Y la tengo acá nomás, paso millones de veces cerca de ahí, pero nunca más entré. También, de alguna manera era mi cárcel, pese a que me permitió vivir y trabajar. Fue traumático. Y tenía que hacer algunas cosas, arreglar, dejé cosas pendientes. No quise volver.

—*¿Cómo fue irse de ahí?*

—Fue una liberación. Fue como decir: “Ahora comenzamos otra etapa”.

Los papeles

Beto, aquel amigo con el que Jorge salía a recorrer la región para vender sábanas y bolsas de arpillera colmadas de papas, en uno de esos viajes comenzó a pincharlo: “dale, presentá los papeles”. Corría 1979, ya habían pasado 3 años de la vida en la chacra.

—Un amigo de Beto y su pareja, una médica del hospital que después fue la pediatra de mis hijos, insistían para que presentáramos los papeles, nos decían que no iba a pasar nada. Pero era un “no va a pasar nada” inconsciente. ¿En función de qué decís que no va a pasar nada? No tenían ninguna constancia, ninguna base firme para decirme que no iba a pasar nada; era una confianza infundada.

La que hizo punta en ese sentido fue Raquel, la compañera de Jorge, porque entró a trabajar en el Hospital de Viedma.

—Ahí cortamos clavos... porque, ¿qué pasaba si ella estaba en una lista? Decí que estaba fracturado el sistema, había desconfianza entre servicios. Hoy, con la informática de por medio, no hubiera quedado nadie. Nos salvaba que antes eran papeles que iban y venían, no existía el fax. El tránsito de la información, más el celo entre las fuerzas, más la ineptitud de algún tipo, generaba muchos huecos. Muchos zafaron de casualidad y muchos perdieron de casualidad.

A Bustos lo sacude el eco de una pregunta hecha unos momentos atrás, una que versaba sobre el entusiasmo como motor del peligro.

—Ahí podría decirse que sí, ésa fue una imprudencia. Porque no había ningún asidero, no había nada que dijera que ya estaban dadas las condiciones para que hiciéramos lo que estábamos haciendo, pero era como decir “bueno, ma’ sí”; y a alguna gente le fue mal por esas imprudencias. Eso podría haber terminado muy mal. En realidad, lo prudente hubiera sido que siguiéramos en la

chacra, es decir, no haber tomado contacto con nada oficial. Raquel tendría que haber puesto un consultorio privado, no haber tomado contacto con el Estado. No sé por qué fue...

Cuando Raquel presentó los papeles en el Hospital ya hacía algún tiempo que estaba trabajando allí. Con esa experiencia y con los papeles en curso, sólo esperaban el nombramiento.

—Iba y volvía todos los días a trabajar, estábamos suspendidos en el aire; no queríamos ni respirar para que no se rompiera algo. Y de golpe, un día le dijeron “Rusa, te llegaron los papeles. Te llegó el formulario”. La felicidad. Festejamos, todo.

En esos meses, apareció la posibilidad de la cédula de identidad de la policía de Río Negro. Y se concretó: “Porque, si no, ¿cómo iba a conseguir trabajo?”. Sin documentos, sin ese papel fundamental, los demás papeles eran inalcanzables.

—Comencé a trabajar en una escuela especial; en un taller de zapatería, me enteré que andaban buscando un maestro zapatero. Ahí pasó algo maravilloso. Era el año 80 y todavía teníamos el peso encima. Hacía poco la provincia de Río Negro había promulgado una ley que obligaba a los milicos a completar, por lo menos, el 7° grado. Y al parecer eran muchísimos los que no lo tenían. Muchos de ellos, para obtener rápido el certificado, iban y hacían libre en la escuela especial, donde el requerimiento era más bajo porque se trataba de una escuela diferenciada, como se llamaba en ese entonces.

La sala de profesores es un recinto pequeño de techos altos y paredes descascaradas; hay una pesada mesa en el centro cubierta con una tapa de vidrio, debajo del cual hay algunos papeles impresos con horarios y anotaciones de números de teléfonos. A través de un ventanal se filtra la luz del mediodía gris; en frente, la puerta está entornada.

Jorge entra, mira la sala vacía y pestañea con pesadez. Con movimientos abúlicos, maquinales, deja el piloto en el perchero de pie que está en una de las esquinas, apenas visible detrás de los camperones colgados. Se sienta a la mesa y saca del portafolio unos papeles y una birrome. Escucha el taconeo a la mitad de la primera línea; deja los papeles arriba de la mesa, aunque no larga la birrome.

—Jorgito, ¿dónde estabas? Te anduve buscando —sin siquiera sacarse el sobretodo, la mujer elige la silla que está junto a él.

Impávido, Jorge la mira.

—Recién salgo de dar clase.

—Tengo que hablar con vos.

—Te oigo.

—¿Viste el milico, éste, el de Operaciones Especiales?

—Mmm. —Asiente.

—Bueno, me dijo: “Señorita —la mujer, seria, imposta la voz—, tenga cuidado porque ése —por vos, Jorgito—, ése es subversivo”.

—¡No me digas! —El rostro de Jorge se desfigura en una mueca grotesca, una sonrisa enorme le arruga los pómulos y le marca las patas de gallo—. ¿En serio te dijo eso?

—Pero, boludo, ¿de qué te reís? Te lo tomás en broma...

Ese día, de vuelta en la chacra, Jorge festeja con Raquel. Toman vino y se acuestan más tarde que de costumbre, aunque las luces se apagan a la hora de siempre, para no levantar la perdiz.

Un tiempo después de haber tenido esa conversación en la sala de profesores de la Escuela 501 de Carmen de Patagones, Jorge Bustos se anotó en la carrera de Historia en la Universidad de El Comahue. Si los milicos sabían y no los habían tocado hasta entonces, podían empezar a soltar amarras.

—Sabía que no iba a volver a la carrera de Abogacía... Y bueno, claro, si me anoté en la Universidad fue porque estaba pensando en un futuro.

Después de tres años en la chacra, el corte fue tan abrupto como definitivo. Pero salir de la chacra, abandonar físicamente ese espacio, no fue lo mismo que salir adelante.

—Lo que me ayudó a salir fue una nueva militancia. Salí a flote militando de nuevo en el sindicato docente. Tenía que pensar y sentir una nueva causa, era lo único que me podía restañar. La única cosa que me podía salvar era otro sueño.

—¿Cuál fue ese primer “otro sueño”?

—Me acuerdo que una de las utopías, cuando ya no podíamos pensar en el socialismo ni cosas por el estilo, era lograr el 6% del Producto Bruto Interno para el presupuesto educativo. Ahí milité a full, millones de horas, mucha energía.

—¿Y el sueño de volver a Córdoba?

—Volver a Córdoba fue como volver a la Argentina. Fue impactante volver a Córdoba. Yo volví en octubre del 83. Había muchos lugares por los que no quería transitar, me hacían mucho daño, no es que iba de fiesta. Me costó mucho; hubo lugares que recién al tercer viaje volví a transitar. Nunca la pude volver a disfrutar a Córdoba.

—Si pudieras viajar en el tiempo: ¿Le dirías algo a alguien? ¿A quién?

—No, no. Yo soy muy orgulloso de lo que hice.

—*No precisamente a vos, puede ser a algún familiar...*

—No. En todo caso volvería para abrazarlos.

Epílogo

(...) La huella que había dejado el guevarismo, la revolución cubana... la esperanza del socialismo era muy fuerte, no era tema de unos poquitos. Yo recuerdo un compañero de la Juventud Trabajadora Peronista:

—Che, negro —le digo—, te compraste una Gilera, ¿sos loco, vos? Con lo que trabajás, ahora te comprás una Gilera.

Además, una Gilera bicilíndrica, en esa época, de ultraprotección industrial, no existían las motos importadas. Lo máximo que había eran motos con motor de un tiempo: pac, pac, pac... entonces, una Gilera, y además con dos cilindros, era el sùmmum. ¡Y éste era un croto! Pero qué raro, decía yo. Recuerdo que fue el 29 de mayo del 73, porque en Córdoba se recordaba el Cordobazo y había un acto en la calle San Juan. Ahí me cuenta que se había comprado una Gilera.

—Pero de dónde, con qué las vas a pagar, de dónde la vas a sacar, loco.

Y él me dice:

—Pero, boludo, si ya “viene el socialismo”.

¡Él estaba convencido que no la iba a llegar a pagar porque antes de eso iba a llegar el socialismo, y mirá si con el socialismo le iban a venir a cobrar una Gilera! Esta percepción era muy profunda, de que había un cambio que estaba ahí nomás y se podía tocar casi con los dedos.

Los pedazos de una vida

La historia de María Elena Corral

Prólogo

Ella había sido la madrina de casamiento de la Otra. Podríamos ponerle nombres a esta historia. María Elena podríamos llamarla a Ella; Cristina a la Otra. Sin embargo, al final, los nombres se volverían insignificantes, porque Ella y la Otra, separadas por la espesura del tráfico de una ancha avenida, serían la misma.

Poco tiempo después de la unión en matrimonio con Carlos, un incansable compañero que había conocido del trabajo en las villas, la Otra decide por fin telefonar a la casa de ella. Pensó lo que va a decirle, economía de palabras y segundos de línea, y procuró sostener el tono; pero sobre todo la brevedad era indispensable para no quebrarse.

La voz impersonal de una mujer sale del auricular; la Otra casi suelta el tubo. Recobrándose, sabiendo que no recuperará los segundos valiosos que tarda en contestar, le dice quién es y también “dígame que Carlos se fue y que no vuelve”. Después corta. Era la madre de Ella.

Meticulosa, la mujer le cuenta a Ella lo de la llamada, le repite exactas las palabras. Agrega, además, que cómo era posible, que acababan de casarse, que qué horror, tan poco tiempo y ya la abandona. Ella comprende desde el primer momento lo que la Otra había querido decirle. Duda en devolverle el llamado. Pero en ese tiempo, una certeza es una duda; una duda es una mala idea; y una mala idea es, sencillamente, una mala idea. No la llama, claro.

Pasan algunas semanas hasta el episodio del comienzo, hasta el episodio del final. El escenario es la Avenida Córdoba de la Capital Federal, la altura es una información prescindible. Ella está de un lado de la calzada, sobre la vereda; la Otra acaba de levantar la vista porque está próxima a la esquina. Otea el panorama y se encuentra con la mirada de Ella, pequeña, al otro lado de la calle. Puede contenerla entre dos dedos, el índice y el pulgar. Se quedan un rato así, mirándose, sin moverse, sin amagos ni ademanes que procuren achicar el espesor de la distancia.

Ella imagina que la Otra podría pensar que si su marido, con el que militaba desde los tiempos de la UES, con el que hacían de todo en los inquilinatos, había desaparecido, Ella podía haberlo entregado. Y la Otra supone que, si cruza, puede comprometerla porque no sabe si está siendo observada, perseguida. Dudan. Y la duda las hermana. Ella es la Otra; la Otra es Ella.

*Ni siquiera un cumpleaños podíamos disfrutar
porque todo te recordaba al que no estaba.*

“Quedo a tu disposición. Es bueno conservar la memoria”, escribió María Elena Corral a la vuelta del primer mail, el 13 de mayo de 2013; después de una saga de varios correos más y de casi dos meses, el lunes 7 de julio viajó de San Telmo, Capital Federal, hasta La Plata; la esperamos en un aula de la vieja facultad de Periodismo, María Elena prefiere mate antes que café.

El salón no tiene ventanas a la calle, sólo una que da al interior del edificio de calle 44; sin embargo, los tubos fluorescentes inundan el recinto de luz. En el 73, cuando estudiaba Trabajo Social en la UBA y participaba como docente de la Campaña de Reactivación Educativa de Adultos para la Reconstrucción lanzada por Cámpora, los espacios áulicos eran más precarios, incluso, a veces, ni sillas había.

—Una campaña pensada para todos los adultos del país que no leían ni escribían. Fue impresionante, pero duró hasta el gobierno de Isabel, cuando llegó un Ministro como [Oscar] Ivanissevich que dijo: “Yo respeto a todos, pero sólo voy a aceptar a los que escriben con la derecha”. Fuimos todos despedidos y la carrera de adultos quedó trunca.

María Elena empezó a militar en la UES desde sus años en la Escuela Normal y, a pesar de que sus padres “estaban en la vereda de enfrente”, la ligazón con los sectores populares y el sentido de la solidaridad los mamó de pequeña de la historia familiar, de un relato que oyó más de una vez en la sobremesa.

—Mis abuelos estuvieron en la Guerra Civil Española luchando contra Franco; durante un tiempo protegieron a unos socialistas que estaban escondidos en el monte y cada día hacían un recorrido distinto entre la casa y el monte para poder llevarles comida y abrigo sin ser detectados. Heredé esa corriente socialista; de chiquita me ensañaron a cantar La Internacional y, por ese lado, yo creo que siempre me apropié de ese sentir solidario.

Sin embargo, el relato de la solidaridad que había atravesado generaciones convivía con otro relato, el del entorno familiar más inmediato: sus padres. Cierta día llegó de la Escuela con varias bolsas colmadas con ropa para las madres solteras de la Villa de Retiro: “Cuando me vio, mi vieja se escandalizó: Ay, ¿cómo puede ser? ¡Madres solteras!”.

—Convivía con ese doble discurso, la solidaridad y la negación de lo peronista.

Las contradicciones se acentuaron todavía más cuando decidió estudiar Trabajo Social.

—En casa se murieron con mi elección. Porque yo tenía como mandato familiar la continuidad en una línea de profesiones rentables. Cuando era chica, tenía una tía que me decía, a propósito de que mi madre cocinaba muy bien: “Vos tenés que cocinar tan bien como tu madre, porque cuando te cases...”. Y mi mamá, en el otro oído me decía que iba a ser Contadora o Escribana, carreras que te dan plata. Empecé a estudiar, a volver de noche de la facultad: era el horror de la familia; le decían a mi papá “pero es tu única hija y le dejás hacer esta vida”. A mí no me importaba. Tenía esa

libertad en mi casa aunque fuera mal visto. Mis primas, más allá de que habían estudiado, hacían esto para el afuera: ser buenas madres, saber coser, tejer.

Durante los años de militancia dentro de la estructura de la JUP, paralelamente al colegio, primero, a la facultad después, María Elena conoció compañeros con los que intercambiaba documentos del Movimiento de Liberación Nacional y revistas de la época; formó parte de actividades barriales, villeras, de inquilinato, y trabajó hombro a hombro con los curas tercermundistas.

—Laburamos hasta el golpe, cuando nos quitaron todo: trabajo, militancia, compañeros.

—¿Cómo fue para ustedes, que venían militando desde otro espacio, encontrarse con el movimiento de curas villeros?

—Los tipos eran muy fuertes, habían tenido una actitud y unos gestos muy aguerridos, muy poderosos, como por ejemplo haber hecho, vestidos con sus oficios sacerdotales, el abrazo simbólico a La Rural, el exponente gorila por excelencia. Para nosotros, que estábamos en la universidad, ese gesto nos trascendió: saber que había curas interesados en la obra del Che Guevara y que tuvieran la foto de Evita en un templo. Ahí empezó nuestra vinculación; ellos ya tenían el apoyo de los barrios y, ahora, pasaban a contar también con el movimiento estudiantil, que fue muy importante para el trabajo concreto, es decir, manos para trabajar, para poner un techo, para mezclar los materiales. Los persiguieron violentamente, incluso los dispersaron con gases en la tradicional caminata a Luján. El movimiento quedó diezmado.

María Elena recuerda que, hace algún tiempo, un compañero de aquellos años que vive en Suiza desde que se exilió en los años de plomo, pasó por el lugar donde ella trabajaba a regalarle una foto: Mugica con una latita de leche Nido frente a un montón de gente, entre los que estaba él. El compañero le explicó que esa foto lo acompañó durante los años de exilio, que significaba mucho para él. Ella conocía la imagen y, más aún, conservaba una igual: también estaba en esa foto.

—Estuvimos el mismo día en el mismo lugar sin saberlo. Llegó a mi lugar de trabajo con sus chicos y él, en inglés, intentaba explicarles lo que significaba esa hermandad en la militancia: el que militaba con vos era tu hermano.

Cuando sucedió el Golpe de Estado, María Elena estaba cursando las últimas materias de la carrera; el ambiente en la Facultad se enrareció y pensó en abandonar pero, finalmente, resolvió continuar.

—Pasaban cosas terribles: durante el Mundial del 78 aparecieron compañeros que pensábamos que estaban desaparecidos; de pronto los teníamos caminando por los pasillos de la facultad o en otros lugares donde nos solíamos encontrar. Vivía con miedo, porque quería saludar a un

compañero y pensaba: “Cómo apareció éste por acá”. Ese último año de la carrera fue tortuoso; me encerré en el estudio, lo único que hacía era estudiar y estudiar y estudiar, me concentraba en eso.

—***Cuando les clausuraron esos espacios de trabajo, ¿sintieron que estaban dejando la militancia o encontraron otros espacios de acción?***

—Hubo un punto de inflexión con el asesinato del Padre Mugica, que era la cabeza de todo el trabajo social en las villas; antes de que lo mataran, él había dicho: “Se viene la noche”. Y nosotros no nos dábamos cuenta, seguíamos con el mismo ímpetu y rebeldía, enfrentábamos los espacios de poder, los mandatos.

Se venía la noche. La misma gente de las villas empezó a tener miedo, los grupos de tarea estaban operando, observando, persiguiendo. Había infiltrados en los barrios y en las facultades. Sin embargo, Elena y sus compañeros intentaron mantener en pie esa militancia, aunque perdieron el apoyo institucional, les cerraron los espacios de educación de adultos y se desmoronaron los logros del trabajo barrial.

—Habíamos conseguido el apoyo de empresas y laboratorios internacionales para la provisión de leche y vitaminas del primer período de infancia y, a partir del 75, nos empezaron a soltar la mano; mandábamos cartas y nos la rebotaban o nos decían que coordináramos las donaciones con el Ministerio, pero en los Ministerios nunca nos dieron esa autorización. Entonces, ya no podíamos cumplir con lo que veníamos haciendo; nos negaban los espacios de reunión, nos cerraban los espacios culturales, se empezaron a cerrar todas las puertas. En ese proceso hubo gente muy jodida, infiltrados, y otra gente que lo hizo por miedo, como el Concejal de barrio que antes hablaba con nosotros y que nos empezaba a negar porque sabía de los peligros de involucrarse.

—***¿Qué sentían cuando veían que esas puertas, que habían ido abriendo, empezaron a cerrarse?***

—Fue muy frustrante, porque vos hacías de la militancia tu vida; la militancia era tu opción de vida, todo lo organizabas en torno a eso; festejabas los cumpleaños en las unidades básicas y tus amigos estaban en lo mismo. No te movías de tu lugar pero, de golpe, te cambiaban el país. Te cambiaba el espacio, el barrio, tu casa; los vecinos empezaban a parecerse una amenaza porque podían contar todo lo que vos hacías, así se fue sembrando el miedo. No sé si fuimos tan conscientes de ese terror, porque nosotros queríamos seguir aun cuando algunos ya te decían: “Mirá, la cosa se cae, así que no intenten”.

María Elena construye un *nosotros*, nos incluye. Incluye a estos interlocutores que no habían nacido cuando pasaban las cosas que ella relata. Nos incluye porque podíamos ser nosotros u otros, podía ser ella u otra, pero era alguien, y ese alguien éramos todos

—Esa época fue como vivir en una cápsula. Estábamos en el país sin poder hacer nada más que regar las plantitas del balcón; fue una muerte en vida, rodeada de duelos: el duelo por los compañeros desaparecidos, el duelo por los compañeros que se iban del país. En mi lugar de trabajo, hay un jarrón roto y armado de nuevo con los pedacitos; es un símbolo. Yo siento que también mi vida está rearmada con los pedacitos de vida; tenés que volver a vivir, porque no podés vivir del dolor, y no quiero perder mis convicciones ni mi militancia. Pero fue una época en la que nos pasó una aplanadora y no nos quedaba más que sobrevivir. Fue muy doloroso.

De las aulas a la mueblería

—Fueron años difíciles. Entre el 76 y el 83 no pude trabajar en blanco en ningún lado, hacía lo que podía.

Hubo un primer momento de incertidumbre, un período “de no hacer nada, de leer literatura”; de rebusque, sobre todo, para parar la olla: el padre de sus hijos –en el 74 tuvieron un niño, en el 76 una niña–, quien había sido echado de ENTel “por razones de seguridad nacional”, comenzó a trabajar en un estudio jurídico haciendo trámites, de cadete; María Elena, por su parte, hizo lo propio gracias a una amiga, quien tenía un local de antigüedades. Durante esas jornadas laborales estuvo embebida en “un clima de completa frivolidad, donde la gente sólo se preocupaba por combinar el mueble con lo que ya tenía en la casa”.

María Elena cuenta que una compañera que trabajó junto a ella en la Dirección de Adultos buscó insertarse en otro ámbito escolar distinto y vio la posibilidad en una escuela laica y privada de Vicente López; luego de sortear algunas etapas llegó a una segunda entrevista para obtener el cargo. Fue así que se encontró frente al escritorio del director con una enorme carpeta de expedientes “que parecía hecha por la SIDE”.

—No se trataba de una fantasía; tomás conciencia de que te están vigilando, te conocen.

Cuando todavía seguía pensando en los concursos docentes, sintió en carne propia el peso demoledor de la aplanadora. Tenía currículum y tenía, también, una amiga osada, como ella; supieron de una vacante para cubrir un cargo en una escuela nocturna al otro lado de la General Paz: “¿Quién va a agarrar?”, pensaron. Llevaron los datos y días después leyeron en el pizarrón de la Dirección que los cargos habían quedado en manos de docentes jóvenes, sin experiencia, recién recibidas y que, además, no eran maestras de adultos.

—A mí me agarraban esos brotes locos y me decía “yo soy maestra, quiero trabajar en lo mío, ¿por qué tengo que estar de vendedora?”. Y después me contestaba “Elena, no te envalentones porque no te van a llamar”.

El padre insiste una vez más, vuelve a preguntarle.

—¿Segura?

María Elena lo mira y asiente.

El padre se rasca la barba en un gesto perplejo. Ella vuelve la vista hacia su pequeña hija. Tiene sólo unos meses. Entre los brazos contiene su sueño apacible, no lo deja escapar. Entonces la puerta vaivén de la fachada da un coletazo, un golpe sordo: tap-tap. Elena se sobresalta y despega de la silla; la que atraviesa la puerta de la cocina es su madre. Vuelve a sentarse y arrulla a su niña.

A pocos metros de la casa donde María Elena vive con su compañero y sus dos hijos, hay una puerta verde musgo con vidrio repartido, vidrios biselados, que conduce al interior de una casa deshabitada. Esto no sería importante si no fuera porque la puerta de la casa de María Elena es color verde musgo con vidrio repartido, vidrio biselado. La noche anterior coincidieron dos circunstancias: una, las dos casas estaban deshabitadas, porque Elena y su familia habían pasado el día fuera de la ciudad y, dos, el grupo de tareas confundió las fachadas.

Esa misma mañana, cuando volvieron, un vecino se acercó cauteloso para advertirles: “Anoche los vinieron a buscar”.

—Estamos en veredas diferentes —le dice su padre—, pero yo te voy a ayudar; andáte que yo quemo la biblioteca.

Sí, estaba segura, ya se lo había afirmado más de una vez en el transcurso del día. Segura.

Los libros de Freud, de María Elena Walsh; los discos de Serrat.

Todos los estantes, a su tiempo, cupieron dentro de un tacho de lata. Todos, a su tiempo, ardieron y se volvieron ceniza.

Antes que llegue otra noche, Elena, su hijo de tres años, su hija de meses y su compañero, habrán abandonado San Telmo; podrían haber cruzado seis barrios de la Capital Federal para recorrer los ocho kilómetros distantes de Villa del Parque, donde los padres de Elena tienen una vivienda en alquiler desocupada. Esto, claro, sin rodeos. Sin embargo, los kilómetros y los barrios se multiplicaron en la configuración de un entreverado laberinto. Por las dudas, para desactivar cualquier tipo de seguimiento, para desbaratar toda posibilidad.

La fachada del departamentito de Villa del Parque, por suerte, no tiene una puerta verde musgo con vidrio repartido, vidrio biselado. El departamentito está en un quinto piso.

Los vínculos se deshilachan

—Yo estoy acá de casualidad, porque se equivocaron de casa. Habíamos estado afuera y cuando volvimos los vecinos nos contaron: “Anoche los vinieron a buscar”, ese gesto fraterno nos salvó. Me mudé de barrio, lo que significó perder amigos, abandonar la militancia en San Telmo; sentíamos que, a cada paso, perdíamos algo.

Los primeros momentos posteriores a la mudanza, Elena experimentó la angustia del desarraigo, una época de frustración, porque “sentía que no estaba para ser ama de casa, esposa y madre, condiciones interesantes pero no únicas”. El miedo estaba lejos de haber sido sofocado, un miedo que se materializaba en ocasiones como la vez que una pareja de compañeros exiliados en México volvió al país. Ellos habían preparado una cena en el departamentito de Villa del Parque para la bienvenida. Esperaron durante horas, pero sus compañeros nunca llegaron.

—En los días siguientes nos pusimos en contacto por medio de una cadena de mensajes y nos enteramos que no habían ido a la cena porque les daba miedo volverse a encontrar con todos; hicieron una visita a sus viejos y nada más: temían que, durante un encuentro con los compañeros, cayera el ejército. Los vínculos estaban deshilachados; terminábamos cerrándonos sobre el círculo familiar o con conocidos que no habían estado en la militancia.

—Durante los años militares, ¿cómo se mantenían esos vínculos que, como decís, se iban deshilando? ¿Había alguna posibilidad?

—Esos vínculos se rompían; se volvieron frágiles porque tenías que cuidar a los compañeros, tenías que protegerlos, evitar que los militares pudieran hacer la conexión entre vos y ellos.

La estrechez del círculo trazado a partir de su reclusión en el departamento de Villa del Parque y la represión “asfixiante” quebraron el vínculo con el pueblo que vivía en las villas donde trabajaban. Habían puesto el cuerpo al servicio de esa gente, conocían cada rincón porque “pateábamos las villas y nos reuníamos a cualquier hora del día”; habían visto nacer cooperativas de trabajo y de viviendas, y centros de atención de salud, donde daban, por ejemplo, el plan vacunatorio de los primeros seis meses.

—La gente empezó a pedirnos, para protegernos, que no fuéramos porque iba la policía y empezaba a preguntar por nosotros. Nos protegieron y, por otra parte, si nosotros íbamos, también los comprometíamos a ellos; ellos estaban ahí y no podían irse a otro lado, ahí tenían a sus hijos. La gente se quedó en el barrio, se replegó y con mucha razón; recuerdo que una vez hicimos una despedida para un compañero que se iba a Barcelona y uno del barrio me dijo: “Yo también me iría,

pero no puedo. Ustedes son otra clase social”; lo sentí como una puñalada porque era cierto, nosotros teníamos una familia que nos juntaba la plata y nos mandaba a Barcelona, ellos no.

En el corazón de la hoguera ardieron libros y discos, también espacios y vínculos. El fuego no hace diferencias.

—Nos fuimos a otro lado, donde no conocíamos a nadie, donde nadie nos conocía, donde no hablaba con nadie, incluso intentaba entrar y salir del edificio en horas donde no pudiera cruzarme con nadie; también, tuve que ir al jardín de mi hijo y explicarle a la profesora que lo sacaba porque pensábamos tomarnos unas vacaciones en familia, en pleno junio, así que estuvo un mes sin ir al jardín mientras nos reacomodábamos porque, además, no quería cambiarlo de jardín y tener que explicar quiénes éramos, por qué lo cambiábamos a mitad del ciclo lectivo. En fin, un gran verso. Fueron unos meses muy difíciles, nosotros cuatro, encerrados en el departamento, sin vínculo con el exterior, mirando tele 18 horas por día. No nos comunicábamos con nadie, sólo —y ocasionalmente— nos visitaban mis viejos, y siempre les pedíamos que nunca nos llamaran, porque no podíamos saber si estaban interferidas las líneas.

—*La familia era el único contacto...*

—La familia era el único contacto y te encontrabas tomando mate y hablando de nada, de bueyes perdidos, porque había temas de los que no se hablaban. Una vez, mi vieja me contó que se cruzó a una chica que le preguntó por nosotros y yo le advertí: “Mamá, vos no das ningún dato de dónde estamos, le decís que nos peleamos, que no sabés nada de mí”. Y ella se lamentaba quejosamente “ay, mentir y siempre mentir, todo el tiempo mintiendo; me preguntan y yo tengo que mentir siempre”. Nunca sabías por qué estaban preguntando por vos, todo te generaba dudas, desconfianza.

En el repliegue hacia esa “otra vida que nunca había imaginado”, era necesario imponerse la clausura de los vínculos, tanto hacia atrás como hacia adelante.

—En la estadía temporal en Villa del Parque no me relacioné con nadie. Un día el portero me dijo “pero a usted no le llegan cartas, a nombre suyo. Llegan a nombre de su padre”. Yo le dije que el departamento era de mi padre, que estaba de tránsito, que no vivía en Buenos Aires. Vivíamos mintiendo. Menos mal que los chicos eran chicos, si no teníamos que engancharlos en la mentira. Después dijimos que así no podíamos seguir: o te vinculás con la gente o te vas. Te termina volviendo loco la soledad; en una casa que éramos cuatro, con dos pibes chiquititos.

Elena recuerda que su hija, nacida en marzo el 76, lloraba mucho: “Pienso que debe haber vivido todo el miedo que sentíamos”. El más grande, de tres años, había comenzado el jardín de infantes: “Empecé a participar en los actos del jardín, porque algo tenía que hacer; madres comunicadoras de las fiestas del colegio, me sentía mal, sentía que era una pelotudez, pero era lo que podía hacer”.

Después de los días en el departamento de Villa de Parque, y una vez que vendieron la casa de San Telmo, la familia que Elena había formado recaló en Caballito, un barrio donde tenían algunos amigos y, al mismo tiempo, nadie los conocía. Allí “empezamos de cero”.

—*¿Se podía empezar de cero?*

—No. Es una forma de decir. No se podía borrar la historia y empezar de cero. Era *como si* empezaras de cero: mandábamos a los chicos a una escuela nueva, seguíamos trabajando de lo que podíamos. Vivíamos un exilio interno.

—*Durante ese período, ¿siguieron sintiéndose militantes?*

—Te sentías un resistente. Resistías. Qué sola que estoy, pensaba, era una gran soledad.

Además de las mudanzas y la auto-imposición del aislamiento, esa gran soledad que sentía Elena abría sus fauces un poco más cada vez que moría un compañero. Un día se cruzaba por casualidad con Horacio Zúñiga en Belgrano y 9 de julio; conversaban lo que duraba el semáforo sobre la desaparición de Lito, se lamentaban, se ponían tristes. A la semana siguiente, en el semáforo de alguna otra avenida, una compañera le contaba del asesinato de Horacio Zúñiga.

—Era ir todos los días a velorios de gente que no estaba.

Y de muchos otros supieron tiempo después. Y aunque los pedazos de este jarrón difícilmente puedan reunirse y componerse, Elena los sigue juntando; porque hace muy poco, mirando Canal Encuentro a las 12 de la noche, escuchó el testimonio de una chica que estuvo secuestrada en la ESMA y se dio cuenta que estaba hablando de un compañero de militancia de San Telmo: “Ese chico nunca pudo decir su nombre pero era padre de trillizos”, dijo la mujer de la pantalla. Elena comprendió que era él, su compañero: “Estamos en 2014, se lo llevaron en el 76”.

Hijos

“Éramos muchos padres jóvenes, y los nenes participaban de esa vida” resalta María Elena sobre la maternidad en esos días. Su hijo era un bebé cuando lo llevó al acto del 1° de mayo de 1974; unas semanas después también lo llevó al velorio del Padre Mugica y le explicó: “Este señor que está acá es el Padre Mugica, lo mataron ayer de un tiro”.

Su hija nació un mes después del golpe; la familia la llenó de flores y bombones, celebraban la vida, aunque ella sabía que todo estaba desmoronándose.

—Andábamos con los chicos como podíamos, intentando no transmitirles todo lo que vivíamos. Pero es imposible no transmitirles a los hijos lo que se vive. Hace poco le preguntaron algo a Luis, mi hijo, y dijo “fue una época de mierda, yo me acuerdo de ustedes dos y un silencio absoluto en la casa”. Qué memoria tiene uno de los momentos dolorosos.

—¿*Cómo era la responsabilidad de criar a tus hijos? ¿Qué significaba?*

—A mí me mantuvieron mucho. Podía pasarnos algo a nosotros, esto lo hablamos con los abuelos. Pero mientras estemos, pensaba, los tengo que disfrutar, vivir. Porque vivíamos con esa espada en la cabeza: si nosotros faltábamos, los chicos pasaban a engrosar la lista de pibes criados por abuelos. Muchos hijos de amigos nuestros estaban con los abuelos.

Fotos. De nuevo las fotos: hace muy poco María Elena estuvo viendo imágenes de aquellos años. ¿El motivo? Demostrarles a sus compañeros de oficina que “alguna vez estuve más flaca y más rubia”. Su risa contagia, invita a sonreír. Cuando sus compañeros vieron las imágenes, le creyeron (“¡porque estaba flaca!”), pero, más allá de eso, dijeron “qué caras de velorio”, las miradas se posaban sobre los niños.

—Cuando llegó el fin de semana, agarré fotos del grupo familiar de distintas décadas: fue impresionante. Hay una foto en el Parque Japonés donde parezco que tengo ochenta años. Eran espantosas las expresiones de la cara. Claro, les transmitiríamos eso.

—¿*Alguna vez sentiste deudas con tus hijos?*

—Sí. Y de grande se los dije, lo hablamos. Ellos no lo viven así, “es lo que nos tocó, mamá, ustedes eran eso”; suelen decir que están orgullosos de sus padres. Mi hija me dice que si tuviera padres que no se hubieran comprometido con nada, ahora sentiría vergüenza y no orgullo. Nada lo vivías apasionadamente y eso involucraba a los chicos. Sí, me daba culpa. Me alegra que no lo hayan vivido mal; saben que fue una época de mierda.

Hay deudas, también reivindicaciones. Pequeños triunfos. Porque Luis, su hijo, está en primer grado. Corre el año 1981. La maestra le asigna una tarea a todo el curso: estampar en el cuaderno la foto de un Presidente de la Nación. A él, a Luis, le toca una figurita pesada: Aramburu. Elena de ninguna manera va a permitir que su hijo lleve enmarcada la foto de un presidente de facto: “También desde los espacios de formación funcionaba la estrategia represiva”.

La tarea queda trunca y el llamado de la directora no se hace esperar; ese mismo día, en su despacho, Elena se planta y, en un tono mucho menos didáctico que el que utilizó con su hijo, argumenta que a ése a quien llaman presidente no ha sido legitimado por el voto popular. La directora, cansada de sus reproches, le dice:

—Bueno, ¿sabe qué?, póngale la foto que quiera. ¿Quiere ponerle la foto de Illia, que fue votado? ¿O la de Frondizi?

—O la de Cámpora —remata Elena. La mujer que tiene en frente la incinera con la mirada.

—¿A usted le parece? ¿Cómo le va a explicar a un chico tan chiquito quién fue Cámpora?

—No se preocupe, yo me encargo —Elena se para y llega hasta la puerta. Recién cuando pone una mano en el picaporte, completa—: se lo explico yo porque lo voté.

Elena se va y deja a la directora encerrada. O enervada. O ambas. Y estampa la foto de Cámpora en el cuaderno de Luis. Les cuesta encontrarla, pero la encuentran.

Volver a ser yo

En ocasiones, las fechas del itinerario de Elena se confunden. Sin embargo, ella afirma que si Alfonsín asumió un 10 de diciembre, el 11 fue a la Dirección del Adulto arrebatada por la avenida Belgrano y entró como una tromba por la puerta de la dependencia ministerial. Quería dos cosas: volver a trabajar en lo suyo y, además, el reconocimiento de los años que había prestado labores durante la Campaña de Reactivación Educativa de Adultos: en una de las mudanzas había desaparecido una caja de bronce orlada, una herencia familiar, con todos los recibos de sueldo adentro.

—Apenas llegó la democracia fui porque quería ser reconocida, porque había laburado, quería ser yo otra vez.

Les dijo que había trabajado en la campaña, les dio fechas y números de legajo. Frente a ella sacaron unos libros enormes y pasaron las hojas una a una. Elena no existía, no existía ninguno de sus compañeros: no estaban registrados. Pensó que las hojas habían sido arrancadas, porque ella más de una vez había firmado encaramada sobre esos vetustos registros.

Tras varios intentos, un buen día le extendieron una hoja maltrecha donde figuraba su nombre y el de sus compañeros bajo el rótulo de Becarios: “Pero nosotros no éramos becarios, éramos empleados”, le espetó a la secretaria que la había atendido. Y la mujer, resuelta, le respondió: “No, eran becarios porque ustedes venían de la militancia”. En las listas oficiales no existían. Pero había otras listas.

Elena volvió a recorrer las calles y las escuelas, a reencontrarse con docentes y compañeros; el país había cambiado, ellos también. De alguna manera, el autoexilio era eso: dejar ser uno.

—*Dijiste que querías volver a ser vos, pero los espacios y las personas habían cambiado...*

—Las dos cosas. Yo había cambiado para mantenerme medianamente normal en ese entorno. Porque te enloquecía, era tan avasallante, una aplanadora, tan destructivo para nuestra vida, que habíamos hecho de la militancia una forma de vivir. Uno trató de adaptarse, pero nunca me adapté porque internamente no cedía. Ahora me da felicidad poder volver a visitar gente en los inquilinatos, poder ir a las reuniones de la villa de Flores, ver a un cura que tiene 82 años y sigue peleando por la gente. Fue como revivir. Junté los pedazos y, realmente, reviví.

—***Con la vuelta de la democracia, ¿hay un des-exilio, como dice un poema de Benedetti? Es decir, ¿uno vuelve a sentirse exiliado en su propia tierra?***

—Yo estaba feliz con la vuelta de la democracia, no es que me representara el gobierno de Alfonsín. Poder elegir un libro, la vuelta de los recitales a las plazas, las cosas populares. No era que nada había pasado y volvíamos a la misma Argentina: era otra con 30 mil desaparecidos, con mucha gente que se había quedado sin laburo, con un montón de gente que se había ido.

—***¿Cómo era volver a los lugares que recorrías antes, donde se sentía la ausencia de esos compañeros que no estaban?***

—Yo tenía ganas de volver a lugares y personas concretas. Sentía una enorme necesidad de contacto; mucha ansiedad. Hay dos sentimientos: lugares que se perdieron y no se van a recuperar, adonde vuelvo con melancolía y nostalgia; y, por otro lado, siento la alegría de que las nuevas generaciones estén tomando la posta, que es lo que corresponde.

—***¿Cómo fue el reencuentro con ese otro sector de la sociedad que, de alguna manera, negó o necesitó silenciar esos años que ustedes sufrieron el desarraigo?***

—Fue muy difícil, en especial para la gente de mi generación; se produjo una distancia difícil de conciliar. Me acuerdo el contraste de sentimientos de manera muy clara: nosotros sabíamos que había desaparecidos y sabíamos quiénes eran los desaparecidos; y los amigos o familiares que te contaban maravillados la posibilidad de poder comprarse los muebles de su living fabricados en Pakistán, cosas insólitas. Yo no podía creer esa distancia con gente que había estado viviendo en el mismo país que nosotros, que vivía a dos cuadras de mi casa. Y fue muy difícil.

—***Si retomás todos esos momentos y pensás en la posibilidad de viajar hacia uno, para encontrarte con alguien y decirle algo: ¿a quién te gustaría encontrar y para decirle qué?***

—Pienso en un nosotros, en mí junto a amigos que ya no están, me gustaría decirles que siento orgullo de lo que hicieron. Eso no se los pude decir, quedó en el tintero. Y a mí misma me digo, después de todo lo que pasó, ¿qué haría? Volvería a vivir lo mismo. No podría vivir la vida de otra manera. Aún con todo el riesgo que significa lo que vivimos. A mí y a mi generación nos tocó esa etapa de la historia, si hubiera pasado sin comprometerme creo que me sentiría muy mal, porque veíamos las cosas, las palpábamos, no podíamos no verlas. Hay gente que no está empapada, que no

entiende. Pero fue una época donde todos los jóvenes estábamos en la calle, había una marcha y éramos miles, la movilización era permanente, nadie se quedaba afuera; estábamos inmersos en esa sociedad y como tal nos comprometimos a vivir.

—*Todo hombre es un hombre de su época.*

—Todo hombre y toda mujer.

Epílogo

—*¿Hay algún objeto que no pudiste romper?*

—Sí. Yo no sé cómo, pero ese día que nos vamos de la casa de San Telmo me llevo una revista de Descamisados; quedó en un bolso en el nuevo departamento. Un día, ordenando, mi vieja me dice “parece que son todas cosas para tirar” y yo le respondo: “Tirá todo lo que quieras, pero esa revista, llevála y guardala en tu casa. Nunca la van a ir a buscar ahí, porque vos sos lo menos sospechoso que hay”. Porque ella, además, durante mucho tiempo estuvo convencida de que no pasaba lo que nosotros sabíamos que pasaba, y decía frases como: “No puede ser lo que decís de Videla. Escuchalo en la tele, si dice que hace la comunión diaria”. Años después, me pidió perdón. Bueno, ahora, me quedó el Descamisados como un símbolo, es lo único que me quedó. Perdimos muchas cosas, no tanto material sino simbólica e íntimamente, era una violación a tu vida privada, entraban en tu casa para decirte qué podías tener y qué no.

Sobre viajes, destierros y tesoros

La historia de la *Gringa*

Prólogo

El hombre le hizo caso a un sueño. Seamos más precisos: le hizo caso al hombre de su sueño. Cuando despertó “*emprendió un largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres*”. Al final volvió a su casa: el tesoro estaba enterrado en el jardín, debajo de una fuente, detrás de una higuera. Pero tuvo que hacer ese largo viaje para saberlo. El argumento, claro, es de Borges, de un cuento: *Historia de dos que soñaron*.

La historia que contaremos no es una historia que escribió un solo hombre, la escribieron muchos hombres y muchas mujeres. Y la seguimos escribiendo, todos los días. La protagonista es una mujer: llamémosle Señora X, o X a secas.

X también emprendió un largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. También puede decirse de ella que un día volvió a casa, a su casa. En su jardín no había fuentes ni higueras; había, sí, varios rosales, malvones, pequeños arbustos y otras plantas florales. Lo que vamos a contar no podría haber sucedido sino un día de otoño.

Una correntada blanda empuja las hojas secas hacia el fondo, formando un colchón bermejo. X avanza por un camino de gramilla entre los rosales tristes; lleva en la mano una pala oxidada. Se para entre dos arbustos y empieza a cavar, primero enérgicamente, después con movimientos espasmódicos. Nada. Camina más allá y de nuevo entierra la pala. Una vez más, nada.

Cuando cae la tarde, apenas distingue los montículos de tierra a un costado y a otro. Y las hojas secas.

Nunca encontrará las cartas, ni las fotos, ni los viejos documentos que una vez pidió que enterraran por ella. Sus tesoros no están enterrados, sus tesoros son el largo viaje, los peligrosos desiertos, las fieras, los hombres.

*“Estando en clandestinidad, teníamos un círculo muy cerrado
como para tener una fotografía de cómo estaba el país.
El único país que registrábamos
era la confrontación del proyecto revolucionario contra los milicos”.*

Vamos a develar su identidad: la señora X es la *Gringa*. En realidad, ese tampoco es su nombre pero a los fines de la historia es todo lo que necesitamos saber porque dicen que, antes de emprender un largo viaje y afrontar los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres, uno debe elegir un nombre y ella decidió llamarse así: *Gringa*.

Dicen también que, de alguna manera, siempre estamos viajando, siempre nos estamos yendo; el viento de la historia arrastró las alas de la *Gringa* y ella nunca volvió atrás. Huir hacia adelante era una forma de crecer, de superar aquello que le venía impuesto.

—Mis viejos no querían saber nada con ningún tema político ni con la militancia. Eran más bien gorilas, gente de mucho trabajo, muy encerrados en los valores de clase media, de promover tu seguridad individual, tu bienestar individual y familiar a futuro; ajeno a cuestiones colectivas o de militancia.

—*¿Había reproches con ese pasado familiar?*

—Más que reproches... uno veía los límites de su formación y con los compañeros tratábamos de superar esos límites. Al revés, entonces: era resultado de un razonamiento, un análisis intelectual. Ese esfuerzo que se hacíamos desde lo intelectual, después lo trasladábamos a la práctica; nos hicimos cargo de lo que habíamos entendido, teníamos que superar los límites.

Sin embargo, el nombre que eligió le viene de su historia familiar. Acá se llamaba gringo a todo el que bajaba de los barcos, como su abuelo, que había llegado desde Italia escapando de la miseria; como su padre, que nació acá y vivió atado a las raíces de la madre tierra y trabajó para que sus hijos tuvieran un futuro. Prolijo, taciturno, laborioso.

La *Gringa* obedeció ese mandato paternal hasta bien entrada su juventud; asistió a una escuela católica privada, practicó vóley, se formó en piano —aunque no duró mucho; ella nunca quiso— y ya se imaginaba estudiando Traductorado de Francés. Educación, deporte, arte e idioma; podría haber sido una profesional, mujer de una familia tradicional y exitosa, pero un día inició su propia búsqueda, emprendió su propio viaje y supo que no estaría sola. Nunca estará sola.

—En los últimos años del secundario, practicando deporte o estando en guitarreadas con compañeros que tenían una militancia comprometida, me acerqué un poco más a ese otro mundo. Y la curiosidad que tenía era increíble, la necesidad de saber cuáles eran esas vías de convicción, esas razones para tener semejante pasión por lo que se venía haciendo. Y tuve que conocer y entender lo que a partir de mi familia no había conocido.

Hubo un primer acercamiento sentimental, juvenil, festivo, casi ingenuo. Sus amigos de guitarreada se juntaban en el local de la JTP de calle 11 y ella empezó a salir con un miembro de la Juventud Peronista, de la zona de Los Hornos; ese chico, llamémosle Señor H —o H a secas—, fue el

compañero de viaje de la *Gringa*. Entonces, ella conoció a H y se enamoró y, al mismo tiempo, se acercó cada vez más a la militancia. Tenía que ser así: “las dos cosas iban juntas —dice— si no se daba una relación fuerte, uno no podía tener ni militancia ni pareja. Nos sostenía el proyecto revolucionario, seguir adelante haciendo lo que nos había unido.”

Ezeiza y la muerte de Perón o, mejor dicho, lo que se avecina tras el fallecimiento del líder, demostraron que no había nada ingenuo en ese despertar militante, en esa “otra forma de vivir”; la cosa era bastante seria, corrían tiempos difíciles y la revolución era un deber: “En un primer momento, eso los enojó mucho a mis viejos, los asustó a mis hermanos; sin embargo, no lo verbalizamos. No había diálogo. Tampoco había posibilidad de discutirlo”.

—Formaba parte de las consecuencias colectivas de nuestro contexto de política y militancia.

La Gringa se había sumado hacía poco al trabajo en el barrio; H, en cambio, llevaba mucho tiempo caminando Los Hornos. Ese sábado fue difícil, llovió todo el día y ellos casi no pudieron salir de la salita médica —que los mismos compañeros de la JP habían instalado—; cuando menguó la tormenta, las calles habían quedado intransitables, volver al centro era imposible. Entonces, escuchan la voz finita de Aurora:

—Están blancos del frío. Vengan adentro que justo estaba por empezar a hacer un guiso — parece una mamá llamando a sus hijos. Ellos no lo dudan.

H agarra fuerte la mano de su compañera que hace malabares para mantenerse en pie y tiembla, tiene los dedos entumecidos; la Gringa, que no puede controlar su cuerpo, se divierte con la situación, se recuerda caminando del colegio a su casa, con unas botas impermeables de color rosa, largas hasta las rodillas; se recuerda, también, saltando sobre un charco de agua y barro. Y piensa: “Todas las calles son de tierra”.

En una olla alta, algo abollada y manchada de hollín, se calienta un suculento guiso de gallina. La Gringa ayuda en la cocina; H y Alejandro —el marido de Aurora— están sentados a la mesa y conversan sobre automovilismo o fútbol, alguna de esas cosas de las que hablan los hombres; los dos hijos de la pareja están hambrientos.

H y Alejandro, sólo por capricho, se animan a rascar el fondo de la olla buscando la última presa o las últimas papas empapadas en esa salsa picante de ajo y cebolla. Si hubieran hecho menos, no alcanzaba; si hubieran hecho más, seguirían comiendo.

Es la primera vez que la Gringa se queda a comer y a dormir en el barrio. Hay en ese gesto tan mundano, tan cotidiano, una expresión que la conmueve; entiende, quizá por primera vez, que su viaje ha comenzado.

—Luego de tu primer acercamiento a la militancia por intermedio de tus compañeros, ¿cuándo sentiste esa filiación sentimental con el barrio, con los trabajadores, con los sectores populares?

—Eso creo que también me venía del cristianismo. De haber ido a una escuela católica. Mis viejos nos habían mandado a la escuela católica. Eso de querer hacer por el otro también lo tienen los cristianos. Pero nosotros pensábamos esa relación desde la política como herramienta de transformación, había un movimiento colectivo por sobre esa pertenencia individual.

—¿Con qué te encontraste en el barrio?

—Una de las cosas que uno sigue valorando mucho es la solidaridad: lo que tienen, lo comparten. En ese abrirte las puertas se construía una relación muy franca. Esa fue una de las cosas que más valoré de meterme en un barrio. Y la ilusión de poder cambiar las relaciones de fuerza, la ilusión de poder acumular y sumar para poder dar vuelta esa lógica de que tiene que haber gente abajo, gente que esté mal para que otros estén bien.

Los caminos hacia la clandestinidad

La familia sabía que durante el último año del secundario, algo había cambiado; había días en que salía con un *tupperware* lleno de milanesas y volvía de noche cuando las milanesas se habían convertido en documentos, revistas, algún libro. Nunca vieron de qué se trataba, nunca preguntaron; en última instancia, esos papeles no duraban mucho en la casa, “tenían que circular”.

Así empezó todo, con las milanesas que hacía su mamá y ella llevaba a las reuniones de la JP. Sin embargo, durante algún tiempo, la *Gringa* mantuvo su vida —eso que, en los recuerdos, se transformó en la ‘vida de antes’—: comenzó la facultad, continuó practicando vóley, trabajó formalmente de preceptora en una escuela de monjas e iba al barrio de Los Hornos, en la zona de 61 y 140. “Demasiado burgués” y encima, las cosas se complicaron, “uno no puede seguir viviendo como si todo el mundo fuera feliz”.

—Lo primero fue dejar vóley, a fines del 74. Una vez que entré a militar no podía ni viajar para jugar ni entrenarme tres veces por semana. Empecé a elegir con qué iba a quedarme. Dejé el Traductorado; la última materia que rendí fue en abril del 76, después no entré más a la facultad.

Fueron elecciones en la medida que me iba involucrando cada vez más en la militancia. Y donde trabajaba de preceptora me echaron. Esto fue en el 75. Como estaba militando, me echaron. Se dieron cuenta, les habrán avisado... Hubo algunas cosas que no decidí: decidieron.

“No agachábamos la cabeza ni nada, tenía que ser así. Y había que sobrevivir y organizarse”. La *Gringa* elige sobreponerse a todo, de eso se trata huir hacia adelante, de afrontar los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres.

—***Entre el 75 y el 76, muchos compañeros que empezaron a alejarse de la militancia...***

—Sí, sí. Cuando se dio el salto cualitativo, cuando la Organización largó un documento de cómo teníamos que actuar, de la militarización.

—***¿Y cómo lo vieron ustedes?***

—Los que quedamos adentro, lo vimos como una claudicación, como una falta de comprensión o cobardía. Estaban en todo su derecho, lo interpretamos más o menos dentro de esas variables; y de acuerdo a cuánto lo querías a ese compañero lo perdonabas un poquito más o no. Para nosotros era la única alternativa que había para seguir adelante. Más allá de que uno, ahora, haya visto la película y pueda decir que fue errado el análisis... en ese momento, a mí me parecía que estaba bien y también me pareció bien que hubiera compañeros que no quisieron continuar. Tenían la libertad de plantearlo.

—***En esa época, la persecución se intensificó; se dieron las primeras grandes caídas. Los compañeros desaparecidos, asesinados.***

—Mi registro, cuando se dan esos primeros golpes, fue el de no poder entenderlo, incredulidad, miedo, una mezcla de sentimientos... y, a la vez, entendía que estábamos haciendo lo que teníamos que hacer y por eso estábamos pagando ese costo. No había tiempo para detenerse a pensar en ausencias o faltas, no te podés paralizar, es lo que asumiste: el golpe es muy duro, la tristeza y el dolor enorme, pero seguís luchando. El compañero muerto nos daba hasta más huevos para seguir adelante.

—***¿Y cómo se seguía luchando?***

—Con más fuerza. Nosotros seguíamos en nuestros ámbitos de militancia, en cada momento tratábamos de elaborar alguna acción o alguna tarea como para marcar nuestra existencia: colgar la bandera de Montoneros; o quemar un micro: se hacía bajar a toda la gente que estaba en el micro y se quemaba; o hacer una pintada en contra de la intervención en el Policlínico.

De tanto convivir con el terror, se acostumbraron a sobrevivir, a leer señales, a la puntualidad en la cita, a caminar a contramano, a falsificar documentos.

—Podría decirse que un 50 por ciento era la preservación personal y el otro 50 era las acciones que podías hacer.

24 de noviembre de 1976. H y la Gringa se encuentran, en el barcito enfrente del Hospital Italiano, con la mamá de él. Es un mal día y un mal lugar para reunirse. El barrio está a punto de estallar; deben ser las 12:35 ó 12:40, un zumbido metálico corta el aire, después una ráfaga interminable de tiros. La casa Mariani-Teruggi resiste el ataque durante más de tres horas; paredes, cielorraso y pisos están picados por los proyectiles; en el interior, entre los escombros, yacen muertos Diana Teruggi, Roberto Porfidio, Daniel Mendiburu Eliçabe, Juan Carlos Peiris y Alberto Bossio. En la bañera, encuentran una beba de 3 meses: Clara Anahí Mariani. La historia es conocida, a Clara todavía la buscamos.

—Gulliver era uno de los compañeros con los que me formé.

Gulliver era Daniel Mendiburu y estaba casado con Felicitas, la hermana de Corina, la mejor amiga de la Gringa. Luego del atentado a la casa, la Gringa llama a la madre de Corina y Felicitas, no sabe bien para qué la llama, es casi un impulso, un acto de presencia. “Vos no me hables, qué me hacés hablar”, es toda la respuesta que recibe. Después se comunica con su casa:

—Mammà, pensò ca’ Gulliver cadutò, ¿dirmì cosà succedè? —imposta la voz. Había preparado esa línea durante varios minutos, tenía que ser precisa, sin vueltas, un llamado rápido.

—T si qui —responde su madre en el mismo dialecto, igual de eficiente. Corta.

Todavía en su cabeza se repiten las palabras de su mamá: “Están acá”, la Gringa busca a una amiga de su hermana y la manda al barrio, “andá a ver qué pasa. Decile a mis viejos que no digan nada”; a la noche vuelven a verse y ella corrobora que los militares fueron a buscar al marido de Corina: no lo encontraron.

La casa quedó marcada. Una unidad de operaciones del Regimiento de Mercedes mantiene guardia en la zona durante 15 días.

—Ahí pasamos a una clandestinidad más orgánica, porque ya tenían nuestros nombres, nuestra ruta.

La Gringa y H llevaban un tiempo viviendo juntos en Los Hornos; por seguridad, nunca habían anunciado su dirección. Eso los mantuvo a salvo, incluso de su propio padre: “A mi viejo parece que lo habían convencido que si me encontraba y me entregaba, iba a estar todo bien. Le dijeron

que me habían visto por Los Hornos y se iba con la camioneta a buscarme. O sea, yo me estaba cuidando de mi viejo”.

La casa quemaba, ya no estaban seguros, corrían riesgos y no podían poner en peligro a los demás compañeros ni a la familia. No les daban ni la posibilidad de pedir ayuda. Había que irse, seguir el viaje, afrontar otros desiertos.

—*¿Cómo fue comprender que te están persiguiendo, que te tenés que cuidar, que te tenés que ir de tus lugares?*

—Eso siempre lo fuimos hablando con los compañeros, nunca tomábamos decisiones individuales. Esas fueron siempre decisiones tomadas como militantes de una organización, en función de qué podíamos hacer, qué teníamos que hacer, cuánto te exponías vos o exponías a los demás. Eran, siempre, resultados de análisis. Algunos fueron errados. Hubo un momento en que la Organización estimó que era necesario volver a los barrios para que los vecinos nos protegieran y no fue así. Porque los compañeros de los barrios estaban asustados.

2093 KM

Desde La Plata hasta Morteros, Córdoba, un pueblito agrícola cerca de San Francisco, hay 704 kilómetros. El viaje fue casi tan largo como la estadía. Ella estaba embarazada; él encontró trabajo rápidamente. La *Gringa*, sin embargo, no recuerda cuánto tiempo estuvieron, tampoco recuerda ninguna experiencia que merezca ser contada. Fue tan sólo un respiro, incluso podrían haberse acostumbrado a la vida en ese paraje alejado, monótono, algo aburrido:

—Ahí tuve una metida de pata, porque para cambiar el domicilio me hicieron poner el dedo y yo tenía un documento trucho. Así que tuvimos que levantar.

Desde Morteros hasta La Plata, otros 704 kilómetros. Desde La Plata hasta Mar del Plata: 342,5 kilómetros más. Se instalaron en una pensión venida a menos, en un barrio que corría la misma suerte: El Martillo, ahí donde los vecinos tenían que “pucherear”. H trabajaba en la industria del pescado, ella era sirvienta.

—Nosotros analizábamos a dónde íbamos, y Mar del Plata era una ciudad a la que iba a trabajar mucha gente del interior, y en ese momento más que ahora. Mucha gente del norte. Yo estaba en la pensión con una costurera de Entre Ríos, otro que iba a trabajar a la construcción. Eran todos más o menos como nosotros.

El zaguán de la pensión es como casi todos los zaguanes del mundo, oscuro y húmedo; las paredes descascaradas tienen 3 ó 4 manos de pintura, todas de distinto color; después una galería a cielo abierto y hacia el fondo una piecita con la puerta entornada. El calor que despide la leña ardiendo en la salamandra parece suspenderse en el aire viciado de la pequeña habitación.

Una voz rasposa, entrecortada, sale de un viejo y sucio aparato portátil. La Gringa está más bien desinteresada por las incidencias del partido, se mantiene ocupada en un sello artesanal, que ya no sabe si hace por costumbre o por precaución; con un escarbadiantes talla la superficie de una goma negra que, esporádicamente, moja en alcohol. El pulso firme, casi automática, parece confirmar que lleva toda su vida ocupada en ese oficio.

Entonces, asoma desde la radio la voz nítida y estruendosa de José María Muñoz: “Gooooool, gooooool de Kempes, siempre Kempes”, el grito desvela a la beba que empieza a llorar de miedo, metida entre las mantas de la cuna; la Gringa corre a calmarla. “El segundo tanto de Kempes sentencia la historia. Argentina 2, Polonia 0”. La nena sigue llorando. “Más argentino que nunca”. Ella apaga la radio, la beba recupera la seguridad en ese poco espacio de vida que tiene.

—La escuché llorar y me imaginé que estabas sola, que el negro se había ido por ahí a ver el partido —se excusa la visitante, mientras atraviesa el umbral de la puerta con una bandeja de tortas fritas.

—Estaba tranquila, fue el grito y los de arriba que saltaban y parecía que se nos venía el techo encima.

La visitante es joven, algo débil y de tez trigueña; había llegado desde Entre Ríos algunas semanas antes que ellos y se habían hecho compinches:

—Allá estaba rodeada por los nenes de mis hermanos —suelta en un suspiro triste, apagado.

La Gringa le acerca la beba a sus brazos.

—Hace dos o tres días que llegaste del hospital y no me la presentaste —se anima, socarronamente, a protestarle—. ¿Cómo le pusieron?

La Gringa duda, no quiere meter la pata y le cuesta recordar qué nombre lleva en su documento: “¿cómo se llama mi hija?”, piensa.

Hay un mate lavado y frío en la mesa. “Mejor cambiarle la yerba y poner el agua”, piensa.

—Los dos teníamos documentos truchos; hasta los sellos hacíamos nosotros, si se te quemaba uno te hacías otro. Estaba el temor a los rastrillos, a que se dieran cuenta que no era, pero a la vez teníamos mucha seriedad en que ese nombre y apellido era, no como un traje que uno se ponía para

simular algo, sino que era una forma de sobrevivir, de preservarse y seguir militando. Era una necesidad. Y con eso también buscábamos trabajo. Estábamos convencidos de que si no era por eso estábamos mucho peor.

—¿Y cómo fue en ese contexto tener hijos?

—Clarita nació en Mar del Plata. Yo estaba convencida, era la ilusión y confianza que uno tenía en el proyecto revolucionario. Es decir, por la vida. Y por la vida, uno tiene continuidad en los hijos. Y si voy hacia atrás haría lo mismo.

Clara nació, como no podía de ser de otra manera, con un nombre que no le pertenecía; algunos meses después, en el exilio, empezó a ser quien verdaderamente es; muchos años después, admitió sin más la suerte que le tocó. De momento tuvo documentos truchos, los militares perseguían a sus padres y las cosas parecían empeorar.

—Terminaba siendo el 80 por ciento preservación individual, y un 20 por ciento de alguna acción operativa. Uno sentía que el proyecto estaba haciendo agua.

Hasta su exilio, H y la *Gringa* permanecieron enganchados, aunque sólo tenían “encuentros operativos”, sus responsables caían y no había posibilidad de desarrollo político territorial. Cada vez más preservación, cada vez menos política.

—Llegamos a un punto en que ya no teníamos más radio para movernos, no teníamos plata, teníamos una hija. Era cambiar de documentos porque nos quemaban. Nosotros nos comunicábamos por algún teléfono vía indirecto o, a veces, a través de los clasificados de los diarios: en los clasificados de cualquier diario, por ejemplo el *Clarín*, había un formato que poníamos como para poder buscar un enganche. Pedíamos un pintor, con ciertas características, teníamos preestablecido de qué manera conectarnos. Íbamos al lugar que se había acordado y no encontrábamos a nadie. Entonces, ya no teníamos forma de sobrevivir y el resto de los conocidos o la familia tampoco nos podían asistir.

Ese día H faltó a su trabajo –ya tenían decidido irse, no hacía falta seguir aparentando otra cosa– y salió temprano de la habitación. Tardó algunas horas en volver, el “pintor” no había llegado a la cita y él dio vueltas por la ciudad, por las dudas, antes de enfilarse hacia la pensión.

No había nada que hacer. Ese fallido encuentro fue la confirmación del exilio. H y la *Gringa* –ahora, con Clara– recorrieron el camino inverso: Mar del Plata – La Plata. Otra vez 342,5 km.

Una comunidad de desterrados

—Fue complicado decidir irse. Fue complicado aceptar que habíamos llegado a un límite, a un techo. Y entendimos que teníamos que irnos y ver de qué manera reorganizarnos en caso de volver. Era un planteo hecho desde ese lugar, no era colgar los botines.

—*¿Qué sentían al irse al exilio?*

—Sentí que podía volver a tener un poco de libertad. Un poco, porque es un destierro. Tampoco es una libertad elegida.

“Servicio Constitución – La Plata. Andén 11”, anuncia el altoparlante. El sonido refleja contra el piso, luego sobre las pilastras y, al final, asciende como el aire caliente hasta la cima de la bóveda semicircular. Un hombre flaco y de cuello largo alza la cabeza en dirección a la pizarra y con el brazo intenta taparse de la luz radiante del mediodía que ingresa por los ventanales. La Gringa lo reconoce: “Qué viejo se ve metido en ese saco a cuadros”, piensa.

La Gringa carga a Clara en sus brazos y se escurre entre la gente en busca de esa figura conocida, corre unos pasos y, algo agitada, se pone a tiro de su cuñado y le golpea la espalda. El hombre, cuando la ve, se exalta; no sabe cómo reaccionar y entiende que lo mejor, para no levantar la perdiz, es parecer absolutamente normal.

Ella no lo deja hablar, le cuenta la historia, sin detenerse, sin rodeos. Los dos años sin ver a su familia: Morteros, Mar del Plata, la beba, los documentos falsos. Agrega: “Vengo de migraciones, de sacar el permiso para que Clara pueda salir: en unos días nos vamos a Venezuela”. Al final le indica: “Avisále a mis viejos mañana, en tal lugar, a tal hora”.

City Bell, el country de Estudiantes para ser más precisos. De vuelta es mediodía. La Gringa, H y Clara repiten la historia. Al otro día, se van. Para los padres todo es nuevo, como volver a empezar, volver a conocer a su hija y acostumbrarse a la idea de ser abuelos. Pasaron dos años, es mucho tiempo, también para ellos pasaron los años.

—*Mi viejo se deshizo, estaba hecho un flan. Y mi vieja estaba, todavía, como resentida por lo que le había tocado. Porque, además, era la primera nieta de ellos.*

“H tenía familia allá”, se escuda la Gringa. Sabían que Venezuela estaba sospechada y, con el tiempo, confirmaron que hubo muchos compañeros que “colaboraron” durante el encierro y les habían brindado la posibilidad de salir hacia el país caribeño.

—Nosotros fuimos por la nuestra. Había sido otra historia.

En Venezuela, rehicieron sus vidas con los harapos que arrastraban. Confraternizaron con una comunidad de latinoamericanos desterrados igual que ellos. También arrastraban harapos, recuerdos, nostalgias, heridas, ausencias. En el país hermano nació Joaquín, el segundo hijo: “Le pusimos ese nombre por Joaquín Areta, que era amigo de H”. Un homenaje.

—Los tupamaros con su formación, los chilenos que habían estado con Allende. Pero en el caso de los chilenos, el exilio había sido inmediato a La Moneda. El caso de los uruguayos fue distinto, y nuestro caso también fue distinto. Nos encontramos con compañeros de Jujuy, de Salta viviendo en Barquisimeto, el corazón mediterráneo de Venezuela. Nos juntábamos, teníamos nuestras reuniones y tratábamos de tener nuestros pronunciamientos; nos tocó todo el tema de Nicaragua, los recitales por los nicas. Fuimos a una conferencia sobre el exilio, en Mérida, donde participó Cortázar con Carol Dunlop. No sólo era respirar el aire de la libertad, sino ver en el terreno lo que estaba pasando en Latinoamérica.

Libertad, esa palabra tan fuerte, tan etérea, tan inasequible. Cuántas guerras se libran en su nombre, cuántos hombres claudican, cuántos mueren. La libertad en el exilio fue una “oportunidad”. Era simplemente una oportunidad; nada más. Tenían 24 años; nada más.

Cumplieron, además, con los deberes del exilio: denunciar la violación de derechos humanos, hablar con los compañeros en México y en España y comprender la dimensión del terror. Y discutir la Guerra de Malvinas: “Algunos compañeros revolucionarios querían venir para luchar, porque era una forma de entrar y de estar. Otros decíamos que la guerra de Malvinas era una locura más de los militares”. Y, también, tenían que sobrevivir:

—Los chilenos vendían empanadas típicas; entre los uruguayos, había muchos maestros particulares. Se armó una comunidad de inmigrantes, con el agregado de la política en común. Fue muy importante, todos con una historia similar y, además, el mismo idioma. Una comunidad de desterrados.

En 1983 tuvieron la posibilidad de votar. Ella empezó a tramitar el pasaporte, claro, con su propia identidad. “Volvimos el 17 porque no conseguimos para el 10 de diciembre. Era un avión lleno de argentinos que regresábamos”.

Cinco años después, la *Gringa* se encontró recorriendo La Plata, se buscó entre los despojos de su ciudad, de su pasado; volvió a caminar por las calles en que habían matado a sus compañeros y que no había vuelto a pisar. Reconoció las marcas: la casa Mariani-Teruggi donde cayó Gulliver; el

monoblock de Villa Elisa, donde mataron a su responsable; el teatro al que una vez fueron con Corina a ver una obra de Alfredo Alcón. Corina, a quien mataron de un disparo en la cabeza y siempre tendrá 22 años.

—Cuando volvimos del exilio, el silencio fue una de las cosas más difíciles de aceptar, vivir en una sociedad que había mirado mucho tiempo para el costado, que había mucha gente de esas sociedad con la que uno tenía lazos de afecto, vínculos. Era parte de la lucha que habíamos perdido. Habían ganado los militares imponiendo el terror, el miedo, el individualismo. Era la evidencia de la derrota política e ideológica.

—*Quizás, por culpa de esa derrota, muchos de los militantes de los 70 no encontraron durante años espacios para contar lo que había pasado con ellos.*

—Puede ser. También tiene que ver con los tiempos internos, porque había que resolver y asumir lo que nos había tocado. Lo individual pesa mucho, y varias veces ponemos en lo colectivo alguna justificación de cosas personales. Las culpas también jugaron fiero. Muchos compañeros hablan de la culpa de estar vivos: a mí me parece extrañísimo. Uno no condenó al otro a que lo mataran los militares; algunos, sí, hemos tenido una cuota de suerte. Pero “la culpa de estar vivos” me parece que es demasiado cruel, paralizante.

La *Gringa* afrontó los peligros de los desiertos, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Y resistió. Como el protagonista del cuento, al final del viaje, volvió a su casa. Volvió donde todo había comenzado; ahora, lleva consigo una historia y una pala oxidada para buscar tesoros.

Epílogo

Todas las mañanas, cuando se friega el rostro endurecido frente al espejo, la cicatriz de la garganta le hace acordar al *Tano* que está vivo. Hubo un tiempo en que contaba prácticamente a diario la historia: la situación, el desmayo, la pérdida de consciencia; el despertar, el dolor y la cama de hospital rodeado de los suyos: le contaron que había vivido gracias a que alguien le había practicado una traqueotomía. Alguien. Un anónimo. Después emigró a la Argentina.

El *Tano*, don Julio, más tarde los salvó a ellos, a la *Gringa* y a H: los alertó de una razia en Los Hornos, el barrio donde les alquilaba la casita. Cuando nació Clara, a modo de agradecimiento, la joven pareja lo nombró padrino de su hija. Don Julio, claro, aceptó.

A los jóvenes, por dicha, no les quedaron marcas físicas, pero siempre recordaron ese gesto solidario.

El hombre que miraba su casa desde un colectivo

La historia de Marcelo “*Lucio*” Molina

Prólogo

El colectivo vuelve a arrancar, dejando una nube de humo negro en el aire; el olor del gasoil quemado llega hasta su interior. La vieja que apoya una bolsa de arpillera en un asiento de cuero raído, se toma de una baranda y le extiende las monedas al conductor; éste, a cambio, le da un boleto; es una anciana regordeta de cabello ceniciento y ensortijado. Tiene puesto un pulóver verde y sobre el pecho le cuelgan unos lentes. Aunque el micro está casi vacío, la vieja se sienta junto a un muchacho en los primeros asientos.

Oscurece. Desde el fondo, Marcelo cubre todo el micro. Conoce a la anciana, había previsto esa posibilidad. Y mientras más se acerca al barrio, comprende que las posibilidades son todavía más concretas. No repara en el traqueteo del colectivo hasta que la voz pastosa de la vieja arroja la queja, a nadie en particular. Cuando era más chico, incluso cuando tenía puesto el ajustado guardapolvo a la vuelta del colegio, por más que viajase parado dominaba con naturalidad el camino de serrucho.

Marcelo mira a través de la ventanilla, a un lado y otro, y luego al frente. La estopa del asiento de adelante se desmigaja tan sólo con rozarla; hunde el dedo y escarba sin ganas hasta dar con un pequeño trozo de papel enrollado, un boleto amarillento. El paisaje corre a su alrededor como una vieja postal sepia, tal cual él lo recuerda, con sus casillas de madera y casas bajas sin revocar; con sus anchas veredas despobladas de árboles y sus esquinas solitarias.

El colectivo gira en una bocacalle y toma la avenida. Antes de llegar al siguiente cruce, se detiene en una parada. El muchacho que baja es recibido por los ladridos de un perro sucio y de pelaje enmarañado. En frente, justo en frente, hacia donde está mirando Marcelo, una mujer se encorva sobre el pestillo de una puerta de reja que no le llega más allá de la cintura. Desde arriba del colectivo, sigue los pasos lentos pero acompasados de la mujer en aquella hora crepuscular; busca sus ojos, aunque ella en ningún momento mira hacia el colectivo que comienza a moverse. Cuando el micro dobla en la esquina, Marcelo se restriega los ojos con el índice y el pulgar. Aunque está en el fondo, decide no mirar hacia atrás. Hace tiempo lo ha decidido.

*En los años 70 se asaltaban los Registros Civiles
y se llevaba la documentación que hubiere;
después, de acuerdo más o menos al parecido físico, se asignaba.*

—Ustedes entraron por 27, el CEBAS está casi en 25. Tienen que caminar dos cuadras —aclara—. Vayan por esa puerta de ahí.

La enfermera señala una puerta enorme, pesada, con la pintura saltada acá y allá. Detrás de ésta, a la intemperie, una larga galería con columnas de cemento conduce al centro del predio del Hospital San Juan de Dios de la ciudad de La Plata. A partir de allí, el camino se bifurca en varias direcciones, por senderos de baldosas semienterradas o sencillamente por los surcos abiertos en la tierra que llevan hasta un playón de estacionamiento, una capilla, una pequeña construcción de una planta y dos o tres edificios más. En uno de ellos funciona el Centro Experimental Bachillerato de Adultos en Salud (CEBAS) N° 1 de La Plata “Floreal Ferrara”, un espacio donde un centenar de adultos cursa los estudios secundarios para obtener su diploma en Bachiller con orientación en Salud Pública. Allí está terminando de dar clases el profesor de historia Marcelo Molina.

—Busquemos un aula que esté vacía —sugiere Marcelo. La voz brota de algún lugar detrás de la espesa barba. Es alto y corpulento, y lleva puesta una camisa liviana con los primeros botones desprendidos; en la mano derecha aferra un portafolio de cuero gastado.

La sala que está disponible tiene una única mesa larga en el centro y varias sillas alrededor; sobre una pared, el pizarrón está a medio borrar; junto a él hay un afiche en el que se inscribe una convocatoria para una jornada en el barrio Puente de Fierro.

—Nosotros, con la escuela, tenemos un trabajo ahí, en el barrio —dice Marcelo. Más adelante, en la charla, dirá que a un compañero, Arturo Rago, quien fuera emblema de la UES, lo colgaron ahí, en el puente que está en 90 y 131, un puente de fierro. Él tenía 16 años.

Marcelo Molina nació en vísperas del golpe contra el gobierno de Perón en 1955. Su padre fue delegado de un frigorífico y, más tarde, referente sindical en la administración pública. Su tío, Babi Molina, fue uno de los fundadores de la Juventud Peronista en La Plata en 1956. Este último y otro de sus tíos fueron presos del plan CONINTES.

—A mi viejo lo fueron a buscar a casa y no lo encontraron por casualidad. Un allanamiento brutal, rompieron todo tipo de cosas; estaba mi vieja con mi hermano de un año en brazos y yo, que tenía cinco, y mi abuela... Ese tipo de cosas brutales la hicieron siempre, especialmente contra el peronismo.

La discusión política y la militancia estaban metidas dentro de la familia. Aún así, Marcelo fue encontrando sus propios espacios en la Juventud Peronista.

—Había una agrupación en La Plata que se llamaba Alianza de la Juventud Peronista, una mezcla de fachos y de gente que después se fue con la JP; durante el año 72 fueron figuras como Jauretche, el Pepe Rosa, hasta Osinde... Teníamos un localcito por Plaza Italia, era un lugar muy común, se terminaban los actos cantando la marcha —que estaba prohibida— en la vereda. Era un

lugar genial, tan mistongo era que al frente había una verdulería... teníamos que entrar por un pasillo, no era clandestino, era lo que se había conseguido; atrás de la verdulería estaba el pomposamente llamado Instituto de Estudios Superiores Juan Manuel de Rosas. Era un antro. Muchos éramos triperos, íbamos a la cancha de ahí, del local; tuvo una gran actividad política la hinchada de Gimnasia durante la dictadura de Lanusse.

La voz de Marcelo Molina reverbera en el salón semivacío. Recuerda que a mediados del 72 su abuelo fundó, en Los Hornos, la unidad básica Evita. Funcionaba, claro, de manera clandestina en el garaje de un vecino de la zona de 66 y 147. También se acuerda del rostro de Jorge *huevo* Fernández, “un compañero muerto en combate” que trabajó incansablemente en el barrio.

Por lo general, se reunían en la unidad básica para escuchar mensajes de *El Viejo*, para discutir y para hablar de historia. Proyectaban la película del Pino Solanas *La hora de los hornos* y se trataba de debatir; se realizaban lecturas colectivas, como la del “notable documento” *La actualización política y doctrina para la toma del poder* y se trataba de debatir. Todo se debatía.

—La juventud peronista iba creciendo. Pero yo trabajaba acá y no sabía lo que estaban haciendo en el barrio del cementerio, y los de cementerio no sabían lo que estaba pasando en el centro, y los del centro... Estábamos desarticulados los jóvenes peronistas. Sin embargo hubo un momento organizativo muy importante para el 17 de noviembre del 72, con el retorno de Perón. La convocatoria fue una y fue un buen momento para establecer relaciones. Conocí gente, acordamos cosas con compañeros; yo era un pibe, “acordamos”: digamos que estaba ahí, no es que era un dirigente.

—***Resistió, la unidad básica, tiempos de proscripción.***

—Claro. Pero era muy liviano: la unidad básica era clandestina, pero todo el barrio sabía que estaba ahí aunque no tuviera un cartel ni fuera oficial. Mi viejo andaba en reuniones de un lado para otro, mis tíos habían estado presos... No había más que un cierto cuidado, era algo que estaba en el aire; había una politización inmensa en toda la población. Este tipo de cosas eran muy comunes y aceptadas, había un cuidado por la gente que estaba militando.

—***¿Recordás alguna experiencia de esas primeras movilizaciones de las que formaste parte?***

—Sí, me acuerdo de algo muy gracioso. El primer acto relámpago del que participé cuando era un pibe fue el del 17 de octubre —el 17 de octubre y el 26 de julio eran los días de acto relámpago—. Se hizo en Plaza Italia y fue notable; la FURN (Federación Universitaria para la Revolución Nacional) lo organizó y fuimos pibes de la JP de distintos lugares. Sabíamos que la cana iba con perros y a un compañero se le ocurrió enjabonar un chancho y largarlo a correr: los perros están entrenados para todo menos para no atender a un chancho y, como estaba enjabonado, era imposible agarrarlo. Imaginación popular para evitar que la represión cayera.

La luz del sol de un mediodía de febrero inunda el aula. El profesor de historia, sentado en un pupitre de plástico, al igual que su exiguo auditorio, habla. Habla del hombre que vivió en los 70, habla del golpe durísimo que significaron los fusilamientos de Trelew y habla de la “juventud maravillosa” de la que formó parte, de los jóvenes que “empezamos a trabajar por el socialismo nacional”. Después, hace un largo silencio.

El reloj de pared de la cocina indica que faltan 10 minutos para la una de la madrugada. El reloj que lleva Marcelo en la muñeca, también. Y el que usa su primo. Y el reloj despertador que está sobre la mesa de luz del dormitorio de la abuela. Todos los relojes están finamente calibrados.

La luz de un farol entra desde la calle. Es un mundo de siluetas, relieves y apenas alguna superficie. Marcelo desliza el mate sobre la fórmica de la mesa y espera a que su primo lo agarre para soltarlo. La bombilla rezonga, el mate vuelve a deslizarse por la fórmica y otra vez cambia de mano.

—¿Ya estamos?

—Un poco más.

A un costado, sobre la mesada, se adivina el contorno de un frasco de aceitunas, un tarro de vidrio grueso, enorme. Lo que hay dentro ya no se distingue, ni siquiera se adivina; pero ambos saben que contiene varios números de Evita montonera, algún libro de literatura marxista, documentos y fotos viejas. Junto al frasco, la tapa dorada de hojalata desprende un brillo mortecino.

A la una de la madrugada, cuando se cumplen seis horas de que el comisario de un departamento vecino ha entrado en servicio, ambos dejan la cocina. Bajan las escaleras por turnos, el último cargando con el frasco. Sigilosamente se deslizan por el fondo de los bloques de departamentos, saltan una pequeña tapia y llegan al baldío. La tierra está blanda y cavan sin dificultades, también por turnos. Cerca de las dos están de vuelta en la cocina.

Algunos días después, un domingo, ven a la hija del comisario jugando en el fondo. Corretea y da saltos a uno y otro lado de la tapia, bamboleando las trenzas de su cabello. En la mano agita algo, un objeto redondo, de hojalata. El reflejo del sol, por un momento, no les permite distinguirlo.

Marcelo y su primo tienen que irse.

—Esa fue mi primera clandestinidad, a mediados del 74, estábamos en democracia y, supuestamente, no pasaban estas cosas, pero se decidió que yo me alejara y me fui a la villa donde estaba militando, atrás de lo que hoy es el barrio obrero en Los Hornos, es decir, 141 e/ 56 y 58. Ahí estaba la unidad básica Burgos Escribano, estuvo en varios lugares porque sufrió atentados.

—*¿Qué recordás de esa vivencia?*

—Estuve mucho tiempo ahí, viviendo en la casa de compañeros del barrio y no volví a mi casa por razones obvias, por un cuidado, por un peligro que no se materializó nunca, pero había que tomar ese tipo de prevenciones. Como decíamos en ese tiempo: yo levanté todas mis actividades y relaciones. La Organización decidió que yo me fuera, una circunstancia muy especial: porque yo estaba en La Plata, pasaba con el micro por mi barrio, miraba con algún lagrimón la casa, pero no podía estar ahí.

Marcelo relata que la unidad básica Burgos Escribano estaba emplazada en un barrio obrero, que en su mayoría vivían paraguayos, albañiles de oficio que estaban construyendo sus casas; que había una villa muy cerca que ocupaba una media manzana, “con características que no tienen nada que ver con lo que después fue una villa”. Los compañeros llegaban de otros lugares para conocer nuestro trabajo con los vecinos de ese asentamiento.

En ese entonces, la ciudad era otra: La Plata era más chica, no había tantas avenidas y, sin embargo, eran suficientes para el tránsito que circulaba por ellas; había muchas calles empedradas y edificios bajos.

—Parecía mucho más pequeño y aislado, los barrios estaban más cortados entre sí. Si tenía que ir a lo de un compañero que vivía en el barrio de Parque Saavedra, iba primero hasta el centro y desde ahí tomarme el 214 o el 307. No se me ocurría ir en bicicleta por la 66, porque era muy difícil llegar, calles de tierra... y, además, en bicicleta uno se exponía mucho.

Marcelo Molina nos confirma que la represión comenzó en La Plata a los pocos días de la muerte de Perón.

—Para esa época eran pocos los que estaban habitando las casas que los habían visto nacer, si es que había alguno.

Fue entonces cuando las patotas saltaron a los barrios, cuando se inició “un ataque sistemático a nuestras fuerzas”; asesinaron a don Horacio Chaves y a su hijo Rolando, a Luis Norberto *Chango* Macor y a Carlos Ennio Pierini, “un notable dirigente del peronismo histórico, de la resistencia”; también mataron al Turco Achem y a Carlos Miguel, cuadros dirigentes de la militancia en la Universidad y miembros fundadores de la FURN.

Marcelo mira hacia la ventana, el sol le lastima la vista porque enseguida frunce los párpados.

—Así, con este día, a muchos compañeros los mataron y los tiraron en Plaza Moreno.

—¿*Tomaron medidas para contrarrestar eso?*

—Se tomaban medidas que, en muchos casos, no pudieron ser llevadas a cabo. Yo sabía perfectamente qué era lo que tenía que hacer, a mí no me engañó nadie. Cuando decidimos desafiar al poder, desafiamos al poder sabiendo que la respuesta iba a ser durísima. Quizás no tuvimos en cuenta la magnitud de la represión. Pero todo el mundo sabía que tenía que tener una casa de repuesto; todo el mundo sabía que, además de tener una conducta revolucionaria, debía conseguirse un trabajo dentro del aparato de producción, debía entender que trabajar en el pueblo era la forma. Y teníamos ese viejo apotegma de Mao: el militante tiene que disolverse, tiene que estar en el pueblo como el pez en el agua.

Marcelo Molina hace memoria y evoca el noviembre del 73, cuando “ya había caído Cámpora”. La columna sur de Montoneros de La Plata, Berisso y Ensenada, realizaba una asamblea en el anfiteatro de la Facultad de Agronomía; el orador Hernán Mendizábal afirmó categóricamente frente al auditorio: “Compañeros, como ustedes se imaginarán, esto va a ser muy costoso. La Organización evalúa que más del 95 por ciento de sus integrantes van a caer en la lucha. Compañeros, el que se quiere ir se va, y el que se quiere quedar, se queda”.

—En una organización revolucionaria nadie te obliga a nada; a vos te obliga simplemente tu ideología. Después, cuando se fue profundizando la lucha y hubo tantos compañeros caídos —la voz de Marcelo se apaga y baja la mirada; luego de la pausa, por fin aprieta el puño—, la memoria de los compañeros: uno no aflojaba porque había otros que no habían aflojado. Aunque tuvieras dudas, uno estaba y permanecía por ellos, porque entre nosotros vivíamos el socialismo que planteábamos para la sociedad.

Clandestinidad en familia

A principios del 76, comenzó el “traslado” masivo de compañeros a diferentes partes del país. Es decir, antes del golpe de Estado la actividad clandestina ya estaba en marcha.

—La profundización de todo esto nos llevó a una circunstancia elemental, que fue la supervivencia a través del método de la clandestinidad. Tenías que ser, siendo el que eras, siendo el mismo, otra persona. Dentro de la organización usábamos otro nombre, el famoso nombre de guerra, por el que te conocían los compañeros, porque se suponía que ninguno debía saber quién eras. Muy difícil. Sobre todo, cuando uno había estado en un frente de masas, como en la JP, en la JTP o en la UES. Nadie tenía que saber dónde vivías. Para aquellos que estaban, por diferentes circunstancias, más comprometidos, estaba la clandestinidad. Vivir en otros lugares, tomar otra apariencia, otro trabajo.

Para Marcelo la clandestinidad era una modalidad elemental, una herramienta más de la lucha: “Yo he conocido compañeros que estuvieron 11, 12 años clandestinos. Era una forma de existencia”.

Molina vivió la clandestinidad con su familia: se encontró con su compañera, Mariela, a mediados del 77, cuando regresó a La Plata luego de haber estado unos meses en el Gran Buenos Aires. Ella ingresó a Montoneros después del golpe; era docente, por lo que estaba expuesta. Marcelo no.

—Podríamos decir que la situación era más cómoda, porque vivíamos en una casa que era una ruina pero pasábamos. Yo sabía un poco de albañilería, así que me ponía a hacer algo porque si no se nos venía encima. En esos barrios servía una pareja joven, “están casados, la están peleando, ella trabaja”. Supuestamente, yo preparaba programas para la radio, era guionista de la radio. Ése era el camelo.

—***¿Cómo se construyó una familia de militantes?***

—Era muy difícil estar en pareja en esas circunstancias. La tarea militante era lo más importante, el resto de las cosas pasaban a un segundo plano, el romanticismo, por ejemplo. Era difícil. Pero se hacía. Además, estaba el peligro constante que significaban las caídas, las citas, ir a un lugar fulero, porque siempre podía estar el riesgo de que “estuviera envenenada”, como nosotros le llamábamos, o que hubiera estado cantada.

La pequeña casa a la que fue a parar la flamante pareja estaba lejos de brindarles intimidad. Se trataba de una de esas “casas militantes”, un lugar de pasaje de compañeros, es decir que nunca estuvieron solos; siempre había uno u otro, aunque por regla general no llegaban a conocerse: compartían la cena y el techo, las charlas y los colchones, pura inmediatez, exclusiva contingencia. Nada de saber de sus historias. “Conocí grandes compañeros en ese tiempo, dice Marcelo, muchos de ellos hoy están muertos”.

Hacia 1978, nació el primer hijo de Marcelo y Mariela, lo que precipitó una importante decisión.

—Nos casamos porque sabíamos que secuestraban a compañeros y hacían desaparecer a los chicos; entendimos que casándonos y dándonos una figura legal, si nos secuestraban, iba a ser más fácil que a él lo rescataran. Y esto lo hablamos con mi vieja, que fue testigo.

—***Te casaste con tu nombre...***

—Sí, eso fue con mi “nombre, nombre”: Marcelo Molina. En el Registro Civil, todo legal. Después, crucé la puerta y fui el que había sido antes.

—***¿Cómo fue la relación con los hijos en la clandestinidad?***

—Los chicos, por ser chicos, eran la parte más débil. Porque al chico le tenías que hacer aprender una serie de cosas, explicarle el porqué de cosas que eran mentira. Que tenía otro nombre, que los abuelos eran otros, que vivía en un determinado lugar. Todo por la supervivencia del grupo.

—*Y, puntualmente, ¿cómo llevaron la crianza de tu hijo?*

—Mi hijo se crió en ese ambiente de clandestinidad. Hasta él tuvo un nombre de guerra, el *Topo*... Ahora tiene más de 30 años. Y lo criamos militando. Toda la discusión política, digamos, trataba de creer que la victoria estaba próxima, que había que continuar luchando, uno no debía caer en vicios del sistema; la solidaridad, la generosidad, ser una persona parca en todo, en el comer, en el beber, uno estaba para la revolución. Los derroches no eran permitidos, el cigarrillo tampoco. Creíamos en lo que hacíamos, estábamos convencidos de que estábamos para la revolución. Y a él lo criamos muy duramente, casi sin juguetes, nunca se le festejó un cumpleaños por considerarlo una especie de debilidad del sistema. Además, estábamos clandestinos.

“Puede ser el último”, dice su madre. Y su voz suena como una tela que se rasga. Él puede negarlo, aunque fuere con la convicción de quien sólo tiene eso: convicción. Y nada más. Y él, Marcelo, sabe de convicciones. Puede decir que no, que no diga eso, que se calle, que cómo va a ser el último. Pero los médicos lo habían sentado junto a ella, porque quizá entre los dos podrían repartirse el dolor que significa saber que esa mujer frágil que es su madre tiene un tumor; la pausa que había seguido era una invitación del doctor para que torcieran la cabeza, para mirarse y abrazarse. Sin embargo, ellos habían sostenido el semblante adusto, hacia el frente, esperando lo inefable, una palabra que era mucho más que su pronunciación: cáncer. Para ella podía ser el último, para su hijo, el primero.

El Topo cumplirá cinco y su madre, la madre de Marcelo, le está diciendo que quiere hacerle una fiesta, porque no sabe si volverá a ver a su nieto cumplir años. Habían estado lejos, asilados, pero hace ya unos meses que han reestablecido el contacto. No hay reproches ni reclamos, pero él sabe muy bien que durante todo ese tiempo el Topo ha estado en brazos de muchos, de compañeros que aterrizaron en la casita derruida en la que vivía con Mariela. Sin embargo, no sintió la calidez del cobijo de su abuela.

Las cosas están cambiando, el viento sopla en otra dirección. Están aflojando. Algo chiquito, casero, una celebración con pocos invitados; ella se encargará de hacer la torta y de poner las guirnaldas. Aunque eso es lo de menos. Se está muriendo. Y también está el niño: al niño no le han festejado ningún cumpleaños, será el primero para él. Podrán regalarle algo lindo, un juguete.

Casi como una imposición, hubo festejo. Y fue el primero. Y fue el último.

El reloj y el documento

Hacia 1979, después de la contraofensiva, Marcelo y su familia quedaron desenganchados tras la caída de varios compañeros, perdieron los contactos con la Organización. Las pérdidas comprimían la atmósfera, no dejaban respirar. En esos momentos, comenzó a roer la idea de irse del país.

—Nunca estuve de acuerdo, por eso no me fui del país cuando otros compañeros sí lo hicieron. Fue una larga evaluación con mi compañera a dónde nos íbamos; ella tenía contactos como para irnos a Cuba, no pensábamos en Europa ni en ningún lugar donde no se pudiera construir. Finalmente pensamos “pero en Cuba está todo hecho” y nosotros éramos revolucionarios. Entonces elegimos Nicaragua. La idea era irnos todos, los tres. Primero fui solo, para ver cómo estaban las cosas, y después volví. Nunca pudimos irnos en definitiva.

A partir del 82, la situación “había aflojado un poco”, aunque seguían cayendo compañeros. El 16 de diciembre se realizó una marcha por la democracia hacia Plaza de Mayo, “un acto político notable”, en el que no estuvo ausente la represión. Marcelo Molina recuerda una foto, un cuadro donde varios militantes de la JP levantan una valla para golpear las puertas de la Casa de Gobierno, en una de las ochavas de la calle Rivadavia. Un símbolo. El pedido del pueblo era unánime.

—Con la vuelta de la democracia, a partir del triunfo de Alfonsín, hice dos cosas: dejé el reloj y el documento. Sólo agarro el documento cuando tengo que hacer un trámite o cuando voy a votar. Nosotros teníamos el reloj metido en la cabeza, porque cuando había una cita de contactos se esperaban 5 minutos, y después chau. No como hoy, que todos los relojes parecen de goma, la hora que marcan los celulares es de goma; ese tiempo era de una estrictez absoluta porque implicaba peligro; alguien que no venía en ese tiempo era alguien que había caído y, por lo tanto, había que mover todo un mecanismo avisando de ese alguien.

En tren de hablar de los resabios de la dictadura que tienen eco en el presente, Marcelo cuenta que hace poco su esposa se fue de vacaciones con dos de sus hijos a Bogotá, Colombia; uno de ellos, de 21 años, le dijo “mamá, esto es una ciudad militarizada”.

—A mi mujer no le había llamado la atención que hubiera milicos por todas partes; tan habituados nos tenían a ese tipo de cosas que parecen parte de la normalidad, cosas objetivas que quedan en la mente de las personas.

—*¿Y qué otros elementos del pasado en la clandestinidad perviven?*

—Más que con la clandestinidad tiene que ver con una cuestión de seguridad, que yo perdí hace unos años, aunque no tantos. Como caminar a contramano de los autos, siempre los autos viniendo de frente, andar por el centro de la vereda, hacer contraseguimientos, es decir, ver si te están siguiendo, mirar disimuladamente. Ese tipo de cosas quedaron por muchísimo tiempo. La precisión, la puntualidad, eso era fundamental.

Las rupturas y continuidades son caras de una misma moneda. Con el fin de la vida en la clandestinidad no se arrancaron de cuajo los comportamientos interiorizados para sobrevivir.

—Les digo una cosa que hoy podría parecer patológica, y que en ese tiempo no lo era: yo iba a un lugar —y en parte lo sigo haciendo, a veces lo hablamos con algún compañero y nos pasa lo mismo—, a un boliche y me sentaba al fondo, mirando la entrada. Siempre. Una forma de tener cubierto todo el lugar; o sentarme en el micro en el último asiento, para cubrirlo todo. Eso pasa casi automáticamente. Entrar a un edificio para algún trámite y ver los lugares de escape; surge naturalmente, porque es tal el ejercicio que uno hizo que hoy uno lo hace sin darse cuenta. Y una cosa que me jode ferozmente, y que no puedo solucionar, es que el auto que tiene la familia, cuando abris la puerta se enciende la luz, una botoneada terrible. Es un loco el que hizo eso: estás en la oscuridad y ¡trácate!, la luz prendida y vos.

Las movilizaciones, los actos masivos y el salto gradual a la superficie no significaron, en términos estrictos, una apertura. Marcelo, como muchos otros, continuó manejando las pautas de la clandestinidad.

—En el año 83 hubo internas en el PJ y nosotros, para participar, teníamos que afiliarnos. Yo no había podido votar nunca, voté recién en el 83. La mayoría de los compañeros no habían votado. Teníamos que llenar las fichas de afiliación; entonces, cada uno llenó su propia ficha para que el otro no conociera, por ejemplo, cuál era mi verdadero nombre. Cosas que hoy parecen ridículas, pero que en ese tiempo no lo eran, para nada. O, por ejemplo, ir a un acto y todos, en un papel, poner los datos reales, documento, nombre, todo; había un responsable que se quedaba con eso, que era el pie: ése no iba a ningún acto o movilización. Si pasaba algo, bueno, ya sabían... después se destruía ese tipo de cosas.

Esos muchachos no tan jóvenes eran, dice el profesor de historia, muy distintos de los hoy.

—Yo voy a hablar a agrupaciones sobre hechos históricos y es otra cosa: empiezan a cualquier hora, se distraen... yo me crié en un tiempo donde se bebían las palabras de quien estaba hablando. Porque existía, entiendo yo —no estoy hablando solamente en la Juventud Peronista o en los Montoneros, sino en las agrupaciones revolucionarias— un ansia de cambiar. Y el hecho de lo que había conceptualizado el Che, “el hombre nuevo”, estaba muy metido en nosotros. Había una convicción de que había que ser un ser humano mejor, profundamente solidario, no arrastrar las

lacras del capitalismo: el egoísmo, la vanidad, ese tipo de cosas. Y una de las cosas importantes es la búsqueda de la felicidad, muy difícil de alcanzar, pero a través del egoísmo, nunca vas a llegar a ser feliz.

—*Hablás de la búsqueda de la felicidad y del compromiso: en ese marco, durante la clandestinidad, ¿cuáles eran los pequeños triunfos?*

—Por ejemplo, hacer ejercicio, gimnasia —y yo hacía muchísimo tiempo—, comer sano... como verás, por mi panza, ya no estamos en esos tiempos... Además, teníamos que hacer evaluaciones de dónde estábamos viviendo, de la percepción que teníamos de la sociedad de acuerdo a donde actuáramos y eso implicaba elaborar un documento. Esos eran triunfos, nadie nos obligaba a hacer eso.

—*Cosas sencillas...*

—Nosotros festejábamos, por ejemplo, los 26 de julio y 17 de octubre, ¿cuál era el festejo? Generalmente no teníamos un centavo, el festejo era leer, leer sobre historia, documentos que pudieran venir a ese fin, analizarlos, leer literatura...

Para leer literatura, probablemente, primero tenían que desenterrarla.

—*¿Hubo reproches?*

—Me reprocho esa parte de la infancia que le saqué a mi hijo. Lo hemos hablado miles de veces. Ya pasó, son cosas superadas. Tal vez, si las cosas volvieran a darse de esa manera volvería a hacer lo mismo, no sé. Pero dadas las circunstancias de la época, tenía que ser así. Además, no teníamos un centavo, apenas alcanzaba. Cada uno se tenía que bancar la forma de seguir militando.

—*¿Qué aspectos de tu vida cambiaron en la clandestinidad?*

—Yo nací en una familia peronista que fue golpeada, así que desde muy chiquito viví la violencia que se ejercía sobre el peronismo, sobre nosotros. No sé, eso te va dando una forma. No es que yo llevé una vida tan, tan distinta. Era una familia de trabajadores, peronistas, siempre había discusiones políticas. Era una vida familiar, completamente natural, venían amigos, había folklore, se cantaba. Esto después también lo hice durante la militancia y, bueno, después cuando las cosas se fueron endureciendo. El amor a los libros, a la música, esto en mi casa se cultivó y lo mantuve siempre. Tardé dos años en armarme un tocadiscos Galileo; y me acuerdo la emoción cuando pude escuchar el primer disco armado, y esto fue antes de irme a Nicaragua. Y, con un esfuerzo inmenso, pudimos comprarnos una radio, una Tonomax Siete Mares, y pude escuchar la entrada del Frente Sandinista el 19 de julio en Managua. Esas son cosas inolvidables. Absolutamente, inolvidables.

Epílogo

—Estábamos yendo a una cita, un compañero me guiaba porque yo iba cerrado: no podía ver a dónde me llevaban. Nos bajamos del auto y me metió por un pasillo angosto, húmedo, de esos pasillos largos que tienen varios departamentos. Yo sentía voces, eran chicos que estaban jugando. Nos fuimos acercando a donde teníamos la cita; a él, al que me llevaba, se ve que lo conocían porque uno de los chicos gritó “papá, vino el tío” y en seguida agregó: “Papá, vino el tío con otro tío”.

Érase una vez un país de armas y soledad

La historia de Víctor “Beto” Díaz.

Prólogo

En China, existe una maldición milenaria que dice: “Ojalá te toque vivir tiempos interesantes”. Beto siguió al pie de la letra los designios de esa maldición. Era un bebé cuando aviones militares bombardearon la Plaza de Mayo, sintió el dolor de los compañeros masacrados por la espalda en Trelew, se alegró cuando abrieron triunfantes los portones del penal de Devoto, se enojó cuando el mítico y fraternal líder popular los echó de la plaza, miró a la cara al enemigo que pedía clemencia, vio morir a algunos de sus mejores amigos y encontró a su mujer en medio de la tormenta.

La historia de Beto es la historia de esa maldición china y es una historia difícil de contar, porque uno nunca sabe dónde empieza, ¿cuándo nace? ¿En qué momento se da cuenta que conforma una generación condenada a vivir tiempos interesantes? ¿Será en La Tablada, cuando se escapa de sus captores y comprende que el enemigo es humano? ¿O será esa tarde soleada de octubre en que Beto corre ensangrentado escapando de los militares o escapando de la muerte?

Cualquiera que busque a Víctor Hugo Díaz se va a encontrar con la hazaña del hombre que escapa de La Tablada. La cosa fue así.

Él está en la mesa de tortura, los milicos no lo saben pero no podrán quebrarlo y siguen torturándolo; en algún momento, piensan, creen, que está desmayado y lo llevan a otra sala. Lo tiran desnudo en un catre, con los ojos vendados y las manos atadas. Beto siente todavía la maldita picana quemando su cuerpo. Luego escucha ronquidos, su captor se durmió, sabe que es su posibilidad; se libera de la venda que cubre sus ojos, del nudo que ata sus muñecas; se acerca hasta el sillón donde el guardia está roncando, le arrebató la 9mm y le pega un culatazo. Se viste con el uniforme del captor, le perdona la vida y sale.

Ésa es más o menos la anécdota que todos eligen contar de Beto. Nosotros preferimos, en cambio, la historia de Beto y su mujer y de cómo espantaban a la muerte cuando dormían vestidos, abrazados, y él agarraba fuerte su mano porque sabía que, mientras sintiera la mano suave y alegre de su mujer, nada podría pasarle.

O la historia de su mamá y la compota de vegetales que le prepara el 17 de octubre, cuando sale malherido de un enfrentamiento y se quedan los dos solos en una habitación de pensión. Él orina sangre, está al borde de la muerte y vuelve a salvarse. A nosotros nos gusta pensar que fue la compota de vegetales lo que salvó su vida. O aquella milenaria maldición china que dice: “Ojalá te toque vivir tiempos interesantes”.

Beto es un hombre duro, tiene una bala de FAL alojada en su cuerpo, y no se victimiza: “Yo no guardo rencor; la verdad es que me re cagaron a tiros y yo los re cagué a tiros, así que estamos a mano. Ése es mi caso, en otras historias no es lo mismo porque tienen familias destruidas, familias secuestradas-desaparecidas”.

—Yo soy Víctor Hugo Díaz y nací en Corrientes, esto para mí es imprescindible decirlo siempre porque es mi identidad, es mi anclaje; yo soy un correntino que vivía en una zona rural y me vine a Berazategui a los 12 años.

Así arranca la entrevista. Como todo correntino tiene un recuerdo atravesado en los ojos: el sol. En su memoria, el sol es inmenso, naranja, abrasa la tierra seca, un poco dura, y parece sostenerse siempre en el horizonte, no desaparece nunca.

Víctor conserva dos o tres recuerdos más de su infancia. Hay uno que nos interesa destacar porque define la vida de un país, de un movimiento, de Beto y de algunas cosas más:

—Mi mamá siempre contaba que Perón y Evita pasaban en el tren repartiendo juguetes y los chicos corrían al lado de las vías; yo hacía todo lo posible por ir a ver ese tren.

Beto sólo corre esa felicidad en su imaginación, es un hijo de la resistencia, de la proscripción y, hasta bien entrada su juventud, todo lo que sabía del peronismo eran las historias que le contaban su mamá y su tío.

La familia Díaz llegó a la ciudad y se instaló en la localidad de Villa España, Berazategui: “Nos vinimos porque mi vieja decía que, en el campo, íbamos a terminar como peones y que ella no quería eso para sus hijos”. Beto, a la distancia, parece jugar con la posibilidad de haber sido campesino, de ser aquello que se esperaba que fuera.

—Empecé a trabajar en una fábrica de esas tan características de la época, era un taller chico que funcionaba vinculando sus actividades con la fábrica Rigolot.

De peón rural a obrero fabril, las cosas tampoco cambiaron demasiado.

El 22 de agosto de 1972 fue una jornada clave, no lo llegó a comprender aquel día pero la Masacre de Trelew lo “marcó”; el segundo indicio, las movilizaciones del 25 de mayo de 1973. “Fue la época de ‘engorde’, porque se manifestó una ola de explosión juvenil de adhesión a la militancia”. Beto comienza a cursar su propia historia del peronismo.

—En Villa España, mis hermanos ya estaban yendo a una Unidad Básica cercana al hogar y, los fines de semana, empecé a acercarme; trabajábamos en el barrio, organizábamos charlas-debate con la transmisión de cine político; muchos de nosotros vimos, por primera vez, *La hora de los hornos* y *Operación masacre*.

Para Beto, la militancia es un deber; no hay reproches, se vive para un proyecto político: “sos lo que debés ser”. Víctor lo sabía, y era un deber “muy arduo cotidianamente”, había que estar en las fábricas y en los barrios y había que formarse. Trabajaba en Capital de lunes a sábado, salía a las 7 de la tarde y se iba a cursar el secundario de adultos al Colegio Sarmiento; a la medianoche, tomaba el tren de Constitución a Berazategui y llegaba de madrugada a su casa de Villa España, su madre lo esperaba despierta todas las noches con la comida caliente. Se acostaba. A las 6 de la mañana ya

estaba despierto, de Berazategui a Constitución y vuelta a empezar. Los fines de semana estaba en el barrio, recorría el barrio, trabajaba el barrio; antes iba a teatro, después ya no. Dentro de la militancia todo, por fuera nada.

En el camino, las cosas se complicaron. Primero el drama familiar, el 29 ó 30 de abril del 74 –él no lo recuerda bien–, su padre falleció; la madre, la abuela y los seis hermanos, entre ellos Beto, la siguieron remando. Después, el drama social:

—La política ya se había enturbiado y el clima de tensión crece con el pase a la clandestinidad en septiembre, que ya significó el cierre de las Unidades Básicas. Sin embargo, en nuestra zona de Villa España ese fenómeno no acusó recibo inmediato, porque seguimos manteniendo esos lugares de trabajo hasta 1975; en ese entonces, teníamos dos unidades básicas y decidimos cerrar todo después de una redada de la policía que terminó llevándose preso a todo el mundo. Los compañeros responsables del lugar permanecieron presos con opción a exiliarse y al resto de los vecinos los largaron en esos días.

Se modificó el funcionamiento y la actividad política; fue el lento repliegue de los sectores populares y “los locales cerrados, los amigos que permanecían y los que abandonaban la militancia”. Las armas, el 24 de marzo, la persecución, la muerte y la vida. La historia del peronismo y de Beto.

—Las armas pasaron a ser parte de la cotidianidad política; en la casa de todos los compañeros, vos entrabas y veías varios fusiles FAL en la esquina de la pieza y a nadie le llamaba la atención, porque eran parte del escenario. El lenguaje de la política y el lenguaje de las armas se volvían a fundir en uno solo. Nosotros fuimos producto de eso, no éramos ajenos; nacimos en ese contexto de organizaciones armadas, de represión.

—***Cómo fue convivir con ese lenguaje de las armas en el ámbito íntimo de la familia, la casa con tu mamá, la abuela, los hermanos.***

—Nosotros vivíamos en una casa muy humilde y yo me acuerdo de una escena con mi vieja cocinando en un rincón de la mesada, mi hermana en un extremo de la mesa del comedor haciendo las tareas del secundario y, en el otro extremo, un compañero me enseñaba a desarmar y armar una 9mm y la clase incluía, también, como se arrojaba la granada. A esa altura, en esa familia, comida, estudio y armas podían convivir.

—***¿Hubo reproches o ese lazo familiar resistió?***

—Siempre existieron temores, dudas; cuando se desató el Golpe, mi hermana me planteaba que abandonara la militancia aunque sea por mamá, que se venía jodida. Uno siempre pensaba en la familia, especialmente, cuando empezaba a sentir golpes cada vez más cercanos.

El ruido de las balas

“Estábamos enfrentando a un enemigo que hablaba por medio de la violencia y nos parecía lo más correcto responder en esos términos”. Después del 24 de marzo, Beto dejó su trabajo en Capital porque “la nueva actividad en el movimiento me iba a demandar más tiempo”. Cuando había que atacar, cargaba las armas y resistía; cuando no, fabricaba muñecos en el taller de sus hermanos. Armas y muñeco, todo mezclado. Resistir y vivir.

—En octubre de 1976 se dieron importantes caídas en lo que fueron las citas nacionales y, a partir de ahí, me desenganché de la estructura del pelotón y me quedé viviendo en casa; había perdido contacto con la estructura y ya no tenía enlace con la organización del barrio porque nos separábamos para no juntar dos estructuras.

En febrero de 1977, el antes y el después. Lo secuestraron, lo llevaron detenido al Regimiento 3 de La Tablada y lo torturaron. Pero logró escapar. El hecho es conocido y ya se mencionó, no hace falta decir mucho más. Beto tenía 23 años.

—Luego de escapar del Regimiento, llegué a Plaza Once y me senté en un bar a pensar: “Qué carajo puedo hacer”. Para mí, eso fue central porque me sirvió de mucho; lo primero que hice fue agarrar la guía y llamar a una vecina para que le advirtiera de esto a mi familia. Después empecé a pasar nota de los pro y los contra de esa situación: no podía usar el documento, no tenía trabajo, no podía volver a mi casa, no tenía ningún contacto con los compañeros, sólo quedaba esa convicción de no abandonar la calle, la militancia, de seguir luchando.

La advertencia llegó tarde o sirvió de poco, al día siguiente de la fuga, los militares fueron a su casa y detuvieron a sus hermanos; pocos días después los liberaron, la casa quedó siempre custodiada. Beto estaba solo. Su familia lo buscaba, los milicos también.

—Hay una anécdota muy linda de mi hermano. Él era amigo de un alférez que estaba en La Matanza y, de vez en cuando, iba a contarle sobre mi persecución y el otro, como era su amigo, le decía que iba a intentar averiguarle algo hasta que un día le dijo: “No vengas a verme nunca más, a tu hermano lo buscan tantos que si lo llegan a agarrar, creo que se pelean por ver quién lo despelleja primero”. Yo sabía que iba a ser así.

El responsable observa la documentación: “Capitán del Ejército. Apellido: Juan. Nombre: Alberto”. La cédula militar es auténtica, la historia que narra es espectacular –piensa–,

espectacular y, aún así, creíble, es un compañero. Hay que tener cautela, evaluar cada entrevista, corroborar los datos, hay que minimizar el riesgo –sigue meditando–, evitar los errores.

Beto ya tiene una capucha sobre la cabeza, dos compañeros lo guían en el recorrido hasta el auto; afuera corre una brisa fresca, siente el césped mojado y un escalofrío le atraviesa el cuerpo; el motor arranca y el ruido acaba con el parsimonioso silencio. Al cabo de un largo rato, no puede saber cuánto, llega a lo que será su casa por los próximos días. Él no reconoce la vivienda, puede estar en cualquier lugar. Después lo trasladan a una casa en Quilmes. Después a otra, entre tanto, siguen las entrevistas; vuelve a contar su escape, no hay contradicciones, el relato parece verdadero. Lo es.

Durante varias semanas, no tiene contacto con el mundo exterior; la investigación parece confirmar la historia. Ya falta poco. Beto no recuerda por cuántas casas pasó, y espera: “Ésta es la última”.

El hogar es humilde, el compañero de La Cañada que lo llevó –y lo visita salteado– le dice que “es gente que colabora con nosotros”. Beto vive sus días en un cuarto interno y oscuro; la habitación se reduce a muy pocas cosas: 3 ó 4 camas, un televisor en blanco y negro que está todo el día prendido y un ventiluz de vidrios sucios. Se acostumbra a todos menos a la oscuridad, de vez en cuando pide salir afuera para ver el sol. El resto del tiempo conversa, toma mate, mira despreocupadamente televisión; unos días come, otros no alcanza para llenar la olla.

Cuando la investigación termina, le dicen: “Estamos armando todo para sacarte del país, en Francia te esperan compañeros para brindar una conferencia de prensa contando sobre los centros clandestinos de detención”. Eso nunca sucede, el nivel de enfrentamientos y la caída diaria de compañeros lo impiden.

—Las investigaciones de la Organización eran necesarias para saber si había ocurrido así que logré escapar; esas cosas, como organización, las tenías que saber.

Beto asume con naturalidad, sin reproches. La idea recorre la entrevista, está siempre, es el faro que ordena los acontecimientos: La militancia es un deber, “sos lo que debés ser”.

—***Cómo fue asimilar el pasaje a esa vida itinerante de nuevas casas, nuevos compañeros.***

—Lo viví con mucha alegría. Fugarme de La Tablada marcó un antes y un después; los tipos que aparecían como los dueños de la muerte, podían fallar. Sentía que se podía estar, incluso en los enfrentamientos, no rehuía de ello. Estaba con muchas ganas, energía y convicción de qué era lo que quería para mi vida. Fue un momento de fortaleza muy grande, de un militante que se paró en

esa situación, ya no como el compañero de barrio, el compañero de la agrupación, sino que tenía otras cosas a las cuales aferrarme para luchar. A mí me constituyó en otra persona porque ahí también había una acción de victoria.

El 17 de octubre de 1977. La segunda victoria, la segunda muestra de coraje. El milagro. La misión parecía simple pero salió mal. Una medida de sabotaje, cruzar un auto incendiado en las vías del FFCC Roca; una guardia militar los detectó y se enfrentaron; su compañero, Enrique Horacio Sapag cayó, él logró escapar y refugiarse en la casa de una compañera en Florencio Varela. Afuera lo estaban buscando, ellos no sabían si la casa estaba marcada y decidieron irse. Una patrulla policial los cruzó, se produjo otro tiroteo, volvió a escaparse. Esa vez, quedó mal herido. Corrió con una bala en la recámara de la 9 mm y una pastilla de cianuro en el bolsillo de la campera.

Beto siempre decía: “Si me tengo que morir, que sea con mucho sol”. Sin embargo, ese día estaba corriendo bajo un sol impresionante y pensaba: “Todavía no. Todavía no”. Perdió a sus perseguidores pero le costaba mantenerse en pie, se arrastraba. De a ratos, se le nublabla la vista y sacudía la cabeza para despabilarse, para resistir. Golpeó una puerta y lo atendió una mujer pequeña, de ojos celestes y permanente bien cuidada; le explicó como pudo la situación: era montonero, estaba malherido y lo perseguían. Ella buscó a su marido, un tano de cuerpo macizo que lo cargó en su auto; el Fiat 600 carreteó, sintió el trajín, las suspensiones estaban algo jodidas. El cerco militar esperaba encontrarse con un guerrillero; Beto se encogió en el asiento del acompañante, se esforzó por no llamar la atención y el auto pasó, burló el operativo de seguridad.

—Estoy vivo porque muchos otros me dieron una mano. El tano sabía que, si nos atrapaban, no la iba a sacar gratis; lo iban a cocer a tiros como a mí.

Beto apareció en su casa, sin poder caminar, lleno de tiros. Él sabía que su “familia siempre estaría a la altura de las circunstancias”. Sus hermanas se dividieron en dos grupos, unas buscando un médico y las otras rastreando algún contacto de la Organización; su mamá lo cargó en un taxi y lo llevó a la pensión donde vivía.

Madre e hijo solos en un cuarto de pensión, esperaban un médico o un milagro; no contaban las horas, porque sabían que cada minuto que pasaba era un mal presagio. Él resistía, ella intentaba alargar en vano cualquier conversación intrascendente; la escena era trágica, una teatralización poco convincente.

Ninguno de los dos hablaba de lo único que importaba. Beto pidió un tacho y orinó sangre. La madre comprendió que la situación era insostenible, sabía que algo tenía que hacer y se fue a la verdulería; cuando volvió cocinó en silencio una compota de vegetales para su hijo que se estaba muriendo. Después, llegaron unos compañeros estudiantes de medicina que formaban parte de la estructura de sanidad de Montoneros. Carlos Caris y Nora Larrubia le salvaron la vida.

Cuando los militares descubrieron que el herido era Víctor Hugo Díaz ya era demasiado tarde. Lo fueron a buscar a la pensión y no lo encontraron; sus hermanas estuvieron detenidas un tiempo en La Cacha y, a medida que las liberaron, se fueron primero al interior, Luego a Brasil. Beto volvió a reencontrarse con su mamá cinco años después, en México; esa vez, no hubo compota de vegetales. No hacía falta.

La vida ante todo

—No había una unidad de conceptos, de concepción, para enfrentar al golpe; se lo enfrentó en soledad y es la soledad de los sectores populares porque, cuando Montoneros pasó a la clandestinidad, era todo el campo popular el que se estaba replegando. Era la Organización y también los obreros; había mucha soledad y sólo quedaba poner el cuerpo, “o salís a resistir o no resistís”. Pero el nivel de represión fue impresionante y era difícil armar las defensas en medio del terror, de la muerte. El terror inmoviliza a mucha gente, nadie es boludo; si vos estás viendo que se están matando afuera, no sé si abris la puerta.

—*Aprovechamos ese concepto sobre la soledad de los sectores populares, ¿de qué manera se replicaba en ustedes?*

—Eso lo asumíamos. Si caminabas por la calle y alguien te sonreía, vos pensabas “este es un montonero de acá a la China”, y si alguien te sonreía y te abría a la puerta, sumalo a tu vida. Es verdad, esas cosas no pasaban todo el tiempo, porque el terror estaba operando: el miedo por la familia, el miedo a decir muchas veces “no se puede” —respira, busca alguna anécdota, un comentario—: una vez fui a visitar a un compañero, ya grande, con el que habíamos militado en el Partido Peronista Auténtico y, en la época del golpe, no me creía las cosas que le contaba; se sabía muy poco, era muy difícil romper el silencio.

Beto conversa, discute términos, repasa fechas; trata de disimular sus sensaciones, las impresiones y su rostro de hombre duro aparece imperturbable. Sin embargo, ahora, cuando se recuerda joven, irreverente, soñador, algo cambia, se ilumina: “Si vos me preguntás qué era lo que queríamos y, la verdad, qué sé yo, quién te puede dar una respuesta. Yo siempre lo explicó así: es como cuando la casa se te llena de humedad y vos sentís la necesidad de abrir todas las ventanas para que entre el sol. Lo que queríamos era eso, que entre el sol, mirar al compañero a los ojos”.

Después de los enfrentamientos, Beto pasó a ser responsable de dos jóvenes que estaban buscando un enganche: él, el pibe, se había quedado solo –su compañera se había alejado de la Organización llevándose a su hijo–; ella, vivía en Solano y no conocía a Víctor pero sabía de sus acciones. Cuando el pibe murió en un enfrentamiento, ella y Beto quedaron solos.

—Luego de la caída, nos fuimos a otro departamento de la Organización; después, no tuvimos adónde ir y volvimos a la casa que compartíamos con ese compañero. Dormíamos vestidos, porque no sabíamos las condiciones de la casa. Me acuerdo que le agarraba la mano muy fuerte y dormíamos abrazados, porque yo pensaba que si estábamos así, nada podía pasar. Tenía la convicción de que estos tipos no nos podían vencer.

Quizá el amor nació del miedo, quizá no. La escena no permite agregar mucho más. El amor es una ventana de una casa humilde, se resquebraja, chilla cada vez que se abre, pero deja pasar al sol. Al fin y al cabo, tenían 23 años, eran jóvenes y querían vivir. Vivían como los dejaban y no como querían. Una vez más, Beto lo asume, se acostumbró a fugar hacia adelante: “La vida de un militante en la clandestinidad, uno la asume en función de un proyecto político, uno forma su familia en ese contexto”. Nuevamente, “sos lo que debés ser”. Sin reproches. La vida continúa siempre hacia adelante.

—Éramos novios, pareja, compañeros, todo al mismo tiempo porque uno, en ese contexto, tenía una vida muy acelerada y no sabía si mañana iba a estar. Con ella, alguna vez, fuimos al cine de Quilmes pero nunca nos pudimos sentar a tomar un café o ir a cenar; me acuerdo que comprábamos la pizza y la íbamos a comer al departamento. Había que evitar todo tipo de exposición; lo mismo hice con mi casa porque, desde el día que me fui, nunca más volví. Por ahí, había otros compañeros que volvían, por ejemplo, cuando la vieja cumplía años; en mi caso no, nunca más volví.

La Organización no los podía contener, Beto y su mujer perdieron el contacto, estaban asentados en Quilmes y sobrevivían con lo que podían. “Aunque ganaba muy poco, siempre me alcanzaba para llevarle un chocolate grande –a ella le gusta mucho el chocolate- y lo celebrábamos como si fuese una fiesta”.

Unos meses después, ella entró a trabajar en Fabril Financiera con un documento falso, hecho por Montoneros; en ese tiempo, las fábricas mandaban policías de civil al barrio para averiguar qué gente era. Beto suspira y contorna su cara en una mueca pícara, alegre, para terminar la anécdota: “Vinieron algunos vecinos a contarnos, ‘no se preocupen, les dijimos que eran unos muchachos hermosos, una pareja increíble’”.

—Los domingos que estábamos juntos hacíamos un asadito y hablábamos con todos, íbamos a la sociedad de fomento; una vida como cualquier tipo y los vecinos nos querían. A principios de 1979 salimos y volvimos con la contraofensiva; nosotros grabábamos las consignas en nuestra casillita de

madera y poníamos los colchones parados para aislar la habitación, después nos dimos cuenta que en el barrio escuchaban todo. Mi mujer diciendo: “Atención, atención, transmite Radio Liberación. La voz de Montoneros”, pero compartíamos todas las cosas. Un día nos levantamos con el ruido de un ternero cerca de la ventana, salimos y un vecino nos pidió si lo podía dejar ahí, aprovechando que teníamos mucho terreno en el fondo. Y, por supuesto, sin problemas. Esa vida fue bastante normal.

Beto recupera aquel momento, piensa, algo lo entretiene; su mujer volvió en la contraofensiva con un embarazo muy avanzado y él recuerda, siempre, una imagen: tiene una panza pronunciada, falta poco y, encima, hay otras obligaciones; ella busca interferir la televisión, se esfuerza por manejar sin torpeza su cuerpo que está creciendo, quiere disimular todo lo que sea posible. La pareja había decidido no privarse de la posibilidad de tener hijos, sin embargo, ellos aparecen muy poco en la historia, forman parte de otro tiempo, de otra vida. La contraofensiva fracasó, ellos salieron del país y recalaron en México.

Le llevo muchos meses restablecer contacto con su familia; recién en 1982 su mamá pudo viajar al D.F., madre e hijo volvieron a abrazarse después de cinco años. Compartieron varios días en México, aunque Beto no recuerda demasiado. Tras la derrota de Malvinas y en plena retirada militar, organizó la vuelta definitiva al país. Antes pasó por Brasil para encontrarse con sus hermanos y su abuela.

Desde México hasta Brasil, después el recorrido del aeropuerto hasta la casa; imagina el reencuentro, no puede pensar en otra cosa, busca en su memoria la cara de todos ellos; se siente extraño, impaciente, nervioso, casi un niño. Toca el timbre y se da cuenta que está temblando, espera la respuesta.

—Sí, señor, ¿a quién busca? —pregunta una viejita, algo encorvada por los años, con voz fatigosa. Beto tarda en recomponerse, piensa: “Pasaron los años para ella. También para mí”, y siente que envejeció de golpe.

—Soy yo, Víctor, tu nieto —suelta en un hilo de voz fraternal que se apaga rápidamente entre el llanto y los gritos de alegría de su abuela, de él y de los hermanos y hermanas que llegan corriendo desde el interior de la casa.

“Nosotros vivimos siempre juntos y no me reconoció”, Beto entiende por fin que su abuela ya no es la misma. Tampoco él. Nadie vuelve a ser el mismo.

—En algún momento, llegaste a sentirte lejos de ellos

—No, creo que no. Es un poco como dice Walsh, siempre está en la memoria, en el recuerdo; uno vive en eso, no podés estar cerca pero los tenés presente siempre.

La reconstrucción y el tren de la historia

Durante la entrevista, Beto habla de Walsh y el peronismo, cita conceptos de Marx y Mao. Hace poco se recibió de sociólogo, la ciencia y la militancia todo junto. También ocupa un cargo en la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires; de alguna manera, la vida de él siguió su curso esperado.

—Cuando se habla de la continuidad y heterogeneidad del peronismo, esos militantes de Trelew eran tipos de clases acomodadas y serán los que después llegan al barrio con nosotros, que éramos muy humildes; esa formación entre ellos que venían con toda su formación académica y nosotros que sólo teníamos carencias. Creo que, en ese gesto solidario se produjo un hecho cultural muy grande. Hubo ahí un germen de continuidad histórica, porque nosotros nos sentíamos peronistas; en nuestras casas, habíamos escuchado hablar, en especial por mi vieja y mis tíos, esta cosa de “lo que el peronismo le dio a la gente”, el valor y el significado de esa entrega.

Beto vuelve a recordar esa historia que le contaban de chiquito; todos corren el tren, Perón y Evita reparten juguetes; él nació con esa sensibilidad que trasciende su época, que fue tan denostada y persiste: “Esas cosas nos quedan del peronismo. A mí todavía me emociona esa liturgia de la sidra y el pan dulce; la forma de decirle ‘yo estoy acá, estamos en la misma’, es la continuidad de una filiación fraternal”.

—A veces reflexiono y me veo, en 1978 —después de las muchísimas caídas que habíamos tenido—, caminando con tres parejas por Solano, las únicas que habíamos quedado, y nosotros con esa convicción de tener que hacer tal cosa porque íbamos a ganar, o sea, ¿dónde anclaba esa convicción? Porque, si uno mira el cuadro de situación de 1976, Argentina era el último eslabón que faltaba para cerrar todo este engranaje dictatorial en América Latina. Me pregunto, ¿nosotros lo veíamos? Posiblemente no, no como militante político; no podíamos ver ese tipo de cosas. Y, en ese contexto, ¿qué dice uno como militante político?: ¿Debido a que la relación de fuerzas no da, me

voy a mi casa? Sería eso, o uno toma el camino de Facón Grande, que sabía que lo iban a matar, y seguía. En definitiva, creo que es este derrotero de las clases populares; tenés todo en contra, sin embargo, sabés que esto es lo que tenés que hacer. En última instancia, creo que uno se sana —o termina de sanar— cuando siente que hizo lo que quiso hacer. Si lo pudo hacer, es otra cosa.

—*¿Qué cambió desde entonces?*

—Hay una cuestión que ellos siempre me decían en la mesa de tortura: “Mirá, pibe, vos ya perdiste. Yo te puedo torturar, te puedo dejar de torturar, te puedo dejar con vida un día, dos días o lo que se me antoje, pero vos, pibe, perdiste”. Ahora le dijo a mi abogado, Pablo Llonto, que sólo quiero estar frente a ellos para decirles: “Miren, perdieron ustedes. Después de mucho tiempo, ustedes perdieron”.

Beto cree en la continuidad de las luchas populares:

—Walsh decía que las clases dominantes buscan siempre cortar la herencia, sin embargo las luchas populares persisten, se renuevan: el *tren de la historia*. No estaremos nosotros, se subirán otros y ese tren seguirá. Por eso a mí me hace mucho ruido la palabra derrota, porque las clases populares tienen ese derrotero de desaparecer por momentos para volver a emerger.

Epílogo

Lo que sigue a continuación es la confesión de Beto a un amigo. Es difícil, casi imposible, agregar algo más:

Miguel Ángel Cordero, de La Cañada, fue el compañero con el que estuve los primeros diez días después de escapar de La Tablada; un tipo de barrio, muy humilde, fue el que más me marcó.

Yo pasé a ser su responsable. Él tenía como función, en ese grupo de pelotón de combate, cuidarnos las espaldas con el fusil; cuando lo tenía a Julián detrás, sabía que no iban a pasar...

Mi hijo se llama Julián.

En otro lugar nos encontraremos. ¿Qué le diría? No sé, pensar en ellos me da mucha alegría, muchísima alegría, y uno tiene esa vaga ilusión de que ya nos vamos a ver, de que es sólo una cuestión de tiempo, reencontrarnos caminando esas calles de barrios populares que recorrimos juntos. Esa es nuestra identidad, nuestra amistad, ahí se forjó. Me acuerdo mucho de Julián, en esos días tan duros, que siempre me invitaba a pasar por esas casas de La Cañada a tomar mate, en esos mates de chapa –ahí la gente no tiene para comer y toma mate todo el día–. Le diría: “Loco, valió la pena”.

Las formas del martirio

La historia de Rubén Dri

Prólogo

La noche anterior habían decidido quiénes se encargarían de llevar el féretro. Ahora, esos cuatro hombres fornidos cargan el modesto ataúd; sobre la tapa descansa una cruz de bronce impecablemente pulida y dos o tres ramos de flores. Ninguna corona. Una columna negra y silenciosa acompaña a los deudos.

La procesión avanza lentamente, los más viejos están cansados y el resto aminora la marcha para no dejarlos atrás. De vez en cuando, se levanta una brisa de aire cálido y un torbellino de tierra se cuele entre los vestidos y trajes de luto; los hombres sacuden los brazos como intentando espantar el polvo y los siete chicos del pueblo, que van cerrando la columna, saltan esperando atajar algo de esa nubecita gris que se dispersa en el cielo. Alguna madre gringa los reta y agachan la cabeza; se miran por el rabillo del ojo. Para ellos es un paseo más. Hace mucho tiempo que no van al cementerio.

Cuando alguien se muere en esos pueblitos perdidos del interior, la rutina se quiebra y, por uno o dos días, todos se abocan a despedir al muerto. En ese momento, es la única obligación. Incluso, los perros acompañan la caravana de dolientes; no ladran, ni corren, respetan ese ambiente negro y silencioso. Todo el pueblo está presente, sólo falta un hombre y ese hombre nunca va a llegar. Eso tiene que ser así.

En la entrada del cementerio hay dos tipos que esperan la ceremonia, quieren aparentar ser lo que no son, pero es un esfuerzo pueril. La mujer gringa, cuando pasa junto a ellos, los mira con algo de desprecio, de resignación, y suelta:

—En este país ya no nos dejan ni velar un muerto.

Los perseguidores sienten culpa, saben que esa intromisión es una impostura y que no sirve de nada; saben, también, que ese hombre no va a asistir al entierro de su padre.

Tuvimos muchos momentos de dolor, de desgarramiento interno.

Me siento un afortunado por estar vivo.

*Uno termina de tomar verdadera dimensión de eso
cuando ve la cantidad de compañeros que ya no están.*

Había una vez un paraje que se llamaba Federación. En 1979 el lago que formó la represa de Salto Grande terminó inundando el pueblo y todos los que vivieron allí son, desde entonces, una especie de desterrados. Rubén Dri es un desterrado; el lugar donde nació, en 1929, ya no existe. Y otras muchas cosas que Rubén quiso tampoco existen. Esa es la historia que queremos contar y empieza donde tiene que empezar:

—Federación era un pueblito muy chiquito; hoy es un lugar turístico y está muy hermosa, pero ya no es mi Federación. Federación quedó bajo el agua. También ésta es otra parte de la historia trágica. Mis raíces están bajo el agua.

Rubén todavía viaja a Entre Ríos y pasa horas esperando que baje el lago para volver a ver los cimientos de su primera casa. El desterrado vive, de muchas maneras, en la melancolía de su tierra; se arrastra entre los recuerdos y las imágenes para reencontrarse y se afirma desde esa memoria para explicar lo que fue, lo que sigue siendo.

—Soy de una familia campesina pobre, que siempre atendió a las necesidades de los más pobres que nosotros. Ese sentido popular lo tuve de mi familia, desde la infancia y me marcó toda la vida.

—*Vos decís que fue una suerte haber nacido en una familia pobre.*

—Lo destaque constantemente y operó de muchas formas. Por ejemplo, en ningún momento pensé en hacer una carrera eclesiástica porque lo sentía como algo muy contrario a mi historia. Viví contradicciones muy fuertes; podría haber tenido una carrera política en determinado momento, intelectual en otro momento, eclesiástica en otro momento. No me interesó, las deseché, eso tuvo que ver con mi origen. Tengo un horizonte del que, en cierto modo, nunca me aparté. Es un compromiso que está abajo, no arriba.

—*¿Cómo llegaste a la congregación salesiana?*

—Los salesianos me cazaron; ellos recorrían mucho Entre Ríos, las colonias alemanas, italianas muy católicas y, además, de familias con muchos hijos. Ellos hacían el retiro espiritual en la parroquia y ahí cazaban posibles miembros de su orden.

En un pueblito como Federación, su destino era ser campesino. Él lo sabe, por eso reconoce que haber sido “cazado” por los salesianos le permitió desarrollarse de otra manera, “tampoco es la vida recomendable, había deficiencias muy grandes; estaba muy alejado de las relaciones humanas. Cada dos años, podía ver a mi familia por 15 días”.

Desde los 10 ú 11 años Rubén transitó el camino de su formación religiosa en las casas y universidades salesianas. Dos décadas después, justo antes de ordenarse sacerdote, se salió de la congregación.

—Yo me formé con los salesianos pero no acepté ordenarme con ellos, porque sentía que se me estrechaba mucho la vida. Quería otros horizontes, no tenía muy claro cuáles eran esos otros horizontes; sabía que tenía que abrirme mucho más a la sociedad, trabajar en conjunto con el pueblo.

El joven Dri se insertó en Resistencia, Chaco; alejado de la congregación que lo formó, se ordenó sacerdote e hizo su “experiencia de vida”. Hay dos fenómenos que permiten entender esa ruptura: el papado de Juan XXIII y el Peronismo.

—Por suerte, la apertura con el Concilio Vaticano II me permitió desarrollarme en otros ámbitos y, en la medida que iba tomando más contacto con el pueblo, sin las estructuras eclesíásticas, fue cuando se profundizó mi compromiso social y político. Reencontré también mi raíz peronista; mi familia era peronista de entrada, en especial mi viejo, quien funcionaba como referencia política. En ese reencuentro con el pueblo, fui reformulando el peronismo, el cristianismo, la teología.

Algunos años después, la segunda ruptura, la segunda huída hacia adelante: “Transformé mi concepción en un compromiso muy concreto; cuando estalló el Cordobazo, no acepté en ningún momento quedarme en la universidad, ni terminar mi tesis de doctorado en La Sorbona, porque sentía que mi compromiso estaba acá; tenía que estar metido en el proceso revolucionario”.

Es la navidad del 73. Los preparativos para la celebración son arduos y Rubén no recuerda cuántos días hace que no duerme bien. Es una capilla modesta, montada en una casa común emplazada en la esquina de dos calles de tierra sin nombre; no importa, todo el barrio sabe dónde está. Tampoco es muy difícil de encontrar, una cruz de cemento grueso descansa sobre un rincón de la fachada. Una vecina algo gorda y torpe de movimientos es la primera en llegar; no debe tener más de 50 años y espera en la puerta la llegada de su hija y el yerno. Ella enviudó hace algunos meses y no para de pensar que su marido ya no está para ver el bautismo de su primer nieto.

Una hora después, los largos bancos de madera están llenos y rechinan cada vez que alguien se acomoda como si fuesen a quebrarse en ese mismo instante. Tres familias hacen fila frente a la improvisada fuente. Los padres se agachan con el bebé entre los brazos y Rubén, histriónico, toma la pequeña cabeza rosada que se contrae en un llanto cuando siente caer el agua sobre su frente.

Todas las aberturas de la casa están abiertas de par en par; una corriente de aire fresco hace más soportable el calor. Sin embargo, los chicos ya están agotados y se desarman la corbata que, prolijamente, las madres les han anudado para recibir la comunión. Ahora suena música nupcial

desde un órgano eléctrico y dos matrimonios ingresan por la puerta principal; cuando termina la ceremonia, los suegros piden permiso para ausentarse de la misa de gallo y empezar a prender el fuego.

El patio de la casa se convierte en algo parecido a una kermesse. Los más jóvenes forman la ronda que hace las veces de pista de baile, todavía la grasa caliente de los chorizos gotea sobre las brasas y despierta un sabor picante que corta el aire. Bautismo, comunión, casamiento, navidad; en ese momento, cada vecino del barrio festeja algo propio y algo ajeno y se funden en una única celebración.

“Todo junto. Todos juntos. Fue la cosa más linda de mi etapa político-sacerdotal”.

—¿Qué encontraste en esa nueva vida?

—En una congregación religiosa, todas tus relaciones –hacia el interior o hacia afuera– son relaciones formales, no tenés relaciones humanas. Yo rompí ese encierro, comencé a vivir relaciones humanas con compañeros y compañeras, fue mi primera apertura a la mujer. La relación con los sectores universitarios, con los sectores populares, sentí libertad para desarrollar mis potencialidades intelectuales, socio-políticas y, fundamentalmente, humanas.

—En esa nueva humanidad, ¿cómo fue la experiencia en las parroquias asentadas en las barriadas, donde las capillas tienen un fin que trasciende lo eclesial-religioso?

—Sí, claro. Mi vocación, mi trabajo eclesial, me mantenía en el barrio; iba a visitar a las familias, veía los problemas que tenían, si los chicos iban a la escuela o no. Esa relación se potenció mucho más cuando empezamos a trabajar desde el peronismo de base, ya por fuera de la actividad eclesial. Había muchas necesidades, eran barrios muy pobres. El último lugar donde estuve, la villa Mariano Moreno, no tenía calles, luz, agua; en ese espacio todo estaba por hacerse y ahí pudimos levantar una escuelita. Hicimos el rancho, pusimos una maestra –que era mi hermana–, para que los pibes pudieran ir a la escuela; llevábamos mercadería para paliar el hambre; armamos la comisión vecinal de base; organizábamos la visita de sanidad del médico. Y todo lo hacíamos con la gente.

Los curas tercermundistas predicaron la opción por los pobres por toda Latinoamérica, pisaron el barro de las villas miserias y los barrios clasistas. Rubén estaba lejos del epicentro político-histórico del país, sabía que las referencias de la movilización eran Buenos Aires y Córdoba; sin embargo, estaba convencido de que la lucha debía darse en todos lados.

—Ese pueblo chaqueño con el que ustedes trabajaban, ¿también se sentía protagonista del momento histórico, de la posibilidad o los sueños de revolución?

—Nunca se puede decir que todos lo sentían igual, pero en las barriadas, donde nosotros hacíamos las convocatorias, lo vivíamos con intensidad. A veces, más desde nosotros que desde ellos.

El exilio interior

Para el año 1974 ya había madurado la idea de abandonar las estructuras eclesíásticas; la persecución y la necesidad del exilio interior terminaron de definir ese inevitable final: “No me planteé ser clandestino, sencillamente un día tuve que —y pude— salir disparando, pensando que iba a volver a los 15 días y recién pude volver 10 años después”.

—¿Cómo fue la huida de Resistencia?

—Era agosto del 74, habíamos cerrado el Colegio Superior Universitario y estaba viviendo en una casa que comencé a alquilar con la idea de poder comprarla. Primero, recibí la noticia de compañeros del peronismo de base que estaban cayendo y, a la noche, mi hermana fue a buscarme para contarme que había ejército por todas partes, que se habían apostado en el barrio donde nosotros teníamos las armas de las FAP.

Había que irse, comenzar otra peregrinación: la clandestinidad. “Peregrinación”, una concepción tan propia del cristianismo, como martirio, del latín *martyrium*: muerte o tormentos padecidos por causa de la religión cristiana. Rubén encontró en la clandestinidad otra forma de asumir la muerte por la fe, por la fe en la revolución; otra forma del martirio. Militancia y religión talladas en la misma madera, por las mismas manos. “Yo no quiero ser mártir, pero no puedo negar parte de esa historia”.

La hermana le avisa que acaban de caer los compañeros de las FAP; a pesar del anuncio, él sigue en el Chaco. Los que lo conocen se imaginan que está preso y perdió o que ya está lejos, que se salvó. Se equivocan.

La tarde siguiente a las detenciones, Rubén va a la universidad. En una pizarra de corcho, la coordinadora de estudiantes había pegado una lista de presos donde incluían su nombre; se queja, insinúa una protesta, una justificación: él está libre. No entiende o no quiere entender que, si se queda, las cosas sólo pueden empeorar.

Con total inconsciencia, vuelve a su casa; se siente seguro, se mudó hace poco y, por prevención, la cerró para los compañeros. Nadie podía encontrarlo. Al día siguiente, va con su hermana a consultar al abogado para saber qué se podía hacer por los detenidos. El diálogo es corto, ni siquiera es diálogo:

—Rajá, Rubén, rajá que te están buscando.

Cuando sale del estudio se acerca a un canillita y compra el diario; pasa un tiempo hasta que comprende que él y el hombre de la portada son la misma persona. En la imagen está sobreimpreso el siguiente título: “El cura Dri es buscado. Estaría prófugo”. Por primera vez siente que está jugado, se convence de que no tiene alternativa. Le pide a su hermana que le saque el primer pasaje disponible al lugar que sea.

Rubén va hasta su casa, agarra una muda de ropa y arriba a la terminal un minuto antes de que el colectivo parta con destino a Reconquista. De ahí a Santa Fe, de Santa Fe a Buenos Aires.

En Capital, la persecución y la represión de la Triple A habían obligado al repliegue de los movimientos de base y Rubén se encontró con una organización absorbida por la militarización. “En las FAP propuse mi separación; sin la posibilidad de estar trabajando en los barrios, no encontraba mi lugar. Quedé desligado y comencé a buscar nuevos horizontes pensando, incluso, en volver a Resistencia”.

Esa idea sólo tuvo sustento en su imaginación, la realidad impuso otras condiciones. Otra vez, la voz cruda de su abogado, el mensaje llano, sin rodeos: “Si volvés, sos boleta. Hacé tu vida allá”.

—Eso me obligó a repensar todo. Profundicé mi relación con Jorge Di Pasquale, quien pertenecía al movimiento y a las FAP, y juntos nos habíamos desligado de la Organización porque sentíamos que, desde el peronismo de base, no habíamos logrado elaborar un proyecto nacional alternativo con construcción de poder, entonces, teníamos que buscar otra cosa. Y, por otro lado, me conecté con el Mayor Alberte, con quien empecé a buscar trabajo.

Rubén también se reencontró con tres compañeras montoneras que habían quedado desenganchadas y tenían que salir a parar la olla. Con ellas puso en circulación un aparato de conjugación de verbos en inglés, no era mucho pero ayudaba; “lo llevábamos a los kioscos; cada fin de semana nos repartíamos los barrios y pasábamos a ver cómo había andado la venta”. Después, empezó a dar clases particulares; el anuncio decía: *Juan Rufino – Francés, Historia, Lengua y literatura*: “El nombre era falso... en realidad, no. Era el otro apellido por el que no me conocían”.

—Comenzaron a llegar varios chicos. Un día apareció una mujer grande, casada con un importante empresario, que tenía que hacer el secundario y quería que fuera el docente particular de todas las materias. Pensé que con eso solucionaba el problema económico. En la segunda clase, me invitó a una fiesta y me comentó que estaban invitados el general tal y el general tanto; me excusé y no volví más.

La sombra del enemigo aparecía otra vez, era imposible esquivarla. Más difícil que esquivar el viento, decían en Federación. Finalmente, algo de estabilidad: el Mayor Alberte le consiguió trabajo en un frigorífico en Mataderos, *La Foresta*. Pasó allí dos años, hasta el momento del exilio. “La clandestinidad, el frigorífico, lejos de Resistencia, de Federación, de mi familia, de mi padre al que no puedo ni siquiera velar”, todavía se pregunta:

—¿Cómo puede ser eso? —y se responde—: En ese contexto y sólo en ese contexto se explica.

Los límites y la necesidad de reinventar la militancia

Con Alberte y Di Pasquale crearon el Movimiento 26 de Julio, “había que trabajar en una alternativa política a la lucha armada, que ya se veía no tenía sentido y estaba siendo derrotada y, además, estaba dejando a muchos compañeros en el aire”. El diagnóstico era exacto; el panorama, así de complicado; los caminos y posibilidades muy pocos; la realidad apremiante del clandestino es difícil de moldear.

—*En ese poco espacio que les quedaba durante la clandestinidad, ¿qué se podía hacer?*

—La verdad que no podíamos hacer demasiado, nos juntábamos entre amigos y discutíamos; con Alberte y Di Pasquale nos veíamos siempre y elaborábamos documentos, pero no nos podíamos exponer. Quedé muy desligado y hacíamos lo que podíamos por mantener contactos.

—*¿Volviste a sentir esa crisis de horizonte?*

—Yo lo vivo como parte de una historia muy vital que estaba viviendo el país; veía la desaparición de compañeros y, al mismo tiempo, reforzaba la idea de quedarme acá. No pensé en ningún momento que iba a dejar el país. Fueron dos años de clandestinidad donde se me cerraban las puertas y, sin embargo, creía que aquí tenía que estar. Hay un complejo de culpa también; estaban cayendo compañeros, ¿cómo ibas a abandonar el país? Aunque vos no pudieras hacer mayor cosa, casi nada.

La culpa y, otra vez, la idea del martirio; la procesión interna y el mundo que te escupe la calle. Afuera hay que sobrevivir y es cada vez más difícil.

La noche anterior se había quedado hasta tarde, muy tarde, redactando una nota para la revista Militancia; había prometido entregar el artículo para el próximo número. Sin embargo, esa mañana se despierta temprano -quizá, por esa costumbre de los seminarios-, baja a la calle, camina por Darregueyra hasta la Avenida Santa Fe, dobla a la derecha y enfila hacia el puesto de diarios y revistas que está en Plaza Italia.

El viento sur que cruza la avenida de forma perpendicular lo despabila un poco; él sigue pensando en el artículo, no mide sus pasos, ni mira alrededor, camina casi despreocupado como cualquier vecino que baja a las 8 de la mañana a comprar un diario.

—La Nación —pide, mientras rebusca en el bolsillo del sobretodo de gabardina un billete enrollado y maltrecho.

Deja la plata en el mostrador y vuelve a esconder la mano para entregarse al placer lúdico de hacer bolitas de pelusa, frotando circularmente el dedo pulgar sobre el índice. Está perdido en eso, cuando siente una presencia sobre su espalda que lo incomoda. Hay sentidos que sólo aparecen en situaciones extremas, piensa, y eso es un mal presagio.

Gira la cabeza y encuentra un rostro del pasado, se miran, Rubén intenta no parecer alterado, mete el diario debajo del brazo y sale caminando. Primero, no quiere voltear su mirada hacia atrás, sólo espera que el agente de la SIDE de Resistencia no lo haya reconocido; después, se da vuelta y no ve nada.

Cuando llega al edificio, ya sabe qué tiene que hacer, no se puede correr riesgos. Puede ser sólo una casualidad, puede que no. Agarra una muda de ropa y el artículo que está escribiendo para la revista Militancia, y se aleja. Recién vuelve al edificio de Darregueyra muchos meses después, cuando no tendrá hacia dónde escapar.

Rubén tiene una hija que lo adoptó como padre y, muchas veces, se refugiaba en su casa. Una noche, cuando estaba llegando, vio movimientos en la zona, operaciones; dobló la esquina y se encontró con la metra y el grito de advertencia: *No hay nada para ver, rajá.*

—No me daban las piernas para disparar; me metí en el subterráneo y a las pocas estaciones se paró, subo a tomar un taxi y el tipo me contó que “los milicos estaban por todos lados, que ya lo habían parado tres veces en la noche”. Eran las diez y no sabía adónde ir, así que volví a ese departamento, golpeé la puerta, toqué el timbre; el compañero se pegó un cagazo bárbaro pero yo no tenía otro lugar dónde ir. Él también estaba perseguido por la Triple A. Después cayó.

Al día siguiente, volvió al edificio de su hija, estaba a salvo; los milicos habían reventado un local que estaba en frente y se habían ido. “Yo circulaba de una casa a otra, porque no podía tener una dirección fija; también estaban las compañeras montoneras y teníamos otra casa en San Justo de una ex militante del peronismo de base, otra en Ramos Mejía”. Siempre sobre el pucho, según dicta el instinto de supervivencia.

—*En esa situación límite, también se genera una relación vital cuando vas a golpear una puerta para resguardarte.*

—Sí, es una relación especial, muy vital, muy fuerte. Incluso con mi hija; ella me dijo después que, con el tiempo, su hija le reprochó el peligro que corrían por abrirme las puertas. También recuerdo una pareja que me refugió en su casa y después fueron perseguidos, se tuvieron que exiliar, salieron hacia México y allá los recibí yo; cerramos el círculo de la supervivencia, son cosas muy fuertes.

El exilio y la reconstrucción

Rubén se encontró con un amigo que se vio sorprendido al verlo; creía que ya estaba afuera del país, que no había nada que hacer:

—Andáte —le dijo, y empezó a pasar revista de los compañeros que ya no estaban—, éste cayó, éste salió, éste también, aquél cayó, éste no está.

Comprendió que tenía que marcharse y que no tenía plata. Eduardo Duhalde lo buscaba, sabía que estaba clandestino y lo quería sumar al PROA (Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos). Rubén se enganchó, pero le contó que quería irse. Duhalde pensaba que era lo correcto, que desde México podría continuar la lucha.

—Había pedido una reunión con las FAP y el *negro* Raúl —Raymundo Villaflor, con quien yo tenía una gran amistad— me dio los dólares para exiliarme; en ese momento, me crucé con una compañera que también quería salir hacia Brasil porque la estaba esperando su compañero; me pidió la plata y me dejó la entrevista que ella tenía acordada con las FAP. Esa entrevista jamás se hizo y me quedé en la calle de vuelta.

—Te traicionó tu cristianismo —le replicó Eduardo, con tono irónico, cuando le contó la historia. Ambos se rieron, la situación era trágica y absurda.

Algunos días después inició su exilio. Duhalde le consiguió la plata y Rubén marchó hacia México con el compromiso de seguir unido al PROA.

—La salida la tuve que armar dos veces. La primera, la organicé con De Marchi pero él cayó y, como no podía saber si le habían sacado algo o no, volví a esconderme para preparar una segunda

jugada a través de Brasil. Fue todo un armado estratégico, tenía tres documentos y yo quería vivir afuera con mi nombre. Entré a Brasil con un nombre falso y corrí riesgos; cuando logré pasar el aeropuerto, me volví a sentir libre. Iba al exilio, salía del infierno.

El exilio es otro destierro. Los exiliados son desterrados como los hombres que vivieron en un pueblo o en un país que ya no existe. México no era la patria de Rubén. Él lo sabía. Dejar la Argentina no fue fácil, los que se iban vivían en la nostalgia de su tierra.

—Muchos se destruyeron en eso, a mí no me pasó, porque yo milité mucho con las comunidades mexicanas y era profesor en el Instituto Teológico de Estudios Superiores en la línea de la Teología de la Liberación y en la Universidad; tenía charlas con las organizaciones nicaragüenses y dicté seminarios en Estados Unidos para la población hispana. Es decir, tuve una actividad muy intensa.

Rubén salió con el compromiso de trabajar por el país, y lo hizo; denunció la violación de los derechos humanos, fundó el Centro de Estudios Políticos Ortega Peña donde recibió compañeros, pasó muchos de sus días entre las dos casas argentinas: la casa de la militancia y la casa de los intelectuales. Y, al mismo tiempo, quedó ligado a México.

Así se reconstruye el exiliado, aprende a vivir en el país que lo cobija, pero mira hacia el pasado, habla con su tierra, como dice Juan Gelman, nunca nadie se saca esa tierra de los pies del alma. El exilio es, también, otra forma del martirio.

—Llegó un momento, con la continuidad de la dictadura, en el que me propuse organizar mi vida en México; llevaba 8 años y hasta pensaba en la posibilidad de comprarme una casa. Por suerte, en ese momento se produjo la apertura y el triunfo de Alfonsín. Fijate, nosotros, todos peronistas, festejando en México el triunfo de Alfonsín; cómo lo celebramos, era la posibilidad de volver y no lo dudé en ningún momento.

La vuelta es el comienzo de otra historia. Una historia para volver a armar; el país que te recibe nunca es el mismo que dejaste. Rubén se encontró “con algo lindo”, la gente en la calle, la marca del alfonsinismo. Sin embargo, sabía que no era su gente. No eran los que habían sido.

—Nosotros hemos sido derrotados pero no creo que las luchas se pierdan completamente; hay valores de esa lucha que quedan. Es la historia de los pueblos, hay derrotas —quizás demasiadas— y también hay victorias.

—*¿Cómo fue reconstruir la memoria en ese país donde no estaban los compañeros de antes?*

—Hubo una gran fractura, pero hay maneras de salvar esa tragedia; si uno no tiene proyectos, si uno no puede recomponerse, esto es muy autodestructivo. No soy un hombre infeliz, mi vida tiene sentido.

—*A la distancia, ¿cómo se recuerdan esos momentos?*

—Son momentos fundamentales no sólo de nuestra vida, sino también de todo un proceso histórico; forman parte de la historia, de nuestra historia. No hay arrepentimientos, para todos fue una experiencia vital; se nos iba la vida, pero no podíamos hacer otra cosa. Es bastante difícil poder traducir esa experiencia.

Quizás sea eso. Quizás haya historias que no se pueden contar.

Epílogo

(A un amigo)

—Nos hemos peleado, pero vos tenés razón. Trabajemos juntos —, después cuelga. La voz grave y monocorde del otro lado del teléfono es de Huberto Cúberli.

Rubén tarda en reaccionar, no recuerda cuánto tiempo pasó del último contacto directo entre ellos; había sido en la Catedral de Resistencia, después de una misa, Cúberli lo acusó de desestructurarle la iglesia, de no respetar las formas eclesióásticas y él se fue arrojándole los ornamentos, acusándolo de cura de derecha y mandándolo a la mierda.

Luego del llamado se reencuentran, trabajan juntos en el barrio y comparten conversaciones, cervezas, angustias, sentimientos.

Huberto Cúberli muere en 1971 de un ataque al corazón. Rubén está seguro que muere, en gran parte, por el nivel de estrés con que vivían las contradicciones internas. “Huberto había sido un cura de derecha, dogmático, meticuloso, respetado por la ciudad y se transformó por completo”.

Diez años después, en México, Rubén puede llorar su muerte.

—Yo pensaba: “Por suerte, se murió para no tener que soportar todo lo que nos pasó”. Y el terapeuta me dice que no, que estaba pensando muy mal, que Huberto estaría acá reestructurando su vida, como lo estaba haciendo yo, como lo estábamos haciendo todos.

El cartógrafo en su laberinto

La historia de Gonzalo Chaves

Prólogo

Por la noche, cuando dejó la novela encima de la pila de libros, sobre la mesa de luz, debió haber golpeado la pantalla del velador que ahora luce torcida. Gonzalo se acerca al rincón y la acomoda: por más empeño que pone no deja de ser una campana gris.

Ya es de día, hace unos minutos el sol inundó la habitación. Es hora de ponerse a trabajar.

Toma el libro, el último que leyó. Más exacto sería hablar del libro que releyó. Vuelve las páginas hasta el fragmento subrayado:

El aprendizaje del ratero tiene esta ventaja: darle sangre fría a uno, que es lo más necesario para el oficio. Además, la práctica del peligro contribuye a formarnos hábitos de prudencia.

Últimamente relee a Arlt, a Gelman, a Szpunberg. Y piensa en lo innecesario de los soportes, sobre todo en lo vacío de los soportes de la poesía: no necesitan más que la sonoridad, el mito, la memoria. Pero él está escribiendo y necesita concentrarse. Cierra el libro y lo devuelve a su lugar.

La historia que está escribiendo, en papel –siempre en papel porque no hay como el sonido de la lapicera cuando raya la hoja–, es la de dos hermanos que se conocen de grandes, nacidos de madres distintas pero del mismo padre. Los hermanos se encuentran después de muchos años y conversan sobre él, un padre ya muerto. Reconstruyen esa figura según lo que creen que son recuerdos, también según lo inventan, es decir, según lo necesitan.

Gonzalo, algún día, va a ponerle punto final a su relato. Sin embargo, su historia, la historia que lleva en los huesos, no tiene final. Porque la historia de la reconstrucción no termina, nunca. Gonzalo escribe por placer, pero también escribe para comprender, para saber más de su historia y de la de su padre, Horacio.

No es una historia increíble ni una historia fantástica. Pero se la va a contar a otros para tratar de entenderla.

La clandestinidad requiere de disciplina.

Y un poco de suerte.

Si combinás las dos cosas, sobrevivís.

Chaves también escribe para espantar el silencio, para traer de regreso a su padre y para asumir la derrota, esa palabrita tan susurrada, tan despreciada, tan nuestra.

—Nosotros fuimos derrotados, la voz nuestra es la voz del derrotado. Aceptar la derrota es la posibilidad de construir otra historia.

Gonzalo no reniega de su condición, se sabe parte de una generación que fue derrotada; una generación detenida, torturada, desaparecida. Chaves no quiere cargar con el rol de víctima, hicieron lo que tuvieron que hacer. Tampoco reniega de eso:

—Hay un sacerdote brasileño, Frei Beto, teólogo de la liberación, que dice: no hay sociedad sin utopías; dice que no hay hombre que quepa en sí mismo, el hombre es él y su sueño. Es eso. El hombre sin sueños, ¿qué sería?

La pregunta que se hizo muchas otras veces, y que ahora retumba entre las mesas y el ruido del bar, nunca se respondió. No hace falta. Ese sueño —“sueño”, esa otra palabrita tan susurrada— tiene varios nombres: *Revolución, Libertad, Patria, Gonzalo, El viejo Chaves, el Peronismo*.

La historia de los Chaves es la historia del peronismo y es una historia de proscripción y resistencia: “No hay que tener un programa político para resistir, ni una ideología; tenés que defender lo tuyo. Después viene pensar. Eso en el peronismo es muy fuerte, de ser una identidad política devino en una cultura y eso es lo que lo hace poderoso”. Este fundamento, claro, lo entendió mucho tiempo después; tuvo que andar demasiado, vivir, perder, ganar, para comprenderlo. Y ahora recuerda, como si fuera de otra época, aquella primera vez en que se abrazó a la causa, en una gélida tarde de otoño, en una cárcel, lejos de su casa.

—Entraste por una puerta a la militancia... ibas a la cárcel a visitar a tu viejo y él te pedía que le hicieras “mandados”.

—Sí, por mandato paterno, no por convicción ideológica. Yo lo descubrí después de un tiempo.

—En ese momento no eras consciente de lo que estabas haciendo.

—No, era como un juego, como un favor. Era una obligación de hijo. Además era ser solidario con alguien que estaba preso; necesitaba algo y yo pasaba el mensaje, sin preguntar de qué se trataba. En casa había una cultura de la clandestinidad, porque nosotros no preguntábamos, sabíamos que no había que indagar.

El viejo Chaves estuvo en el ejército hasta 1948, cuando se retiró. Tenía 39 años. Nunca había militado, pero el 16 de junio de 1955 sintió el silbido atronador de los aviones surcando el aire de su patria, sintió que le debía respeto a Perón y su pueblo, sintió que la historia estaba golpeando las puertas y sabía que cualquier hombre de bien debía atender ese llamado. El día en que las Fuerzas Armadas concretaron el ignominioso ataque aéreo sobre su propia sociedad civil —una marca única en el mundo—, Horacio Chaves se presentó en el Regimiento 7 de La Plata y, al mando del

Teniente Coronel Ugolini, salieron a recuperar la base aeronaval de Punta Indio; cuando llegaron, los marinos ya se habían ido, pero la conspiración para derrocar al peronismo estaba en marcha y el atentado fue sólo una demostración de fuerza. Tres meses después, el Golpe de Estado. Otra vez, el Viejo Chaves se presentó en el Regimiento 7 y recuperaron la base naval de Río Santiago. Ya era demasiado tarde.

El derrocamiento fue el principio de otra historia, cambió la vida del país, del peronismo y del Viejo Chaves. También cambió la vida de Gonzalo.

—Él formó parte de la conspiración del 9 de junio del 56, donde comenzó como militar, no como militante político, porque eran en su mayoría suboficiales del ejército, algunos pocos de la marina, y otros pocos oficiales. Fue una revolución, como se dice, de los sargentos; la revolución fracasó y lo metieron en cana y ahí empezó nuestra familia a visitar las cárceles: los fines de semana, durante mucho tiempo, era ir a visitar a mi viejo.

De tanto contarle, Gonzalo recita de memoria ese periplo de visitas: “Olmos, Magdalena, Las Heras, Villa Devoto, Río Gallego, Rawson y Caseros”; también recuerda la pocas precisiones que le impartía su viejo: “Andá a verlo a tal, decile que sos mi hijo y dejale esto”; eso era todo o, por lo menos, todo lo que necesitaba saber para cumplir con su rol de hijo solidario.

—Me empecé a involucrar en eso del conocimiento de los hombres de la Resistencia, en sus proyectos, en sus sueños y, luego de muchos años, me di cuenta que era un mandato y lo asumí.

Gonzalo sabe que cualquier hombre de bien debe asumir el mandato que le toca: “Primero, se resiste, después se piensa”, se repite. Eso es así, no puede ser de otro modo. En 1962, comenzó a militar en la Juventud Peronista, después de su momento epifánico.

Caminaba por alguna calle del centro platense cuando escuchó el redoble pausado y atronador de bombos, el grito de algunas proclamas que no llegó a identificar; sintió la necesidad de asomarse a la avenida 7, dejar atrás las calles concurridas, los grises edificios públicos y encontrarse con ese fenómeno que se le representaba etéreo, incomprensible.

Una marcha de hombres y mujeres —muchos eran jóvenes— que alzaban las banderas del peronismo, celebraban el día de la lealtad hacia un líder que estaba en el exilio, de un movimiento que estaba proscripto. Una marcha que se había organizado espontáneamente, digamos, en la clandestinidad. Una marcha que sólo se podía construir desde la voluntad y la confianza. Ahora, Gonzalo nos confiesa que, en ese momento, se le puso la piel de gallina y se dijo: “Éste es el lugar donde tengo que estar”.

—Hasta ese entonces estudiaba en la Escuela Superior de Bellas Artes, un profesorado de dibujo que te habilitaba para enseñar en escuelas secundarias. Dejé eso y me puse a militar; entré a trabajar y durante seis años estuve en la Empresa Nacional de Teléfonos (Entel), era delegado en el campo sindical y políticamente militaba en la JP de La Plata, un espacio con mucha historia, que tenía otra generación anterior, nosotros no la fundamos... Diego Miranda, Haroldo Logiurato, Clemente Saavedra. Bueno, cuando empezamos a militar estaba diezmada la juventud, sus dirigentes presos, algunos exiliados en el interior del país y otros en el exterior. Y sobre esa base reconstruimos un grupo; al principio éramos pocos y a comienzo de los 70 éramos miles.

El campo de la militancia, sin embargo, los obligaba a reinventarse; de la resistencia a la organización armada.

—Decidimos armarnos de coraje porque, dijimos, “a Perón lo sacaron con las armas y las únicas posibilidades de volver que tiene es con las armas”. Ésa era la idea de la resistencia. La Juventud Peronista de La Plata asumió esa responsabilidad de armar la bronca para traer a Perón, que fue uno de los grandes logros de esa generación, marcada por la violencia y la lucha armada, sin embargo si tiene algo que la distingue es haber sido la generación que trajo a Perón.

“El peronismo, por fuera, es invencible, pero por dentro es débil”

—Algunos actores dicen que la lucha armada en la Argentina nació por influencia de Cuba o de las barricadas de París. No es así, todo nació del proceso genuino del peronismo. Incluso, viene de atrás, de la idea de que el pueblo tiene derecho a organizarse y pelear contra los tiranos, ¿no? Una idea primaria pero fuerte.

A fines de 1972 la Juventud Peronista de La Plata llamó a una asamblea y, por decisión de la mayoría, resolvió incorporarse a Montoneros. En esos años, la política de las armas era casi la única política, “nadie descartaba otras formas de lucha: sindical, barrial, electoral; aunque sabíamos que, en última instancia, las cosas se definían ahí”.

Para ese entonces, Gonzalo dejó de ser el “hijo del Viejo Chaves”; tenía su propia historia de resistencia, de victorias, de fracasos. La filiación paterna y la filiación política transitaban el mismo recorrido, en eso no hay dudas, lo aprendió de su padre: “primero, se resiste, después se piensa”.

—*Te mencionabas como “la generación que trajo a Perón” y Ezeiza se convirtió en una guerra intestina.*

—El 17 [de noviembre de 1972] nos organizamos con la Juventud Peronista y la FURN (Federación Universitaria para la Revolución Nacional) para ir a recibir a Perón; era una columna grande, en su mayoría jóvenes de todos lados. Los dirigentes políticos y sindicales encumbrados miraban para otro lado, no creían una gesta así de esa generación. En la vuelta definitiva, el 20 de

junio [de 1973], también nos reunimos para ir a Ezeiza y nos encontramos con una emboscada para impedir que el líder se conectara con su pueblo. Hubo más de un millón de personas, tardaron días en llegar y días en desconcentrarse. Y el primer cimbronazo que tuvimos fue el discurso de Perón, que responsabilizó a la juventud por los hechos de Ezeiza, hechos que en realidad fueron provocados por el poder que ya estaba conspirando.

La renuncia de Cámpora y el llamado a elecciones marcaron el repliegue de los sectores juveniles y más radicalizados; “nos echaron del gobierno de la provincia de Buenos Aires, los sacaron a todos los gobernadores que estaban con la Tendencia, en Córdoba, en Santa Cruz, en Mendoza, en Salta”.

—*¿Cómo vivieron el paso de la juventud maravillosa a los imberbes del movimiento?*

—El peronismo, por fuera, es invencible, pero por dentro es débil. Y nosotros no vimos la política, que nos estaban combatiendo por líneas interiores del propio Movimiento. No vimos que Perón se nos moría; nos faltó picardía. Entonces, nuestros enemigos internos y externos quisieron echarnos de la familia para que no heredemos —Gonzalo recordaba una frase de Perón, durante un discurso por el 25 de mayo—. “Están muriendo dirigentes sindicales y todavía no escarmientan”. Un exabrupto de aquellos, era como decir “vía libre para matar”, aunque no se tomó del todo así, fue una cosa confusa. Por lo menos nosotros, acá en La Plata, nos mantuvimos leales a Perón; no nos sentíamos ni fuera del peronismo ni tampoco odiábamos a Perón, sabíamos que era una lucha interna que era muy fuerte, que ya teníamos experiencia en eso y que teníamos que mantenernos firmes.

El 1º de julio de 1974, las corrientes internas del movimiento confluyeron y se mimetizaron en un mismo dolor. A pesar de las diferencias, Gonzalo confiesa que el día de la muerte de Perón “lloró como un perro” y agrega: “sabíamos que era una derrota. La sentíamos así, una derrota para el pueblo”.

—Nosotros tomamos una decisión que estuvo equivocada: el pase a la clandestinidad. Lo equivocado no fue el pase a la clandestinidad, lo equivocado fue la maniobra del repliegue. Era una decisión difícil. Hoy, decir que fue un error es fácil, es como hablar del partido el día lunes; en ese momento era difícil porque a nosotros nos perseguían en la calle para matarnos, nos tiroteaban los locales, teníamos que cerrar las unidades básicas porque nos ponían bombas. Nos replegamos sobre el aparato y fue una trampa, teníamos que habernos replegado sobre el Pueblo.

7 de agosto de 1974, la mañana es oscura, Fernando camina con las manos enterradas en los bolsillos de su perramus; ese día es el encargado de abrir el local de la Juventud Peronista, ubicado en calle 12, entre 45 y 46. El olor a pan caliente lo despabila y le recuerda que siente frío y ganas de seguir durmiendo. Cuando dobla por 45 y alza la vista, una imagen lo estremece, se suelta las manos del bolsillo y corre; frente al local, hay un cuerpo con la cabeza despedazada por un escopetazo

Gonzalo estaba buscando a su padre. Sabía que la noche anterior la Triple A lo había ido a buscar a su casa –también se llevaron a su hermano, Rolando–. Esa misma mañana lo llaman del juzgado y le avisan que Horacio Ireneo Chaves está muerto, lo habían rematado con un disparo de escopeta y lo arrojaron frente a un local de la Juventud Peronista.

Ha llovido toda la noche. Sin embargo, desde temprano, jóvenes militantes de distintas unidades básicas de la ciudad, oficiales de la conspiración de 1956, miembros de la vieja guardia de la resistencia peronista y familias enteras se acercan a rendirle homenaje a Horacio Chaves.

Los primeros voluntarios cargan el cajón y dirigen la marcha fúnebre hasta el cementerio, delante de todos camina Gonzalo metido en un gamulán negro. Durante largas horas, sólo se limitó a asentir con la cabeza saludos de unos, aceptar el abrazo de otros; en todo ese tiempo su compañera nunca le soltó el brazo.

Alguien que estuvo en el funeral cuenta: “Mirabas alrededor y era impresionante la cantidad de gente. Nosotros avanzábamos por las calles y se seguían sumando compañeros, no llegábamos a divisar dónde empezaba la columna ni dónde terminaba. Y todos te contaban una historia, todos tenían una historia con el Viejo Chaves”.

Gonzalo es el encargado de cerrar los discursos en el cementerio. Tiene que despedir a su padre, al pie de la tumba, tiene que parecer fuerte, estable, medir las palabras, estar a la altura de la multitud, del dolor, de las obligaciones.

—Los muertos no se lloran, se reemplazan —es la voz desgarrada de alguien que sabe que perdió a un militante y a un padre y que, sin embargo, no se permite un tiempo para la resignación. “Primero, se resiste, después se piensa”.

—Nosotros habíamos pensado la posibilidad de que mataran a alguien... pero una cosa era hablar y otra cosa fue verlo.

—*Ya eras resistente y eras clandestino, pero decís que después de la muerte de tu viejo pasaste de una situación a otra. ¿Qué fue lo que cambió?*

—Cambian muchas cosas. Vos sentís que las cosas van en serio, te volvéis más cauto, el miedo te acorrala, entonces peleás para transformar el miedo. El miedo te puede acorralar o volver más lúcido, el miedo te obliga.

Dos muertes: Perón y su padre; el dolor popular y el íntimo. El desamparo colectivo y el personal; en un mes Gonzalo pierde a sus dos referentes políticos y él tiene que seguir. Tiene que resistir.

—Después que lo mataron seguí viviendo en La Plata. No me quería ir, tenía mis afectos, mis amigos, mis lugares. Pero no aguanté mucho tiempo, porque la gente me tocaba por la calle; y los compañeros de mi viejo me decían “cuidá el apellido”. “Qué hijos de puta”, pensaba yo. Después entendí que lo hacían por amor, un gesto de cariño, de solidaridad.

El oficio del clandestino

Gonzalo, su compañera Amalia y sus dos hijos se fueron a vivir a la zona sur del Gran Buenos Aires, donde pasaron gran parte de su clandestinidad. Hay que cambiar de apellido, de nombres, de casas; es una tarea minuciosa, “casi de orfebre”. Y es una vida dura, muy dura: “vivís en una casa donde no podés llevar amigos, ni familia ni nada”.

—La clandestinidad requiere de disciplina. Y un poco de suerte. Si combinás las dos cosas, sobrevivís.

Las crónicas de la época evidencian que a mucha gente le faltó disciplina o suerte. Cuando llegó el golpe de Estado de 1976, las normas fueron aún más cerrada: evitar la pérvida rutina, ésa era una de las reglas. Claro, decirlo parece fácil. La situación era más compleja: “Tenés que estar todos los días inventando cosas nuevas. Era una batalla diaria, pero uno se podía organizar en la clandestinidad y pelear, vivir, ir al cine, mandar tus hijos a la escuela”. Gonzalo pone el énfasis en esto último, porque la escuela es rutina y “la rutina te lleva a perder”.

—¿Cómo mandás los chicos al colegio? Nosotros llegamos y teníamos que llevar a uno a tercero, a otro a cuarto... ¿y de dónde vienen éstos? Teníamos otro apellido y, por lo tanto, no teníamos antecedentes en otras escuelas, no teníamos boletines, nada. Y los chicos tenían que ir al colegio. Últimamente estuve pensando en eso: cómo en los peores momentos lo primero que resolvíamos era la escuela de los chicos. Era una forma de preservarse, continuarse.

—*Y tus hijos, ¿cómo lo interiorizaron?*

—Mis hijos fueron haciendo un proceso de a poco. Éramos una familia de militantes... sabían manejarse. Nosotros, en una época, usábamos un nombre en la casa y otro en la calle, y otro en la escuela, y los chicos manejaban los tres. Porque no podíamos dar el nombre con el que nos manejábamos en la escuela, aunque fuera un nombre falso; y tampoco podíamos, en la escuela, decir dónde vivíamos.

Ese día Mariana cumple 7 años. Es una hija clandestina y no deja de ser una niña de 7 años, nada más. Como todas las chicas y chicos de esa edad, espera ansiosa su cumpleaños. Mariana siempre fue una nena extrovertida, inquieta, simpática; sin embargo, en ese momento, frente a las velas que arden en el centro de la torta, parece ausente —quizá, triste—. Ella repite en su cabeza, una y otra vez, las palabras de sus padres: “acordate que no podés invitar a nadie a la casa. Decí que no vas a festejarlo”. De tanto recordarlo, se convenció de que eso tenía que ser así y, en última instancia, ella sabía ser una hija clandestina.

Gonzalo apura el paso de su auto; su mujer está impaciente, no quiere llegar tarde a recoger a Mariana. Saben que la situación es rara, que era el primer cumpleaños que no iba a poder festejar, se sienten en deuda, pero no pueden hacer demasiado.

—¿Qué pasó? —se apresuran a preguntarle, casi al mismo tiempo, hablando uno arriba del otro.

—Les dije a los chicos que vinieran... si era mi cumpleaños, qué iba a hacer —suelta Mariana, mientras se acomoda en el asiento trasero. De pronto, vuelve a iluminarse, a ser la misma nena extrovertida, inquieta y simpática de siempre.

—¡No! ¿cómo hiciste eso? —Gonzalo se preocupa por exagerar la exclamación. Aunque la preocupación es real.

—Mentira. Les conté que vivíamos con una tía, que era muy mala y no le gustaban los chicos —Mariana se ríe y recuerda algo que una vez escuchó: “Tenés que estar todos los días inventando cosas nuevas”.

—La lucha era del grupo familiar. El peronismo era así, no era que vos te arreglabas solo. En la historia de la represión hay cuatro o cinco familias que fueron aniquiladas, todos: primos,

sobrinos... era un mundo. Me parece que también esa es la fuerza; hay algo ancestral, de vínculos muy fuertes, políticos y familiares.

La clandestinidad tenía una regla que le daba forma a todas las demás, era una regla operativa y pragmática:

—Practicábamos una clandestinidad abierta, es decir, la mejor forma de ser clandestino es vivir como todo el mundo: en un barrio, tener un trabajo. Yo tuve varios oficios, uno de ellos fue pintar letras, con eso me defendí. Porque es un empleo personal, que a cualquier lado que vayas tenés trabajo. Y te permite moverte.

“De todos los oficios, el que más me duro fue el oficio de clandestino”, cuenta Chaves y repasa sus años entre 1974 y 1983. “Todavía no contamos muchas cosas”, piensa y busca las partes de su historia; sabe que está vivo por la solidaridad del pueblo, por la Organización, por cierta herencia que aprehendieron a fuerza de resistir:

—Esa forma de manejar la clandestinidad era algo que habíamos visto de otros compañeros, de otras generaciones del peronismo, en esos vínculos que nos transmitían cosas, de cómo ser.

Hay recuerdos que, de tanto evocarlos, se le aparecen nítidos, renovados, como la vez que caminaba por la plaza, a esa hora de la mañana en que todavía no deja de ser noche, y un empleado municipal le gritó: “¡Viva el Viejo Chaves, carajo!”. O la vez que un compañero —que no pudieron quebrar ni siquiera con la tortura— le salvó la vida:

—Un tipo de la resistencia peronista, de otra generación, Alberto Vaquero, lo levantaron de la fábrica, dos veces: la primera lo subieron a una casilla rodante y lo torturaron dando vueltas alrededor de su casa. Esa vez zafó. La segunda, lo llevaron al puerto de Buenos Aires, lo metieron en un galpón grande y lo sentaron frente a un oficial de la Marina: “Mirá, te va a ir a visitar Gonzalo Chaves. Cuando vaya, llamá a este número”; le dieron una tarjeta con un número y lo largaron. Y cuando llegué me dijo “toma, acá está la tarjeta”. Yo le agradecí de mil maneras.

Ese compañero después murió y Gonzalo nunca pudo agradecerle realmente lo que había hecho por él; de alguna manera, al recordarlo, siente que está saldando su deuda.

—Esos son los lazos de la clandestinidad. Dos hombres, pocas palabras, lo que tiene valor son los hechos.

Hechos. El oficio del clandestino como cualquier otro sólo consiste en hechos: “En las situaciones límite el miedo te induce a la paralización o a la creatividad. Te volvéis lúcido. Pero el tema de la clandestinidad y de la represión, como hubo en la última dictadura militar, es que no te da lugar para enmendar los errores: un error es la vida. Si dudás, perdés”.

Tenés que estar todos los días inventando cosas nuevas. Es la otra regla del oficio. Gonzalo lo sabe: *Disciplina y suerte. La vida o la muerte.*

—Vivir armado para defenderse no era algo nuevo para el peronismo. La resistencia era eso, siempre se vivía con una pistola debajo de la almohada. Era parte de tu oficio: sos un clandestino, sos un resistente, entonces tenés que defenderte. Y nosotros teníamos planificado cómo había que defenderse si el ejército rodeaba la casa. A cada nueva casa que íbamos planificábamos cómo defendernos, cómo salir, cómo entrar. Y después teníamos que hacer política, criar los hijos, y ser creativos en el sindicalismo.

El agudo silbido de la pava parece ser, por un momento, una nota más de la canción que está sonando. Lo advierten una vez que ella apaga la pequeña radio.

—Dejala, no la tirés. No voy a tomar mate yo, haceme un té y ponele miel, ¿dale? Hay miel, ¿no?

—Todavía queda un poco. Tengo que pedirle a Quique que nos traiga otro kilo.

El hombre desenrosca la tapa de un pesado frasco de vidrio y lo apoya sobre la fórmica de la mesa redonda; con las manos algo pegajosas toma el asa de un tazón humeante y lo deja frente a ella. Corre a un costado el pequeño cuaderno de tapas azules y pone la lapicera encima.

La luz mortecina del crepúsculo entra por la ventana; han pasado unos minutos de las siete. Cada tanto se oye el motor de un auto y el traqueteo de las ruedas sobre la calle de tierra; un filo de luz se filtra por las hendijas de la única ventana de la cocina. Por lo general, también es durante las mañanas, silenciosas, cuando se cuelan en sus recuerdos momentos de sus vidas pasadas.

La hornalla encendida entibia la atmósfera. El mate rezonga y de vuelta la quietud, hasta que los trazos de la birome sobre el papel rasgan los pensamientos de ella, que observa a su marido dibujar ensimismado sobre la libreta.

—No, por la avenida no —sentencia.

—Son dos cuadras, nada más —repone él.

—Igual. Agarrá la paralela —se lleva la taza a los labios; el vapor le sube por el rostro hasta hacerla lagrimear.

Después de tachar el croquis y hacer un bollo con la hoja, continúa en la siguiente. Dibuja varios cuadrados del mismo tamaño, separados unos de otros, y escribe algunos nombres propios.

—Mirá —le indica a la mujer—: por la cortada no puedo andar por un tiempo, ya la usé bastante. Me queda ésta y la avenida. Son dos cuadras nomás, después agarro Quintana y listo, me subo al colectivo.

Ella mueve la cabeza como sopesando la idea. Finalmente asiente de mala gana.

El hombre vuelve a poner la pava sobre la hornalla y mira a través de la ventana. El primer sol de esa mañana de invierno es una cobija lechosa que envuelve todas las formas, siluetas y contornos de la cuadra. Delante de la vereda, y hasta la calle, hay una pequeña porción de césped escarchada. Levanta la vista y contempla el enramado de las copas de dos famélicos paraísos; en uno de ellos hay un hornero. Piensa en lo fácil que es identificar los nidos en invierno, cuando todos los árboles están pelados: uno los encuentra al primer golpe de vista.

La Organización, la política y los errores

Los juicios contra la dictadura sirvieron para conocer parte de la historia; “prevaleció la memoria del terror... si nos quedamos en el lugar de víctimas estamos perdidos”, dice Gonzalo y vuelve a pensar en las cosas que todavía no se han contado. No es la única memoria, afirma, hay que recuperar la historia de lo que fueron: el hombre es lo que hace. *Hechos*. El hombre también es sus errores. *Política*.

—Lo que te defiende es la política, si vos errás en política todo lo demás es cartón pintado. Esa desinteligencia de la organización del peronismo montonero con su base no se produce por la clandestinidad o la persecución, se produce por la política.

“No vimos que Perón se nos moría y los enemigos internos estaban esperando el momento para echarnos”. Después “nos replegamos sobre el aparato y no sobre el pueblo”. Los dos errores marcaron el tiempo de la política. Lo que quedaba era cartón pintado, sí, y hombres que se resistían a perder: las formas de organizarse, la militancia clandestina en los sindicatos, la prensa. Gonzalo quiere recuperar esa memoria en la que son protagonistas:

—Nosotros tuvimos claro, desde el principio, que nos podíamos organizar en la clandestinidad, lo que no se podía era masificar la lucha. Peleábamos por mayores márgenes de legalidad, no pretendíamos que todo el mundo pasara a la clandestinidad. Tendíamos a conseguir espacios políticos y los espacios políticos los conseguís a través de la política, de aciertos políticos; no los conseguís con plata ni con fierros.

—*El error de replegarse sobre el aparato...*

—Claro. Por ejemplo, la Organización decía que había que identificar todos los trabajos políticos y sociales con Montoneros, y nosotros sabíamos que no íbamos a durar con eso. Si tirábamos un volante en una fábrica, al otro día teníamos cien policías trabajando como obreros, cosa que pasó en Alpargatas, en Astillero.

Gonzalo recuerda la huelga general de 1979, “en plena dictadura pararon un millón de trabajadores, convocados desde la semiclandestinidad”. No es la única experiencia, ese acto es sólo una excusa para hablar de la resistencia sindical, de “una batalla dentro de la Organización por otras formas de hacer política”, de organizarse con los obreros sobre la base de la confianza.

—El movimiento obrero argentino también peleó y, sin embargo, la democracia no le devolvió el mérito. Está en deuda con los trabajadores.

—***¿Cómo se trabajaba políticamente en esa resistencia sindical?***

—En una empresa hay problemas todos los días y estaba prohibido reunirse, si alguien llamaba a una reunión al otro día desaparecía. Entonces, escondíamos en el baño un papel: “Mañana nos encontramos a tal hora dentro de la fábrica”. Y así nos juntábamos y hablábamos; se resolvía ir a ver a la Empresa: hablaba uno un día, otro al día siguiente, para evitar ser identificados.

Los mensajes pasados en los baños, las reuniones en la casa de los vecinos, la semiclandestinidad, la búsqueda de mayores marcos de legalidad y el paro del 79; otra época, otras exigencias, otra vez el subsuelo de la patria sublevado.

—En el sur del Gran Buenos Aires, primero éramos dos o tres, después armamos una célula que trabajó durante todos esos años y, cuando llegó la democracia, con esa célula, con ese trabajo, recuperamos ocho sindicatos. Una experiencia interesante que no debe haber sido la única, que demuestra que en la clandestinidad uno puede organizarse, puede hacer política y puede lograr victorias.

Todavía resuena una oración: “Otras formas de hacer política”, de construir; otra forma de ser protagonista y desafiar la represión y sobreponerse a las derrotas. Los manuales de contrainsurgencia decían que no había que ir detrás del combatiente, había que golpear en su entorno: “Sacarle el agua al pez”. Por eso Gonzalo habla de otra batalla, una batalla dentro de la sociedad que negaba: “No hay resistencia, nadie hace nada en este país”.

—Nosotros nos tomábamos el trabajo de leer cuatro o cinco diarios por día y veíamos que no era así, y eso era lo que publicábamos. Era una cosa creativa y fuerte para que la gente leyera, por ejemplo, que en Córdoba se había ganado un conflicto sindical. Eso no existía.

—***La prensa clandestina...***

—Sacamos un periódico clandestino que no estaba identificado con la Organización, se llamaba *Confluencia sindical*. En la contratapa decía: “Amparado por la Constitución Nacional”. Teníamos la capacidad de juntar todo eso y el sólo hecho de transmitirlo era un triunfo. Era información que te

sacaba del aislamiento, a los gremios, a los sindicatos. Del primer número tiramos 500 ejemplares, después fueron 2 mil. Habrán sido 10 números. Circulaba de mano en mano.

Una tapa hecha en serigrafía, un estencil y un rodillo; todo metido en una valijita que se podía guardar en cualquier lado o, si era necesario, tirarla y comprar otra. Una tapa hecha en serigrafía, un estencil y un rodillo; nada más. “Fue eficiente”, como los papeles que se pasaban en el baño para organizarse en las fábricas: *creatividad y hechos*.

Esa es la otra memoria, la que se “empieza a contar”, la memoria de “cómo vivíamos en la clandestinidad, de cómo nos organizábamos en la clandestinidad, de cómo teníamos logros en la clandestinidad y errores y derrotas”.

—Durante mucho tiempo tuvimos —y seguiremos teniendo— una memoria sesgada, es la memoria del dolor, de lo que nos hicieron. Y está bien, uno no aparta el horror, porque está siempre presente, pero pone el eje en otro lado. Y eso habilita otras cosas. La memoria del horror es paralizante, es la memoria que construyó el genocidio; el genocidio fue tan poderoso que no solamente se organizó sino que nos impuso cómo recordarlo. Estamos presos de eso: te mata y después te impone cómo recordarte.

Los exilios

Gonzalo marca distancia: una cosa fueron los errores políticos de la Organización, otra cosa es renegar de su pertenencia:

—Yo vivo porque estuve organizado; y pude vivir clandestino en la Argentina porque estaba organizado; pude entrar y salir tres veces durante la dictadura militar porque estaba organizado, no porque estaba desorganizado. Había niveles de organización. Algunos pudieron mantenerse en la estructura, otros la pelearon como pudieron, y estaba bien eso, estaban aislados, no tenían recursos. Pero la Organización es lo que nos posibilitó muchas cosas.

“Documentos y plata, eso es todo lo que necesitás para sobrevivir en la clandestinidad”, esta vez, Gonzalo se olvidó de agregar: *disciplina y suerte*.

La familia está agotada, viene viajando desde hace días. De Colombia a Chile en avión; de Santiago a Neuquén en ferrocarril. Entretanto, dedicaron algunas horas a recorrer la capital chilena. Gonzalo siente que siempre será 11 de septiembre de 1973, que el Palacio de la Moneda

que encontraron destruido todavía está ardiendo. Que Salvador Allende resiste entre los escombros, el fuego y la muerte, como ellos.

Durante su exilio –su primer exilio– ya había tenido tiempo para la nostalgia pero era una nostalgia por su tierra; ahora, en esa vuelta, después de visitar el Palacio de La Moneda, entiende además que ellos, todos ellos que ahora resisten, son nostálgicos de la historia y del futuro. También sabe que en la resistencia se resiste y después se piensa, esa idea lo consuela, lo devuelve al mundo, al paso fronterizo Osorno-Villa La Angostura.

El guardia de la aduana revisa los pasaportes de la familia, contrasta la imagen del documento con la cara de los viajeros, observa la fecha, los sellos. Gonzalo rodea con el brazo la espalda de su hijo, le aprieta el hombro derecho; el chico carga con una patineta que arrastró durante todo su viaje y no soltó nunca. Esa patineta los mantiene vivos.

Los papeles están en orden y pasan; el viaje vuelve adonde se había iniciado un año y algunos meses antes. Se fueron cuatro y volvieron cinco: la compañera de Gonzalo empuja el carrito donde duerme Julieta, que nació en el exilio, en el Hospital Francisco Franco porque la historia, a veces, tiene un sentido del humor bastante particular.

En la patineta hay plata para vivir un año y dos juegos de documentos completos para cada uno. Julieta no necesita recordar todos sus nombres, tiene menos de un año y, todavía, no habla.

—Nosotros nos fuimos al exilio en marzo del 77. Salimos clandestinos del país y nos fuimos para Roma, donde participamos del lanzamiento del Movimiento Peronista Montonero. A mediados del 78 nos volvimos, por decisión propia y de la Organización; no queríamos vivir en el exilio, siempre soñamos con estar acá, en la Argentina y organizarnos.

Gonzalo fue un peregrino del exilio desde 1974, cuando asesinaron a su viejo y su hermano; con los años sólo cambiaron las circunstancias. Primero se fue al Gran Buenos Aires, después –en 1976– lo trasladaron a Córdoba para reorganizar la “masa sindical”; la represión fue terrible y tuvo que volverse a Buenos Aires; de ahí al exilio exterior. Entró y salió tres veces. En todo ese tiempo, nunca dejó de ser clandestino.

—Porque en el exterior también nos buscaban para matarnos. Después de mucho tiempo me enteré que en el año 77 viajó a Ginebra, Suiza, un grupo de tareas de la ESMA a matarme porque yo estaba participando y haciendo denuncia en la OIT. Así declararon dos liberadas en Francia, y yo no me enteré en el momento; hubieron otros casos de persecución y de secuestros en el exterior.

Durante la reconstrucción histórica, durante la reconstitución de una memoria del genocidio, aprendimos muchas cifras: 30.000 desaparecidos, 10.000 muertos políticos, 500 chicos apropiados, más de 300 centros clandestinos; sin embargo, no sabemos cuántos fueron los exiliados. Gonzalo desafía ese estigma, esa deuda de la historia o del país o de los mismos hombres: “Los argentinos no incorporamos el exilio a la vida política, parece que da vergüenza. Y el exilio aportó mucho para la democracia. La lucha de los exiliados, las denuncias, los derechos humanos”.

—*Decís que parece vergonzante ser exiliado para los argentinos...*

—Sí, incluso para el exiliado mismo, parece que tenía más valor haberse quedado que haberse ido. Y fuimos 300 mil los exiliados, eso se calcula pero no lo sabemos. Son dos situaciones diferentes, no se pueden comparar.

—*¿Vos viviste esas contradicciones del exiliado?*

—Yo estuve exiliado, estuve clandestino, y siempre militando, son situaciones diferentes. El exilio es muy duro; el exilio de verdad yo no lo conocí, si alguien lo conoció que hable. El exiliado no la pasa bien, está expatriado, arrancado de su ámbito, despojado. Uno se va al exilio solo, sin nada, y tiene que reconstruir todo, y no es fácil irse a otro país, con otro idioma. El exiliado argentino se organizó, la peleó, tuvo victorias.

“Nadie termina de meterse en la vida de los otros pueblos”, pero Gonzalo evoca España, México, La Habana, Uruguay, Brasil; aprendió en todos sus años de destierro que el exilio también está hecho de solidaridad y él siempre elige recordar un momento, no es el único, sirve sólo para ilustrar sus pensamientos:

Vivían en el barrio Cuatro Caminos de Madrid; cuando nació Julieta, Gonzalo fue a hacer las compras y, en cada puesto, le obsequiaron algo: chocolates en la panadería, chorizos en la carnicería, vino en el almacén. Gonzalo tuvo que preguntar para entender que esa era la forma que tenían los españoles de hospedar al exiliado argentino, de compartir el nacimiento de una hija del exilio, de saldar una deuda histórica: “Nosotros somos solidarios, no nos olvidamos que cuando estuvimos cagados de hambre Evita mandó un barco lleno de cereales sin que pagáramos un centavo”. La respuesta confirma que, en la historia de los pueblos, un hombre es igual a otro hombre.

—También vivimos en La Habana, un pueblo cubano muy solidario, a pesar de las peripecias que ellos pasaban. Ellos construían un edificio de cinco pisos y un departamento estaba destinado para un exiliado latinoamericano. Y el gobierno también fue muy solidario con nosotros.

Cuba fue la tierra de su segundo exilio, en donde estuvieron hasta 1982; tras la guerra de Malvinas, Gonzalo y su compañera volvieron a Argentina. Sus tres hijos se quedaron en la

guardería cubana, esa comunidad de pequeños clandestinos que crecieron con recuerdos a cuentagotas de sus padres o sin sus padres.

Con la retirada del gobierno militar, con la reorganización de las bases sindicales y la apertura democrática, Gonzalo creyó que finalmente acabaría su destierro. Se equivocó:

—Durante el gobierno de Alfonsín se nos abrió una causa por asociación ilícita, la acusación era haber combatido durante la dictadura en forma organizada. Yo pensé: “qué boludo, tendríamos que haber combatido de forma desorganizada”.

El decreto 157/83, firmado por el presidente Raúl Alfonsín, declaraba la persecución penal a los jefes de ERP y Montoneros por los delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delitos, apología del crimen y otros atentados contra el orden público. Gonzalo también sintió el peso de las palabras que se desprendían de la medida: “Algunos compañeros fueron presos, yo pude irme”.

Gonzalo levanta el brazo derecho y el viejo colectivo gruñe antes de detenerse y volver arrancar; el chofer le corta el boleto sin dejar de mirar hacia el frente y él se acomoda en uno de los últimos asientos, frente a la puerta de descenso. Era una costumbre que le venía de antes, de cuando era clandestino. De alguna manera, lo sigue siendo.

Mira el reloj, sabe que salió con tiempo; había calculado el recorrido del colectivo —eso también le venía de antes—, había contado las dos cuadras a pie (1:20 minutos cada 100 metros, si tuviera piernas más largas sería más rápido) y había sumado alguna imprevista demora a su favor: el viaje no podía tardar más de 20 minutos. Esos números le dan seguridad.

Durante la mañana, cuando calculaba el recorrido y los tiempos de su viaje, había estado pensando en un viejo compañero de la JTP, Zapata, que era delegado del subterráneo; cuando estaba exiliado en Madrid le había llegado una carta suya. Gonzalo la había leído muchas veces buscando algo, un indicio que le permitiera entender eso que le contaba. Tanto repasó esas líneas que ahora, que la había perdido, podía recitarla de memoria.

Gonzalo hace sonar el timbre y el micro vuelve a gruñir hasta detenerse; mira el reloj, los carteles de la esquina y confirma que se equivocó, que algo salió mal en esos cálculos; se subió al colectivo incorrecto o la línea cambió de ruta. Cruza la avenida y aguarda el próximo vehículo.

Sentado en el magro banco de fierro sin respaldo, Gonzalo vuelve a la carta de Zapata, donde le contaba que salía todas las mañanas de su casa, tomaba un micro, tomaba otro y bajaba. Y nunca llegaba a ningún lado. “Es desgarrador —piensa Gonzalo mientras se aferra al pasamanos del

colectivo, que se sacude para acelerar y casi lo tira al diablo—. Ojalá Zapata no se haya vuelto loco”.

A las pocas cuerdas se da cuenta que se ha equivocado de colectivo y se baja; después otra vez y otra.

Le voy a tener que escribir a Zapata y decirle que me estoy volviendo loco. Él me va a entender.

Estuvo más de dos años exiliado en democracia. Se fue solo, primero a Uruguay hasta que llegó una orden de extradición, después a Brasil. En los países hermanos se encontró con muchos otros militantes que habían vivido su propia dictadura, su propio destierro, abrazó su solidaridad y trabajó con ellos. Sin embargo, confiesa que fue “su peor exilio”.

—La vida de un hombre no son sólo su mujer y sus hijos; hay un universo de relaciones que te permite vivir, tus compañeros de trabajo, de estudio, los amigos del barrio, tu abuela, tus tíos... son un universo. Cuando uno los tiene no se da cuenta del valor de los tíos o de los primos. Pero cuando no los tenés, en el exilio, por ejemplo, que sos solo y ese universo no existe, te corta todo. Y eso lo tenés que reconstruir. A veces se puede y a veces no.

El juez Ponce lo eximió de prisión y, en 1986, Gonzalo pudo volver a su país, a su patria, a su familia y a su universo. La vuelta no fue precisamente el final del destierro:

—Cuando volví la gente decía “ya está, se acabó”, pero no fue así porque descubrimos que había otra cosa: el desexilio, que es tan duro o peor que el exilio. Cuentan los brasileños, que estuvieron casi dos décadas exiliados, que se juntaban en París, desplegaban un mapa de Río de Janeiro sobre la mesa y nombraban calles; entre todos iban diciendo en qué barrio estaba y la marcaban en el mapa. Después, cuando volvieron a Brasil, se juntaban en Río de Janeiro con un mapa de París a nombrar las calles de París.

—*Estás en un lugar pensando en otro*

—El exiliado no es un nostálgico del pasado, que vive anhelando lo que hizo. El exiliado es un nostálgico del futuro, que vive pensando qué va a hacer cuando vuelva a su país. Y cuando vuelve a su país descubre que su país es otro.

Gonzalo se divorció en el desexilio e hizo terapia para convivir con el desexilio y recorrió todas las casas por las que vivió clandestino para entender su lucha y escribió para recordar a su padre y sigue escribiendo para explicar el peronismo. En el desexilio los hombres tienen que reconstruirse. A veces se puede y a veces no.

Epílogo

La historia tiene tres momentos; el primero pasó hace más de 30 años pero es el hecho que le da sentido. El segundo es el siguiente:

—Pedro Chaves —dice Gonzalo.

—¿En serio? —balbucea la enfermera sin sacarle la vista de encima, piensa: “me deben estar tomando el pelo”—. Recién vino un chico que se llamaba igual, que también había ingerido lavandina.

El tercer momento no sabemos cuándo sucedió; no importa demasiado, Gonzalo se acostumbró a que en la ciudad todavía le pasen cosas, “cosas extrañas”:

—¿Cómo te va? —le pregunta el taxista cuando Gonzalo todavía busca acomodarse en el asiento trasero de un auto cuadrado, posiblemente un Senda, o alguno parecido.

—¿Me conocés?

—Sí, cómo no te voy a conocer si tengo tu mismo apellido.

—Seguro que vos sos con zeta —quiere marcar distancia.

—No, no. Soy con ese.

—¿Y sos el padre de un pibe que se llama Pedro y que tragó lavandina?

—Sí —responde y vuelve a tomar el control de la conversación—. Te conozco de hace mucho; es más, tengo un cuaderno en mi casa con recortes de diarios sobre tu persecución año por año.

—Pero yo estuve muchos años afuera —Gonzalo suena intranquilo, piensa “este tipo está loco”.

—Naa... que vas a estar mucho tiempo afuera, si un día llegaste a la estación y tomaste un taxi: yo manejaba. Te llevé a Punta Lara —el chofer hace una pausa, toma aire, le da margen para que Gonzalo diga algo; él no sabe cómo reaccionar, estuvo un tiempo clandestino en Punta Lara, “es verdad”, piensa—. A la semana volví porque tenía un pariente que vivía por ahí y me dijo: “Escuchame, que esto quede entre nosotros: en esa casa que está ahí en frente para el hijo de Horacio... Hay que cuidarlo”.

Pueden llamarme Felipe

La historia de Felipe Bellingeri

Prólogo

Puede ser invierno o verano, no importa. En los andenes del subte siempre es igual; una nube de calor espesa, seca, infinita, flota sobre las cabezas de los pasajeros y se corta con el chirrido del coche y el olor a acero y aceite quemado. Hay hombres de traje, chicos con uniforme escolar, dos o tres abuelos; todos pasan rápido, quieren subir, volver al mundo de arriba, al aire insípido de la ciudad negra.

Al lado de la escalera, que conduce a la salida por Avenida de Mayo, acaba de sentarse un linyera. El hombre debe contar unos 45 años, quizá 50; tiene un cuerpo fornido, mirada altiva, no es un pordiosero más, hay algo en él que parece confirmar que sólo está pasando por un mal trance, una mala racha.

Un nene se para frente a él y conversan, nadie escucha lo que dicen, a nadie le importa demasiado; se agacha y vuelca las primeras monedas en un sombrero marrón raído por fuera y con la funda interior nueva, reluciente. Antes de alejarse se dan la mano, él se lleva algo, algo parecido a un sobre; imposible saberlo porque, en ese momento, una mujer robusta se mete entre ellos y esconde sus movimientos.

La señora es su madre y ese chico es Felipe Bellingeri –en realidad, tampoco se llama Felipe, ese nombre le quedó de otra época, de una época mala–; en el sobre hay plata para sostener a la familia durante un tiempo. El hombre es su padre y vuelve a encontrarse con su hijo un mes después, abajo del reloj de Constitución, llevando una enorme valija de cuero vacía. Un mes después, arriba de un sulky, en el zoológico de Buenos Aires. Un mes después, le pierde el rastro.

Felipe lo espera, lo busca en estaciones de subte, en los parques, en las ferias. Se sobresalta con cada personaje raro que se cruza en la calle; en sus recuerdos, el padre siempre es un hombre distinto, se acostumbró a esos encuentros itinerantes, a esa vida errante, ficticia, casi circense. Es una mala época y las cosas se complican más.

Héctor Bellingeri fue fusilado en “La Capilla”, Marcos Paz, el 12 de junio de 1977. Felipe todavía lo busca.

*Haber tenido preso a mi padre antes,
sirvió para aprender a sobrellevar su ausencia.*

Hay, en el prólogo precedente, una palabrita: *circense*. Tenían que estar de entrada los malabaristas, los disfraces, los artificios: el espectáculo itinerante, ambulante, que va de un lado a otro. Como Felipe y su familia con las mudanzas cuando él transitaba la primera infancia. Después de 10 minutos de conversación, ya mencionó tres locaciones: la casa de 28, entre 64 y 65, la de 44 entre 23 y 24 y el departamento de 14 entre 46 y 47. Aunque distantes en el mapa de la ciudad de La Plata, estas ubicaciones tenían –las dos primeras aún la conservan– una particularidad.

—Siempre vivimos en domicilios cuyas calles paralelas tenían la misma dirección de circulación: ese tipo de ubicaciones dificultaba más el seguimiento.

Un día lo agarraron y le dijeron: “*No le tenés que decir al vecino que nos mudamos*”.

—Y yo tenía muchas ganas de contarle, porque quería que siguiera siendo mi amigo, y no le pude decir nada; nos mudamos rápidamente, con mucha logística y gente trabajando en la mudanza. Esa era la dinámica, no podía durar más de 20 ó 30 minutos. Me encantaban las mudanzas. Mi mamá decía que la casa se desarmaba en 15 minutos; teníamos pocos muebles, entonces, era fácil. Tenía que ser así.

Aquella vez desembarcaron en una casa muy particular: tenían luz a kerosene y las paredes del exterior electrificadas. Por qué no tenían luz, hasta el día de hoy, no lo sabe. Lo que sí aprendió rápido fue a manejar el sistema de roldanas, disimulado por el cordel para colgar la ropa, para esconder los libros en el terreno lindero, si era necesario.

Ahora, en el lugar donde trabaja, en la Dirección de Bibliotecas de la Provincia de Buenos Aires, probablemente hay más libros de los que podía disimular en los camiones de mudanzas. Hay cajas de libros por acá y por allá y, al fondo, largos mobiliarios atestados de libracos de inventarios y ediciones de cubiertas nobles; a un costado, sobre una pared, un gran cuadro con el retrato en sepia de Haroldo Conti que mira en lontananza.

Felipe nació en 1971, pero para cuando su padre pudo tenerlo por primera vez en brazos, él ya caminaba: fue en 1973, cuando volvió de Chile. “*Soy casi huérfano de padre*”, dice Felipe, y es que Héctor Bellingeri, después de haber caído preso en 1971, meses antes del nacimiento de su hijo, fue expulsado de la Argentina a Perú. Desde allí siguió un periplo vertiginoso. Bajó por Bolivia hasta Chile, donde participó de la Unidad Popular de Salvador Allende: “Como tornero, mi papá puso en marcha una fábrica donde hacían válvulas para motores y un arma, tipo bazoooca liviana”. También estuvo en Cuba y en África, y finalmente volvió a Chile. Cruzó la cordillera recién en 1973, cuando Felipe tenía ya dos años.

—Del 73 al 76 vivimos juntos. Tengo recuerdos muy frescos de mi papá. Tal vez por ese shock de estar a veces, y a veces no. Pero el momento que estuvimos juntos fue muy intenso. Porque mi papá no era un tipo que salía a trabajar y volvía al final de la jornada, sino que trabajaba en casa;

tengo recuerdos de mi papá atendiendo su negocio y yo jugando con unos amortiguadores; tengo recuerdos de mi papá cocinado. También, una escena con mi viejo en el lavadero quemando cosas...

—*¿Qué cosas estaban quemando?*

—Fotos y documentos. De cualquier manera, había poca documentación en mi casa, se trasladaba continuamente. Se la escondía en latas de tomate o durazno, se abrían las latas en la parte de abajo, se guardaban los documentos y se metían en la heladera; entonces, si vos abrías la heladera, la lata parecía cerrada pero, en realidad, estaba sin piso y los documentos quedaban entre la lata y los estantes. Tengo recuerdos, también, de mover armamento. Las armas se trasladaban en botas de caña alta, que son las que llegan casi hasta la ingle. Mi papá tenía una Ford Cherokee, las cargaba en la cajuela y salíamos con las botas salvadoras.

Los recuerdos no se mezclan en su memoria con aquello que le contaron sobre Héctor; tiene imágenes vivas porque abrazó su carne y bebió sus palabras. También escuchó historias de él, historias que le contaron sus hermanos, sin ir más lejos. Porque en todo este tiempo Felipe reconstruyó la historia de su padre, pero eso viene después. Todavía conserva recuerdos como la madrugada que se apoltronaron sobre el marco de la ventana, que daba a la Avenida 44, para ver cómo transportaban los autos que al otro día correrían el turismo carretera. Y la vez que se quedaron mirando una carrera de Fórmula 1 por televisión:

—Se ve que le gustaban mucho los fierros.

Hacia marzo de 1976, cuando estalló el golpe de estado, la familia de Felipe “levantó” el negocio y la casa de 44, y se instalaron en un departamento, al fondo de un pasillo sobre la calle 28.

—En ese momento, cambiamos el esquema familiar: lo que buscaban las fuerzas represivas era una pareja con tres niños hermanos. Nosotros rompimos esa composición; nuestra familia, externamente, pasó a ser una pareja con dos hijos y un primo. Para noviembre del 76, esa estructura se volvió a modificar; mi papá entró a una clandestinidad completa, no pudo volver a La Plata y los contactos con él pasaron a ser teatralizaciones en un contexto clandestino: desde encontrarnos en un andén de subte con mi viejo vestido de linyera hasta vernos abajo del reloj de Constitución o en una vuelta en sulky en el zoológico de Buenos Aires.

Una medida básica del funcionamiento en la clandestinidad consistía en no dejar constancias burocráticas. La madre de Felipe empezó a trabajar limpiando casas sin registro laboral, su hermano

dejó de estudiar y su hermana no ingresó a la universidad; consiguieron puestos de trabajo en negro: donde había registro se descartaba el laburo.

—No teníamos ubicación burocrática para el Estado. Con los alquileres era un tema: siempre alquilaba una tía para no dejar rastro administrativo, con un apellido que no era el que buscaban; o sea, los tipos tenían el apellido de mi papá, no el de mi mamá o sí. Sí, es probable que también tuvieran el apellido de mi mamá. Pero había una diferencia entre los apellidos: mi mamá tenía de apellido *Loto* y mi tía figuraba en su documento con doble te, *Lotto*. Esa anotación, quizá, nos pudo haber salvado.

—*¿Qué otras pautas de seguridad manejaban?*

—Elegíamos vivir siempre en pasillos y edificios para evitar el chequeo, teníamos movimientos muy rápidos en la calle, caminar siempre a contramano y cuidarnos de que nadie nos viera cuando entrábamos a la casa. Igual, yo tenía más libertad de movimiento, jugaba con los chicos del barrio, estaba con ellos pero, por ejemplo, nunca podía llevarlos a mi casa.

—*Cada vez que te mudabas, te encontrabas con nuevos amigos, nuevos escenarios, ¿cómo era contar una historia a medias?*

—Yo sabía qué podía contar y qué no; mi mamá era viuda, a veces podía pasar por mi abuela y de mi papá no hablaba, era un pibe sin papá. No sé bien cómo hacía. Me acuerdo, sí, que jugaba al tiroteo, poníamos una figura contra la pared y la picoteábamos; había una casa abandonada en el barrio de 14 y 47 que la llenamos de agujeros. Eso era una propuesta mía de juego con los vecinitos del barrio, no sé de dónde venía lo del tiroteo.

Es 1° de febrero de 1977. Cae la tarde cuando escuchan las corridas y los gritos marciales desde la cocina de la casa de calle 28: son ruidos de operativo. Héctor se acuclilla para que Felipe salte sobre su espalda y trepe a caballito; afuera sigue el traqueteo de las corridas, golpes sordos semejantes a los que suenan cuando Felipe corre descalzo por la casa, pero mucho más fuertes, desacompañados y sin alegría.

Salen a la intemperie fingiendo risotadas y enfilan para el almacén. Desde allí tendrán una mejor visión de lo que está pasando en la casa del matrimonio joven que hace unos meses llegó al barrio. A ellos también les tocó ser los nuevos.

—*Dale, Feli —dice Héctor—. Dale.*

Felipe entra a revolverle el pelo a su padre y a jugar con su nariz; Héctor lo contiene, aprieta con fiereza sus piernitas para que los bamboleos no lo arrojen al piso. Para Felipe, esa es una

práctica habitual, ya la tiene asimilada. Gira sobre el cuello de su padre, le tapa los ojos, siempre sonriendo. Todas y cada una de las morisquetas borronean el rostro de su padre, es imposible que el oficial que está parado en la esquina del almacén con su fal reconozca una cara así.

Cuando llegan al almacén, se enteran de que están a punto de reventar la casa. Héctor pasa al fondo y sube por los techos. Sin embargo, ya no puede salvar a nadie, no esta vez.

Algunos días más tarde, un domingo, se les presenta la oportunidad. Camino a la casa de un tío atraviesan el parque San Martín, en cuyo centro se levanta la enorme carpa de un circo que hace poco llegó a la ciudad. Se demoran mirando un mono famélico y un elefante apenas un poco mejor alimentado; se acercan hasta una jaula más apartada donde encuentran un perro pequeño de ojos enormes. Héctor le toca el hombro a Felipe y le hace señas para que haga silencio; después levanta el pestillo de la jaula y se llevan al perro envuelto en un trapo sucio.

Lo salvan. Ahora tienen un secreto.

Desandan el camino hasta su casa y dejan al perro para volver a lo del tío. Más tarde, cuando llegan, encuentran el vidrio roto; hay sangre entre las astillas del cristal y más sangre en las huellas que desaparecen en la vereda.

Lo pierden. Ahora tienen una hazaña.

De casa al colegio, del colegio a casa

Cuando todavía no sabía leer las agujas del reloj, aprendió a soportar el peso demoleedor de cada segundo, cada minuto de más que debía permanecer en el jardín de infantes. Era la hora de la salida y sus padres no llegaban porque estaban retrasados; buscaba las caras de sus compañeros que, ajenos a la situación, estaban absortos en algún juego. Solamente él era capaz de comprender que sus viejos podían haber caído. Las esperas en el jardín lo inquietaban.

De aquellos días sobrevive otro recuerdo, que más que un recuerdo es una imagen: él junto a sus padres en el umbral de la casa de 44. Acababan de cerrar el local, que estaba en frente, y comentaban: “Están haciendo un rastrillo”. Avanzaban ocupando manzanas y pasaron por la de enfrente.

—La nuestra no tocó, pero podríamos haber perdido mucho antes.

Desde que empezó a ir al colegio primario, se acostumbró a caminar solo la mayor parte del tiempo. Iba y volvía sin más compañía que el bolso en el que tenía algunas hojas desordenadas.

Otras veces, hacía el trayecto acompañado de la vecina que lo cuidaba, o lo censuraba, o ambas cosas.

—Con la música era peligrosísimo, porque en mi casa se escuchaba —y se escuchaba muy bajito— la música prohibida, por ejemplo, Mercedes Sosa. Yo iba caminando a la escuela tarareando o silbando esas canciones y la vecina que me llevaba, más de una vez, me pedía que dejara de cantar. Era un peligro, porque yo silbaba mucho; iba silbando *Como la cigarra* por la calle y me hacían callar.

Cuando había reunión de padres, desde la dirección llamaban a todas las casas; su madre posponía unilateralmente el encuentro: si era un martes, decía que iba a ir el miércoles pero, en realidad, iba el jueves: “Para prevenir cualquier captura”.

—***Como vos, que te ibas de un momento para otro, ¿recordás algún amigo que se haya ido de un momento para otro?***

—Sí. Recuerdo una compañera que me llamó mucho la atención, que supuestamente venía con el circo. Estuvo cerca de dos meses y se fue. Pero el *minuto* del circo nunca me cerró; para mí era una compañera que venía circulando y... Gómez de apellido... Selva se llamaba, Selva Gómez. Hay que buscarla a ver si sigue en el circo —Felipe sonrío de manera cómplice y vuelve a pensar en su compañera. Ojalá ella también lo recuerde.

No era la única. En la escuela había, al menos, tres hijos clandestinos. Esto, claro, lo supo mucho tiempo después.

—Hacia el 79, tuvimos que atravesar por visitas del gabinete psicopedagógico, pero no estaba la psicopedagoga sino que nos encontrábamos con tres señores que nos hacían preguntas sobre nuestra familia y, especialmente, sobre si llegaba gente nueva. Supongo que estaban chequeando la contraofensiva. Íbamos los tres chicos de padres desaparecidos, pero entrábamos por separado. Era un interrogatorio, nosotros igual teníamos *minuto* para todo; yo decía que mi papá trabajaba en Florencio Varela, que mi mamá trabajaba en Gonnet. Eran todas mentiras, pero la clandestinidad siempre tiene ese *minuto* para zafar: la historia que inventás para encantar a la serpiente.

—***¿Cómo fue asimilar esas mentiras o teatralizaciones como parte de tu historia?***

—Sabía que estaba en riesgo, era consciente de ese riesgo permanente. Por ejemplo, si nos paraba la policía, yo sabía que tenía que ponerme denso: llorar, insistir “vamos, vamos, vamos. Dele, señor, cuándo nos vamos”; generar un clima insoportable. Una vuelta nos pararon en el colectivo; empecé a hacerme el descompuesto y nos despacharon rápido; sin embargo, nos requisaron y palparon de armas a todos. Fue la única requisa que pasamos. Íbamos en el 508 y nos pararon en 44 y 28; mi mamá me tocó la mano y yo supe que tenía que actuar. No hacía falta que me dijera nada.

El padre, Hebe y los vecinos

La madrugada del 12 de junio de 1977 cayó la quinta de Marcos Paz donde estaba guarecido Héctor. El Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA) había desprendido a sus militantes de superficie y conservaba un núcleo inicial compuesto por una treintena de hombres y mujeres, la mayoría de los cuales murieron asesinados aquella noche. Todo esto, por cierto, es parte de la reconstrucción histórica.

—*¿Cuándo y cómo te enteraste que cayó tu viejo?*

—Básicamente, porque nos quedamos sin recursos para el alquiler. Todos los meses nos encontrábamos en Capital; la última vez fue en abril o mayo del 77. En mayo reventaron una cárcel del pueblo que tenía el ERP en Marcos Paz; creo que la información que surgió de ese operativo terminó con la caída del PROA. A partir de eso, supimos que algo había pasado; podía ser que hubieran salido del país, que hubieran sido capturados, que hubieran muerto en su defensa.

Algo de eso había pasado, pero Felipe no lo supo hasta 1984, cuando Eduardo Luis Duhalde volvió al país y le contó de la quinta del PROA en Marcos Paz, del operativo militar, de la larga resistencia y la caída.

—Fuimos hasta el lugar y nos encontramos con esa casa tiroteada, siguió intacta hasta el 97 ó 98.

—*Cuando se enteran de eso, ¿cómo es terminar de asimilar la ausencia?*

—No había ausencia todavía. Nosotros, hasta ese momento, creíamos que podían estar vivos; más allá de la información que teníamos de los presos políticos. Sabíamos de la existencia de la isla del Tigre; creíamos que podían tener un contingente importante de compañeros y que los iban a ir liberando de a poco. Pero pasaron los primeros meses del alfonsinismo y nos dimos cuenta que no había sobrevivientes. Ya habíamos incorporado la palabra *desaparecidos*, la consigna era “con vida los llevaron, con vida los queremos”.

—*¿Qué significaba para vos hacer esa reconstrucción?*

—Juntar pruebas para presentarlas en la justicia, nada más que eso.

Cuando tenía entre 8 y 9 años, una vez instalados en el departamento de calle 14, su madre comenzó a establecer contacto con la Cruz Roja para saber qué había sido de Héctor. Las respuestas eran desalentadoras, porque no aparecía por ninguna parte.

—Yo pregunté si lo buscaban casa por casa y me dijeron: “No. Lo buscamos en las cárceles”. Era la confirmación de un riesgo, de un miedo. Hasta ese momento no se sabía lo que la desaparición significaba; se creía que podían estar vivos, en centros de recuperación que le llamaban. Después empezamos a recibir noticias de los prisioneros que habían sido liberados, que existían campos de concentración.

En esa época nació el encuentro con las Madres y Abuelas, con familiares de desaparecidos; esa comunión se empezó a fraguar en los encuentros que llevaron adelante en la Mutual Docente que había en 14 entre 46 y 47.

—Llegaban las Madres a nuestro departamento y de ahí nos íbamos; pasaban por casa y salían de a tres hasta la mutual. Había toda una codificación de timbres. Después, más o menos en el 79, las Madres armaron una especie de colonia de vacaciones, un espacio de contención. Estaba Hebe [de Bonafini] y estaban las demás madres; algunas se quedaban a cuidarnos y las demás salían a laburar la denuncia, a la Cadu (Comisión Argentina de Derechos Humanos), a Naciones Unidas y la Cruz Roja.

A partir de 1980 la situación cambió, “la seguridad se empezó a desblindar”. Una nueva mudanza los llevó hasta la casa de la calle 119 entre 37 y 38; Felipe, cada vez más ducho en la sintonización de la onda corta, se adueñaba de las perillas de la pequeña radio de cuatro frecuencias en la que escuchaban la frecuencia policial y noticias del exterior. Hoy, muchos años después, Felipe se ve espejado en el personaje de ficción radioaficionado compuesto por Raquel Robles en *Pequeños Combatientes*.

Aunque siempre con reparos, iniciaron una etapa de militancia más formal, por ejemplo, con la vinculación de su hermano a Intransigencia y Movilización Peronista, la nueva cara del peronismo montonero. La casa de 119 empezó a funcionar como centro de recepción de ex presos políticos liberados y militantes que ingresaban al país para la llamada Segunda Contraofensiva.

Al poco tiempo de haberse instalado, junto a su casa abrió una veterinaria. Hoy sabe que desde allí operaba un hombre de inteligencia del Batallón 601, de las filas del Destacamento de Inteligencia 101, delegación La Plata. A pesar de ello, “nunca sufrimos ningún tipo de allanamientos, nunca nos reventaron la casa”.

Felipe rozaba la década de vida y asumía responsabilidades:

—Como era más grande participaba del esquema de seguridad; salía a andar en bicicleta, daba vueltas a la manzana y me fijaba si había autos con más de tres o cuatro personas adentro. Jugaba a la pelota en la calle y miraba, un día le rompí el vidrio a mi vecino de enfrente y todavía me lo reclama. Esa fue la última casa, donde además nos quedamos.

—*Y los vecinos, ¿cómo los miraban a ustedes?*

—En 119 y 37 éramos una familia normal y era un barrio obrero, donde la gente trabajaba; un barrio común, con mucho movimiento. Cuando llegamos había un paro, represión... estaba todo el barrio gaseado, corridas, tiroteo, postas de goma. Nuestro vecino cayó preso, con un brazo quebrado. En el medio de todo eso llegó un familia, la nuestra, en una camioneta e hizo la mudanza... siempre en el medio del quilombo, nosotros mudándonos, sacando libros. Pero eso sirvió, ese hecho sirvió para sondear el barrio, era un barrio que le hacía un paro a la dictadura. Debió ser uno de los primeros paros que se le hizo a la dictadura, finales del 79, principios del 80.

—*¿Cómo se aprendían esas normas de seguridad?*

—Era un gran entrenamiento familiar.

—*Y esa rutina, que nunca era rutina porque siempre cambiaba, ¿por qué podía quebrarse, alterarse?*

—Lo único que podía quebrar la rutina era una caída o una casa reventada.

El protagonista de esta historia clandestina prefiere hablar en otros términos, prefiere referirse a aquellos días como un período de semi-clandestinidad.

—*Vos hablás de una semi-clandestinidad.*

—Sí, no fue una clandestinidad plena; nunca tuvimos documentos falsos, aunque sí falseé mi identidad; fui siempre sobrino en esa estructura familiar, me hacía llamar Felipe y eso persiste hasta la actualidad. Pero no era una clandestinidad de Orga, no era esa clandestinidad casi esquizofrénica que tenía Montoneros; nuestra clandestinidad se reducía a ciertas normas de seguridad, la clandestinidad de la Organización implicaba otras cosas, implicaba la logística de dónde guardar material bibliográfico, dónde guardar material militar, tener distintas casas para resguardarse, tener documentación. La clandestinidad era la logística que te daba una organización guerrillera, nosotros no tuvimos esa logística, sí resguardos de seguridad.

—*Sin embargo, más allá de lo que significa la clandestinidad como logística para operar política y militarmente, la clandestinidad es un cierto destierro de tu propia identidad, de tu realidad más inmediata, de lo que vos podrías llegar a ser.*

—Sí, llamémoslo así.

Los hijos

Por un momento, Felipe calla, se queda sumido en sus pensamientos; retira la silla del escritorio y escruta una pared, la que tiene el cuadro de Haroldo Conti, pero no lo mira.

—Nosotros nunca dijimos que éramos hijos de desaparecidos. En los ámbitos públicos, no hablábamos de lo que nos pasaba. Eso se rompió en el 95, con HIJOS. Pero tuvimos experiencias

previas a HIJOS como la quinta de Hernández, con Hebe, y el Taller de la amistad, que fue un taller para hijos de desaparecidos que funcionaba los fines de semana y que contenía a hijos de desaparecidos y ex presos políticos. A partir de 1986, también me incorporé a la Unión de Estudiantes Secundarios y empecé a tener contacto con otro tipo de compañeros, sobrevivientes de los centros clandestinos y los que volvían del exterior.

—***Dijiste que no hablaban como hijos de desaparecidos. Ese silenciamiento personal, ¿a qué creés que se debió?***

—¿A qué se debió? A las leyes de Obediencia debida y Punto final. Nosotros éramos los hijos de los subversivos. Peor, ni siquiera de los subversivos, de los terroristas. Digo: la teoría de los dos demonios; si está desaparecido, por algo será... Entonces, creo que fue una manera de protegernos de la agresión. Me pasó en la escuela secundaria, donde me enfrenté con dos profesores: uno fue Berosch, represor de la noche de los lápices, ex CNU; y otro, un tipo de carpintería, que hasta el día de hoy no sé ni el nombre ni el apellido. Ése empezó a decir que nuestros padres ponían bombas, que hacían atentados... por ahí, no le erró tanto, pero no era contra la población civil sino contra objetivos concretos. Me decían “vos sos hijo de terroristas”. Había como una saña, ¿no? Yo decía que era militante de la UES y era un subversivo; Berosch me decía: “Usted tiene aserrín mojado en la cabeza”. Eso lo sufrimos bastante. En el último año de la escuela primaria, alguien habló de los desaparecidos, una profesora que se llamaba Gisela, y yo ahí hablé con algunos compañeros de la desaparición de mi padre. Año 83. Se había ido el peligro.

—***Esa primera vez que hablaste fue una reivindicación personal, íntima...***

—No, no sé, ahí hubo una ruptura, un poder decir. En algún momento lo tenía que decir, eran mis compañeros, con los que había compartido desde el jardín hasta terminar la primaria. No fue una reivindicación, fue poder decir, romper ese silencio.

A mediados de la década del 90 comenzó a tomar forma Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.). Felipe fue parte de la agrupación desde su fundación, nacida al calor de encuentros ocasionales hasta que se propagó por todo el país. Ese camino de reconstrucción, reivindicación y restitución estuvo sembrado de maleza, no fue un camino fácil. Pero era todo lo que tenían: caminar acompañados.

Con las leyes de impunidad y los indultos de finales de los 80 y principio de los 90, HIJOS buscó alternativas.

—Le pusimos mucho... sobre todo con los escraches. Yo tenía un vínculo casi de hermandad con Mariano Robles, que fue quien propuso el escrache en la ciudad de Cabalango, en Córdoba. Cuando empezamos ahí, se armó una estructurita “clandestina”. Una estructura que buscaba información de los milicos, tratábamos de ubicarlos, de tomar contacto con los tipos y, sobre todo, saber el domicilio, el teléfono y la forma de sacarle fotos. Estuvimos muchas horas esperando sacar una foto, haciendo guardias de doce horas. Recuerdo uno en La Plata que se nos mudó el día del escrache; salimos a peinar toda la ciudad hasta que encontramos la camioneta del tipo, cuando la vimos dijimos “es acá” y era ahí. Fue un escrache inesperado. Fue al Indio Castillo. Le tuvimos que sacar una foto a ese mono.

—*Ustedes eran hijos de una sociedad que había callado...*

—Sí, ahí salimos a discutir con la sociedad. Íbamos al programa de Grondona y discutíamos con Grondona; nos ponía enfrente a los genocidas y asesinos de nuestros padres. Nos encontrábamos con esas cosas. Chequeábamos mucho que no tuvieran hijos, que no tuvieran hijos en la franja de riesgo. Donde descubríamos que tenían hijos se los pasábamos a Abuelas.

—*En ese momento, bien entrados los 90, cuando empezaron a discutir la memoria histórica. ¿Cómo fue, al mismo tiempo, construir la historia familiar, la historia personal?*

—Iban simultáneamente, porque en la reconstrucción de la memoria vas buscando a tu viejo. Entonces, buscás lo afectivo. Y en otro plano buscás los lazos afectivos que tenía tu padre en la clandestinidad. Hasta el día de hoy sigo encontrando amigos de mi viejo que no conocía. Hace una semana me contacté con un compañero radicado en México, que había vivido con mi papá en Santiago de Chile.

La reconstrucción de la historia de Héctor fue ardua, porque los vecinos de la quinta de Marcos Paz eran reticentes, les echaban la culpa por lo que había pasado. El tiempo los fue ablandando y la investigación avanzó; un vecino le soltó un dato y después otro, y otro. Felipe dio con quienes habían trasladado el cadáver de su padre y por un momento creyó tener el lugar donde habían enterrado sus huesos. Sin embargo, esa posibilidad se hizo tierra, y la tierra, barro.

A las 5 de la madrugada del 12 de junio de 1977, comenzó un tiroteo intenso que duró hasta el mediodía, primero sobre la casa en la que estaban guarecidos los militantes del PROA y después se extendió a todo el pueblo. Muchos de los compañeros cayeron en el perímetro de la quinta y muchos otros más lejos aún; los fueron matando a medida que se acercaban.

Felipe sigue yendo a Marcos Paz para levantar data, porque siempre aparece un vecino nuevo que todavía no habló o porque autorizan una exhumación en el cementerio.

—Y en la búsqueda de tu padre, de la historia de tu padre, ¿hay una suerte de reencuentro, de reconciliación? Personalmente, ¿qué significa?

—Sí, yo lo encuentro todo el tiempo a mi papá. Lo encuentro en mi militancia. Cada vez que voy al barrio Romero, donde trabajo socialmente, me encuentro con él. Cuando reconstruyo, también me encuentro con mi papá combatiente. Yo nunca tuve sensación de abandono, nunca reproché su elección porque creo que nos enseñó mucho; en la pérdida también nos siguió enseñando. La reconstrucción... Tus padres son los compañeros de tu papá. Eduardo Luis Duhalde fue el tío que no tuve. Fue el hermano que mi papá eligió.

—¿Sentís que te queda alguna deuda con tu viejo?

—Sí, deudas sí: me queda liberar la patria. Estamos en un proceso que es reformista, no es revolucionario; en algún momento, o tal vez nunca, pueda liberarse este país. La única deuda. Y, después, encontrar los huesitos, en algún momento. Aunque ya lo descarto. Es probable que lo hayan tirado al mar. Tengo la idea de que no los voy a encontrar nunca.

Epílogo

—*Se rompió todo el lazo familiar. Se rompió todo. Salvo mi tía Negra que fue una masa, todos los demás una cadorka. Y la vieja, que por su dinámica, de la clandestinidad habla poco. Mi mamá.*

—**¿Abuelos?**

—*Abuelos no. En el 71 sí, tuve una abuela que parece que fue graciosa en el momento del allanamiento. Mi abuela era una mujer italiana, gorda, que vivía con nosotros. Y aparentemente era una mujer muy prolija con la ropa. Entonces, cuando revientan la casa, golpean, y la tana va y pregunta: “¿Ma, quién é?”. “La policía”, le responden. “Pregunté quién é, no de qué trabaja...” y la pasaron por arriba. Fueron a su habitación y ella decía: “No me toquen la ropa, no me toquen la ropa” y atrás de la ropa había un arsenal. Le tocaron la ropa, le revolearon todo... pero después se murió la abuela. Yo creo que murió de... era una mujer grande. El allanamiento fue en noviembre del 71. La noticia salió en el diario El día, 11 ó 18 de noviembre de 1971. Tenía toda la ropa prolijita en el placard y atrás del placard había un arsenal. No me toquen la ropa, decía, no me toquen la ropa, porque ahí no hay nada. Y atrás había...*

—**El clásico embute...**

—*Era un embute, sí. Eran especialistas en hacer embutes. Especialistas.*

Para cantar en el agua

La historia de Elsa Paladino

Prólogo

Mediodía del 24 de noviembre de 1976. Una patrulla recorre el barrio, después otra y otra. A nadie le sorprende, todos los vecinos de La Plata están acostumbrados a las razias, las requisas. Intimidan, advierten. Una camioneta con las metralletas apuntadas en las paredes laterales de la caja se detiene y vuelve a arrancar.

“Esperen la orden”, la voz sale como un quejido herrumbroso de un aparato que descansa en la falda del Brigadier. Un aparato verde, grande, parecido a un cascote. Pura parafernalia militar, pura eficiencia militar.

La hija tiene 2 meses y 20 días, los padres casi no recuerdan como era el tiempo cuando ella no estaba. La nena llora, reclama la teta de su mamá que corre de un lado a otro de la casa; en el recorrido besa la barba espesa de su marido y ensaya unas notas con su garganta. Llega al moisés y levanta a su hija. La bebé no vuelve a llorar.

—La casa de la resistencia —dice uno jocosamente.

—Qué resistencia ni ocho cuartos. Resistencia era la del Viejo —se ofende el otro, mientras alisa su uniforme de fajina y espera la orden.

La casa estaba marcada aunque no hacía falta. Todos sabían quiénes vivían ahí; todos sospechaban que ahí funcionaba una imprenta clandestina; todos creían que, más temprano que tarde, esa casa iba a caer.

Cortan la cuadra. Los vecinos cierran todas las ventanas, no quieren ver. En la escena sólo quedan los uniformados y la casa. Son más de 100 efectivos, todos abren fuego. Nadie habla, es imposible. La casa de Calle 30, entre 55 y 56, se desintegra con cada ráfaga de metralleta; secuestran una bebé de unos 3 meses, Clara Anahí Mariani Teruggi; el resto de los habitantes de la casa mueren acibillados.

“Vuelvan al cuartel, tenemos más operativos”, resuena la voz dentro del cascote verde.

Ya es tarde. Él no vuelve, la bebé llora de vuelta. Afuera, lo mismo de siempre, sirenas y metralletas y bombas. No para ningún día, en ningún momento, nadie puede acostumbrarse. Ella siente miedo, siempre es así. Están cerca —piensa—, vienen por él. Por fin, Federico llega a la casa. Cierran puertas y ventanas.

“Todavía falta uno. No se preocupen, éste es fácil. Un favor que le debemos al Padre Nuestro”, es el último aviso que despide el comunicador. Ya es de madrugada, están cansados, fue un día largo. Es lo que les toca, los uniformados asienten.

Golpean la puerta, lo buscan a él. No hay resistencia, no hay tiros, sólo el grito desgarrador de ella y la bebé que vuelve a llorar.

—Si Tuvieras la posibilidad de reencontrarte con Federico, ¿qué le dirías?
—*Qué difícil. Si pienso en Federico, siempre tengo un componente de culpabilidad en esta historia porque él se quería quedar y por amor se volvió conmigo. Le diría que lo amo y le pediría perdón por haber regresado, por no habernos quedado en Inglaterra como él quería.*

Conocimos a Elsa Paladino por foto; en la imagen, ella debe tener 30 años, carga sobre el pecho a su hija de unas pocas semanas de vida y parece pequeña entre los brazos de un hombre de traje, de hombros robustos, de tupida barba y anteojos de gruesos marcos.

40 años después de aquella foto, nos encontramos con ella en la confitería emplazada en el Centro Islas Malvinas, en este mismo lugar funcionó el Regimiento 7 durante la última dictadura cívico-militar; Elsa recuerda que en la desesperada búsqueda de su marido, alguna noche del 77, fue hasta allí esperando una respuesta. No encontró nada.

—Quiero que sepan quién era Federico, cuál era su currículum, su preparación, su trabajo. De mí no hablo, hablo de Federico; yo siempre digo que nos extirparon de nuestra vida personal a nuestro compañero, nuestro amor, nuestra vida y, también, a la sociedad le quitaron alguien muy importante —así empieza nuestro encuentro con ella.

Federico es ese hombre que abraza a Elsa. Es su última foto, pocos días después un grupo de tarea los separó para siempre.

Ahora, Elsa revisa con descuido unos papeles que tiene sobre la mesa; de alguna manera, en esos papeles, ella intenta reconstruir su historia, busca la forma justa de Federico y, de a ratos, duda, se pierde. Y vuelve a encontrarlo:

—Era musicólogo, organista, compositor, era un estudioso y un entendido de las formas; las cosas que él ha escrito en morfología y análisis de obras musicales es de una profundidad inmensa y se perdió. Está su teoría, pero no está el teórico, el que sustentaba esa teoría, que no pudo expandirla, que no pudo enseñarla. En ese sentido, fue una pérdida irreparable para toda la sociedad.

En la memoria de Elsa, Federico tiene muchas formas, y ella decide empezar por la música; es el lugar en que se siente más segura, más tranquila, es imposible hablar de ellos sin hablar de la música. Todavía no, todavía falta. Primero, hay que encontrar a Elsa.

El arte es un lenguaje, una expresión del alma, una manifestación del mundo. Un mundo que Elsa conoció desde pequeña, ella es parte de una familia de artistas y siempre supo que ese sería su camino. Su vocación y profesión es el canto; sin embargo, las hermanas le recuerdan que iban a su casa y en la heladera encontraban más arcillas y pintura que comida; también nos cuenta que, en los últimos años, empezó a escribir cosas sueltas, “algunas fantasías, otras tienen que ver con esto que nos pasó”.

—Es la forma que yo encontré para terminar de comprender esta barbaridad, esta locura, esta infamia de que la gente haya creído que podía ser dueño de la vida de los otros y mutilarlo.

—*Antes de las persecuciones, antes de Federico, cómo fue crecer en ese clima de movilización popular de los 60 y 70.*

—Estuve muy abocada a mi formación, a los inicios de mi carrera como solista, no soy un ejemplo de las movilizaciones, de la efervescencia social; esa era mi vocación aunque, y esto sí estuvo siempre presente en mí, tampoco era una persona indiferente con lo que pasaba, en acompañar los deseos de un mundo mejor. A mí me costaba mucho, y me llevaba mucho tiempo, ser lo que era.

Elsa termina tímidamente la oración y, por un instante, esquiva la mirada, siente que nos defrauda, piensa que buscábamos otra historia. Luego, agrega: “Nosotros vivimos un clima de profunda politización y uno se inclinaba, aunque no en un compromiso directo, a apoyar esos deseos de cambios”.

Sabe que formó parte de una generación que nació y creció mirando hacia el sol cubano, que convivió con el sueño de la revolución, que soñó con el llamado de la historia, con el hombre nuevo, con el tiempo de la transformación. La historia fue bien otra y la contingencia de los hechos no siempre permite la claridad conceptual.

Era el año 1968 y se realizaba el Congreso Eucarístico en Colombia, Elsa había ido como preparadora vocal del Coro de Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas; la delegación de argentinos escuchaba las experiencias de los compañeros nicaragüenses, que ya estaban atravesando un período de revolución y contrarrevolución y les hablaban de las desapariciones, la censura, la persecución, de planificar herramientas de comunicación para no ser detectados. En Argentina, imperaba la dictadura de Onganía, persistía con vivacidad el trágico recuerdo de la Noche de los Bastones Largos; todavía no había sucedido el Cordobazo ni la vuelta de Perón ni el genocidio militar. Ella recuerda ahora la anécdota como el primer indicio fuerte de lo que se estaba gestando, pero en aquel Congreso Eucarístico de 1968, realizado en Colombia, sentada junto a los compañeros centroamericanos, Elsa no podía comprender todo eso que le contaban.

Corrían los años '70, ella se sentía atraída por los deseos de un mundo mejor, más justo; acompañaba el compromiso social de los jóvenes pero, sin actividad militante y “desde una crítica a la lucha armada”, se abocaba a la música. Para ese entonces, Elsa enseñaba canto, estudiaba piano, se destacaba en los conciertos y engrosaba su lista de antecedentes y grabaciones. Consiguió una

beca de estudio para la Escuela Superior de Canto de Madrid y, cuando terminó las clases, otra más en Santiago de Compostela.

Ella siguió los estudios en España hasta que, en 1975, su hermana falleció y decidió la vuelta a Argentina. En esa historia ya estaba Federico; la vuelta fue el inicio de otra historia y, también, el final.

—Mi historia complicada comenzó con el secuestro de Federico. Antes de su secuestro, hacia 1975, yo sabía lo que estaba sucediendo, porque nosotros estábamos en España y comenzaban los primeros exiliados a contar lo que pasaba en el país; sin embargo, siempre con una credulidad, como quien quiere convencerse de que no puede ser tan tremendo lo que cuentan. Lo era. Y primero pensamos que se trataría de ataques a células y, después, nos dimos cuenta que era un plan de exterminio.

El romance de Federico y Elsa, de cómo se conocieron y de cómo quedó trunco

Estamos en un rincón de la confitería, el sol entra por la ventana y refleja contra el grabador. Por momentos, Elsa se olvida que es una entrevista y conversa animadamente, pregunta por nuestras cosas, pide nuestro punto de vista sobre otras; desde que confesó que no era ejemplo de “las movilizaciones y la efervescencia popular”, tiene una pregunta que quiere hacer y se anima:

—¿Por qué me eligieron a mí para esta entrevista?

Pensamos en contarle lo que sabíamos de ella y de Federico; el sacerdote que deja los hábitos y se casa, la figura de Plaza y el desenlace: Ella y su hija y la búsqueda solitaria y la tristeza. Pensamos en todo eso mientras nos escapamos por la más fácil, por el lugar común y sólo respondemos:

—*Porque la historia de ustedes es una historia de amor en medio del terror.*

—Sí. Es una historia de amor —confirma en un suspiro que se parece un poco a la nostalgia.

Le pedimos, entonces, que nos cuente la historia de ellos. Elsa vuelve a revolver los papeles que trajo consigo, mira hacia otro lado, es sólo un truco, una tregua, hace tiempo, busca entre los recuerdos y se le ilumina la voz: “Encontrarme con Federico es remontarme a mucho tiempo atrás, he contado muchas veces lo que nos pasó, cómo nos encontramos, cómo intentamos evitarnos; era sacerdote católico y que me pasara algo con él era vivido como un pecado, yo trataba de evitarlo y él trataba de evitarme. No se pudo”. Lo larga así, sin más, 50 palabras, toda la historia.

Ella y él se conocen en la Escuela de Arte de Magdalena; él profesor de órgano, ella profesora de canto. Un día piensan, inocentemente, en ir a tomar un café y nunca más vuelven a ser los mismos: él siente que dos piecitas hacen click, ella también se da cuenta pero, otra vez inocentemente, piensa que tomar clases con él es una buena idea. Al poco tiempo, ella deja piano y él se da cuenta por qué.

A partir de entonces, buscan evitarse, como ya dijo Elsa, no se pudo. Hasta que aparece una posibilidad, una vía de escape:

—Durante ese tiempo, yo estuve siempre vinculada a la Iglesia y, en una oportunidad, llevé unos músicos para officiar un concierto y yo canté con ellos. Justo ese día, estuvo el Obispo de nuestra Iglesia, él se quedó encantado conmigo y me comentó que la Iglesia de Estados Unidos establecía becas de estudio para universitarios militantes de la Iglesia Metodista.

Ella obtiene la beca para la Escuela Superior de Canto de Madrid. Poco antes de irse, ella y él se juntan a tomar un café; ella le cuenta la buena nueva y él la escucha. La escena es bastante cómica, él es grandote, tiene un aspecto señorial y, sin embargo, sus dedos largos y finos están inquietos sobre la mesa, juegan con una moneda y con la taza y con otra moneda, pasan cerca de las manos de ella sin tocarlas; parece un niño que se va encogiendo sobre la silla, que siente vergüenza, que se contenta con la barba espesa que esconde su rubor. Trata de estirar al máximo esa escena absurda y, cuando no tiene más alternativa, habla:

—Te felicito, Elsita —y, seguido, se le escapa—, me acaban de dar una beca honoraria para ir a estudiar órgano a la Escuela de Música Sagrada de Madrid

En España, Federico le escribía cosas como esta:

*No me pidas palabras.
Pídeme un canto
hecho de inquietas manos.
Pídeme una presencia
de paz y de calor.
Pídeme la mirada
que te envuelva por dentro.*

Él ya había ordenado la dispensa sacerdotal y esperaba; mientras tanto, la noticia había llegado a La Plata. “Un sacerdote que le tenía una envidia increíble hizo correr el rumor de que Federico estaba viviendo con una mujer y se lo contó a [Monseñor Antonio] Plaza”. Ella lo niega:

—Era absolutamente mentira, éramos becados de la Iglesia y yo como metodista, tenía mis principios y costumbres, no íbamos a hacer ninguna locura mientras él no tuviera la dispensa sacerdotal; éramos, se puede decir, novios a la antigua.

A partir de ahí, empezó otra historia. Elsa lo sabe. Todos los miembros de la comunidad religiosa de Las Victorias lo saben: “Plaza lo supo –dice alguien– y no lo perdonó”; “le soltó la mano”, arriman otros.

Era 1975, Elsa y Federico estaban becados en Santiago de Compostela, cuando sonó el teléfono de ella; del otro lado de la línea, la voz quebrada de su madre dijo: “Falleció tu hermana”. Ese nuevo escenario cambió todo; Elsa se sintió vulnerable y quiso volver, necesitaba volverse; Federico quiso quedarse; un sacerdote amigo les advierte: “Están locos si vuelven, no hay noche donde no suenen bombas, es un campo de fuego. No vuelvan”.

—Cuando llegamos comprobamos todo lo que nos contaron en España. Era un horror; bombas, sirenas y los supuestos enfrentamientos que eran cobardes ejecuciones. Estábamos acá y teníamos que vivir. En noviembre del 75 nos casamos y en enero ya se confirmó que estaba embarazada; lo deseábamos y esperábamos con toda la alegría del alma.

Por el río de la historia corrían malos tiempos y la felicidad era algo efímero, una luz pequeña que se escurría entre los dedos, como la arena o los proyectos o el futuro. Para el nuevo matrimonio la felicidad fue un instante; al mes del anuncio de embarazo se enteraron del secuestro de un sacerdote amigo de Federico, Félix Biancchini. Elsa pensó: “Tienen las mismas iniciales. Algo no está bien”.

—Me puse mal, me desesperé, le dije te vienen a buscar a vos, con la idea de que te llevaban preso, con esa ingenuidad, ni me imaginaba todo lo que pasaba. O no quería imaginarme.

En los próximos meses encerraron a todo el grupo de la iglesia cercano a Federico, a sus sacerdotes amigos, a sus catequistas; el final se acercaba, lento pero firme, se cernía sobre él y, mientras tanto, vivían –o malvivían–. Y nació Clara, una esperanza, una felicidad a la cual aferrarse, un bálsamo para sostenerse a flote.

Ella habla, nosotros escuchamos, está implícito que sea así; su historia está ordenada con precisión y no quiere detenerse, no quiere perderse. Elsa cuenta todo de un tirón, prometiendo no quebrarse. Le cuesta, le duele, está implícito que sea así.

—Clarita, mi hija, nació el 4 de septiembre; el día del bautismo, el cura del seminario que ofició la ceremonia nos contó que hubo una razia terrible, que habían matado chicos y que se veían los

zapatos que habían quedado tirados en la calle; muchos de esos habían sido catequistas de Federico, que se fue poniendo cada vez más blanco y pálido como esperando un final. El 21 de noviembre, Federico cumplió años y lo festejamos en casa; teníamos un teatro de títeres y él nos hizo hacer una obra y después pasó las diapositivas de nuestro viaje. Estábamos felices.

Las últimas palabras se extienden, quedan suspendidas en el diálogo. Elsa intenta restablecer su fortaleza, su temple.

—En la madrugada del 25 de noviembre, cuatro días después de su cumpleaños, lo fueron a buscar. Nuestra hija tenía dos meses y 20 días.

La noche es larga, Federico no llega a la casa y Elsa se estremece con cada ruido, las sirenas hacen sollozar a Clara que, entre los brazos de su mamá, no puede dormirse. Cuando Federico llega del trabajo, Elsa se siente aliviada; Clara deja de llorar.

Elsa y Federico cierran puertas y ventanas, se quieren convencer de esa frágil seguridad, quieren sentirse resguardados. Saben que es una impostación, por eso no se exaltan demasiado cuando golpean la puerta de la vivienda. El matrimonio con su hijita viven en el primer piso de la casa, en planta baja vive la mamá de Elsa; ella atiende la puerta y un militar, que parece exageradamente gordo dentro de su uniforme, manda a llamar a Federico. Mientras se cambia, él se asoma por la ventana; no llega a ver con nitidez, sólo quiere cuidar a su mujer y a Clara, quiere decirle que se quede tranquila, que lo espere arriba. Es demasiado tarde, Elsa ya bajó al encuentro de los militares; un instante después baja él.

Recién entonces comprende el escenario, los militares —3 ó 4, no importa— cargan con armas largas y armas cortas y están cansados, hastiados, quieren terminar rápido con todo esto, también para ellos había sido una noche larga. Federico vuelve sobre sus pasos, piensa en llamar a la Curia, los uniformados creen que pretende escapar y arremeten contra la puerta; Elsa quiere detenerlos, se aferra al brazo rechoncho del militar que empuña la metralleta y grita:

—No se lo van a llevar, no. Le hacen preguntas acá, pero no se lo llevan —el uniformado no hace nada, no la empuja, no le habla, parece un autómatas, alguien que se acostumbró a lidiar con esos gritos desgarradores, con el miedo y el dolor ajeno. Es alguien que, simplemente, cumple una orden como quien marca una tarjeta de asistencia.

Elsa está desesperada, su madre se pierde en la escena, puede estar paralizada por el miedo o puede estar llamando a alguien pidiendo ayuda, no importa. Todos saben que no hay nada que hacer; un cabo con cara de nene y pelado al ras arrastra del brazo a Federico que no opone

demasiada resistencia, piensa en Elsa y en Clara, camina hacia afuera, hacia el cautiverio, hacia la muerte.

—Si salen, tiramos —son las únicas tres palabras que pronuncia el militar gordo y se aleja un poco más cansado, más hastiado.

Elsa piensa en salir a la calle, correr tras Federico, su amor, su vida, después piensa en Clara que debe estar llorando amarrada a las frazadas del moisés. Elsa grita, llora. Ahora, aparece la figura de su mamá:

—Elsita, rezá un padre nuestro —busca consolarla, encontrar una esperanza en la fe, en el padre nuestro, en la Curia, en Monseñor Plaza que le soltó la mano, en cualquiera. Elsa quiere rezar pero no recuerda nada, no le salen las palabras, tiene a Federico atravesado en la garganta— Padre nuestro que estás en el cielo / santificado sea tu nombre / Venga a nosotros tu reino.

—Hágase tu voluntad / en la tierra como en el cielo —rezan, ahora, madre e hija abrazadas, desgarradas, ausentes.

Agua y barro

—En esa época, tenía una amiga de canto y yo estaba siempre cantando una pieza de Schubert, *Auf dem wasser zu singen*¹; le escribí una carta donde le dije que quería cantar, aunque estas aguas fueran inmundas, fueran sucias, yo quería cantar sobre las aguas; le dejé mi dirección para que viniera si quería cantar. Cuatro o cinco días después, la vi aparecer con un ramo de margaritas; por momentos se me quebraba la voz y por momentos cantaba. Mi casa había quedado marcada, nadie quería acercarse, por eso recuerdo y celebro esos gestos.

Luego de la madrugada del 25 de noviembre, el camino de esta historia se bifurcó, nada volvió a ser igual. Elsa recorrió en ambas direcciones, saltó de un camino hacia el otro y viceversa. Estaba el camino que la llevaba a Federico, a su búsqueda, a su ausencia y estaba el camino que la mantenía con vida, estaba Clara y estaba la música.

—Esa era otra historia, un vía crucis interminable porque nadie se jugaba, no sabíamos cómo estaba ni dónde se lo habían llevado; reestablecimos algunos contactos con curas, con militares y nos decían “está en Arana, está bien”. Después le perdieron el rastro, no sabíamos nada y, mucho después, nos enteramos que lo habían llevado a la Quinta.

¹ Traducción: Cantando en el agua (1823).

A veces las dos historias parecen arrimarse aunque más no sea en la ilusión de Elsa. Antes del secuestro, Federico le había regalado una “tela azul, hermosa”; ella la bordó y le añadió un encaje negro, y le compró un vestido nuevo a Clara; Madre e hija esperaron la vuelta de su hombre para la navidad, “siempre imaginaba que lo iban a liberar, que iba a volver con nosotras”. Federico no volvió.

Quien sí volvió del cautiverio fue un catequista, que estuvo detenido-desaparecido con él, y le contó a Elsa lo poco, casi lo único, que sabe de Federico durante su martirio.

Los detenidos, casi todos de la comunidad eclesiástica, ya se imaginaban dónde estaban porque habían reconocido la comida del Seminario². La comida no siempre llega, comen salteado y mal. Están hacinados, son más de 20 jóvenes en una salita de 6 metros cuadrados; sobre sus cabezas tienen un ventiluz que está siempre cerrado. Esa ventana es lo único que saben del mundo exterior, cuando están mareados por el olor a orina, miran hacia la poca luz que entra y esperan que todo pase.

31 de diciembre 1976. Es medianoche y el calor espeso del día, todavía, flota en el poco espacio libre de la habitación, desde afuera llega el estruendo perdido de algún petardo, algunas tímidas muestras de holgorio; un chico catequista, animado por una felicidad que no le corresponde, que no puede agarrar, que está allá lejos e inalcanzable, piensa que celebrar no es una mala idea:

—Festejemos que no estamos muertos.

—No estamos muertos, pero tampoco cambiemos las cosas de contenido. Festejar no podemos: celebremos —el temple de la voz impone un respeto unánime. La tupida barba que Federico cuidaba a diario es, ahora, una maraña de pelo, grasa y tierra, aún así, impone respeto. Todos esperan que él se haga cargo de la celebración y él asiente con naturalidad.

Como pueden, se sientan en ronda y él saca, nadie sabe bien de dónde, dos panes que se había guardado del mediodía; los despedaza entre sus dedos en tantos pedacitos como sea necesario y hace la comunión, después cantan: “De rodillas, partamos hoy el pan”. Después se abrazan y lloran. Después, algo parecido a un milagro, el guardia se apiada de ellos, les abre la puerta para que salgan de esa habitación subterránea y les permite ducharse. Afuera es año nuevo, adentro da lo mismo.

² El Seminario Mayor San José de La Plata proveía la comida para los detenidos detenidos-desaparecidos de la Comisaría Quinta, que estaba emplazada a unos pocos metros del edificio de la Curia.

La mayor parte del tiempo, Elsa quiere parecer fuerte, estable, por momentos lo logra, por momentos no. Vuelve a sus hojas, busca y lee algo de lo que ha escrito en los últimos tiempos “para terminar de comprender esta barbaridad”. El sol baja por la ventana y nos pega directo en los ojos, corremos la silla, pedimos un café; ya entendimos que, cuando sea oportuno, ella seguirá con su historia.

—Mientras tanto los habeas corpus y mi profesión que seguía siendo el canto; tenía que prepararme para un concierto y recuerdo, eso sí lo recuerdo siempre de manera muy presente, que todos mis amigos músicos estaban en la primera fila, formando una valla para darme ánimo porque había que sacar la voz ahí; fue el comienzo de mi salutación interior y, después de cantar, capaz que yo tenía una citación para el día siguiente, porque fue así de cruel todo. Agua y barro todo mezclado, yo que odio el barro.

Otra vez, los dos caminos se cernieron sobre ella, ya formaban parte de dos universos paralelos: de noche cantaba, de día lo buscaba. Elsa tenía que acostumbrarse a sobrevivir, no tenía alternativa, era lo que se imponía, así de cruel todo. Agua y barro todo mezclado, y ella que odia el barro.

—Uno siempre piensa, bueno, qué va a pasar cuando te toque en tu casa, hasta que toca y te empezás a cerrar y te quedan cada vez menos espacios y más chiquitos. Nos acostumbramos trágicamente a ser obedientes, a portarnos bien hacia afuera, quemamos libros, quemamos discos. Luego de muchos años, uno de los tantos golpes que tuve fue la muerte de Mercedes Sosa; no era muy fanática de ella y, sin embargo, cuando murió me di cuenta que la había condenado a no ser escuchada, le encontraba defectos cuando, en realidad, la admiraba, y lloré horrores, recién entonces me había dado cuenta cómo me la habían sacado de mi interioridad; había que silenciar, había que seguir viviendo y trabajando. Y trabajar era estar en la sociedad y la sociedad era todo esto; cómo vivimos los años de dictadura: haciéndonos los obedientes, en mi caso, cuidando a una chiquita que tenía 2 meses y 20 días cuando se llevaron a Federico.

—Cuando te planteábamos esto de pensar la clandestinidad como un estado del alma, nos referíamos a esta interioridad porque, en realidad, no te estaban condenando a quemar libros y discos...

—Te estaban despojando, era la parte visible de lo que amabas.

—¿Y cómo era empezar a vivir sin estos pedacitos que también eran tu vida?

—Yo tuve una gran puerta, primero, la fe y, después, la música. No callar la música de adentro me sirvió mucho, yo tenía que salir a cantar y tenía que estar bien, hacía relajación, ejercicios; intentaba superarme cada día. Eso me dio la posibilidad de incluir todo eso mutilado; no estaban los

libros ni los discos que me habían sacado, pero eran míos, los tenía adentro, y yo los cantaba, los hacía volátil.

Clarita, la reconstrucción, el final

—*La búsqueda de Federico, la música, ¿qué significaba tu hija?*

—Era todo, la vida. Tenemos una simbiosis muy grande, aunque ella tenga una naturaleza muy distinta a la mía; de chiquita tuvo ese don de la fortaleza. Significa mi vida, si no estaba ella, yo ese día salía atrás de Federico y los milicos me hubiesen pegado un tiro.

Clara tiene una presencia totémica. Implícitamente, siempre supimos que ella era la figura que unía todas las partes de Elsa. Le preguntamos cómo fue contarle la historia de su padre, Elsa responde —otra vez— de un tirón, y no hace falta agregar nada más:

—Su abuela paterna nunca quiso contarle nada, siempre me recomendaba que le dijera que su padre estaba de viaje; me resultaba una historia demasiado difícil, irreal. La primera palabra que ella dijo fue papá, o sea, su padre siempre estuvo; nunca me preguntó por él y a mí no me gustan las fotos, pero habíamos comprado una cámara linda en España y le sacaba fotos, muchas fotos, cada cosita nueva que tenía, le sacaba una foto y le decía que era para su papá. Guardaba en un álbum todas esas fotos para que el padre no se perdiera nada de su crecimiento. A los tres años empezó el jardín y, en una oportunidad, la maestra me citó en la escuela porque tenía que contarme algo: “Clara me dijo que su papá no está porque se lo llevaron, debe estar muerto pero a mi mamá, le cuento que está de viaje, no le digas nada que está muerto”.

Elsa nunca se lo quiso decir, no pudo. Ella seguía aferrada a Federico, a una esperanza, a un regreso improbable, imposible.

—Yo no podía decirle que estaba muerto, porque no sabía si estaba muerto; se lo habían llevado, nos habían robado una persona y era de una maldad infinita, que no tiene nombre, que no tiene condena. En un aspecto de la vida, eso te fortalece y, por otro lado, te genera un estado de irrealidad, una realidad extraña, negada, una realidad que no es auténtica.

Clara aprendió a crecer sin Federico; en algún lugar de su pequeño mundo, ella también estuvo esperando que volviera. Se inició en la música, compartió pasiones y ausencias con su madre; Elsa siguió estudiando, cantando, volvió becada a España, donde todo había comenzado, donde también había comenzado el final.

Clara está en la primera fila, sentada en posición de loto, mueve la cabeza acompañando la pieza lírica para piano y violonchelo; cuando termina, aplaude y espera. El telón vuelve a abrirse, ahora en el centro del escenario, bajo una luz blanca mortecina que se enciende en crescendo, está su mamá. Elsa canta, no importa qué pieza musical, ha cantado en tantos escenarios que ya no lo recuerda. Elsa canta y ve a su hija en frente del escenario, y encuentra a lo lejos otro rostro familiar; es un hombre ubicado en la séptima u octava fila, viste de traje, lleva anteojos y tiene una barba de unas cuantas semanas, quizá, meses; la imagen la desestabiliza, disimula como puede su sorpresa y sigue cantando. Canta y mira al hombre de la séptima y octava fila, no quiere perderlo de vista, tampoco a su hija. Llega a creer que sólo está cantando para ellos dos. Para ellos tres.

La aplauden, es un aplauso efusivo y homogéneo, y ella sólo piensa en bajarse del escenario. La luz se desvanece y se cierra el telón. Corre en busca de esa imagen, no la encuentra. Vuelve a las bambalinas y mira de soslayo a cada hombre de barba que se cruza en el camino. Cualquiera puede ser él, pero ninguno es Federico.

—Yo me imaginaba que podía estar en cualquier seminario de la Iglesia Católica. Encima, el sinvergüenza del padre Conabella me hablaba, me decía que iba a volver, que la Iglesia lo había juzgado y le había dado 25 años. Ellos ya sabían lo que había pasado.

Federico Bacchini fue detenido-desaparecido el 25 de noviembre de 1976 y fusilado el 2 de febrero de 1977. En 2010, Elsa y Clara, recuperaron sus restos. Clara se deshizo de aquella ingenua y maravillosa ilusión de abrazar a su padre, Elsa sufrió una cardiopatía.

—Ese libro abierto de posibles en donde yo me encontraba con todos los que nos faltaban y los volvía a ver, ese libro se cerró. Fue una guillotina que cayó sobre mi propia vida, yo soy otra desde ese momento; me reconstruyo, lo retomo y sigo de vuelta, pero ya no tengo esa estabilidad y no sé si la volveré a tener, si la recuperaré.

Una vez más, Elsa y Clara están solas. Los restos de Federico descansan en el reino de los cielos y sus huesos jamás se mezclarán con los de sus entregadores. Ese hecho es lo más parecido a un final para esta historia.

Epílogo

Tocaba en pueblos perdidos de Tucumán para deleitar a campesinos y obreros, era delegado de la Federación Indígena de su provincia y defendía las luchas populares abrazado al peronismo y el cristianismo; fue amenazado por la Triple A y se exilió en Uruguay. De nada sirvió. En 1977, no pudo escapar de las garras de la Operación Cóndor, el pianista Miguel Ángel Estrella fue detenido y torturado hasta la humillación; era un artista reconocido y admirado en todo el mundo, y la presión de los organismos internacionales salvó su vida.

Elsa recuerda haber “firmado cartas para que lo preservaran y lo cuidaran”. También recuerda una historia que Estrella narra en su autobiografía:

—Para no perder la digitación, él se había inventado un piano mudo; cuando lo veían tocar con los dedos, lo martirizaban y amenazaban con cortarles las manos como ya habían hecho con Víctor Jara, porque ellos, en su ignorancia, en su bestialidad, creían que de esa manera se comunicaba con los demás detenidos.